This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BIBLIOTECA POÉTICA

ROMANCES

POR

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS

Garnier Hermanos
Paris

ROMANCES

HISTÓRICOS Y DRAMÁTICOS

TROVAS COLOMBINAS

PEÓN Y CONTRERAS

ROMANCES

HISTÓRICOS Y DRAMÁTICOS

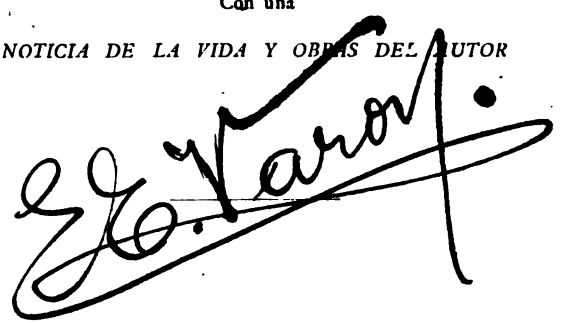
TROVAS COLOMBINAS

POR

José PEÓN Y CONTRERAS

Con una

NOTICIA DE LA VIDA Y OBRAS DEL AUTOR



PARÍS

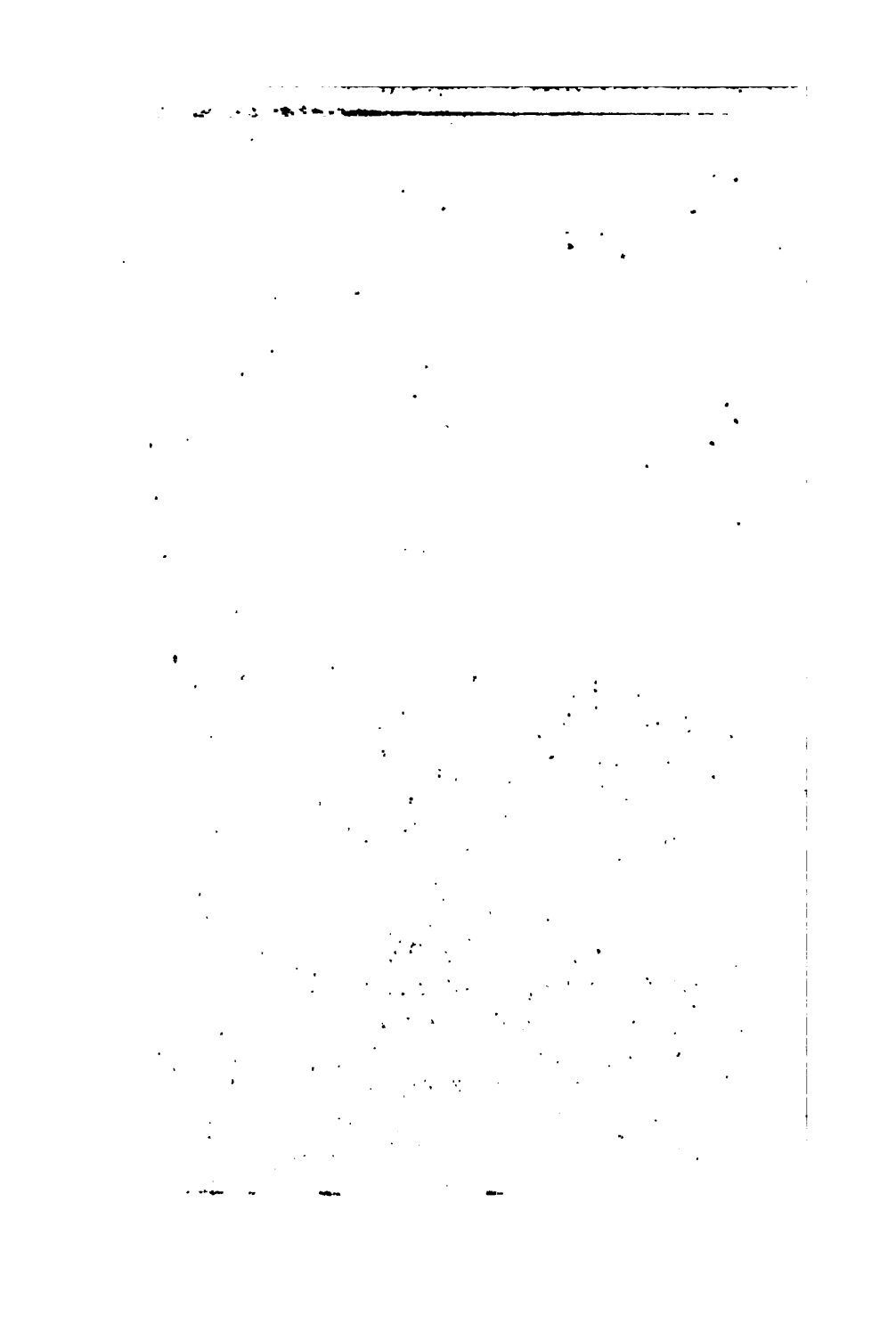
LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—

1888

PEÓN Y CONTRERAS



NOTICIA DE LA VIDA Y OBRAS

DE

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS

I

Siempre que algún hombre sobresale del resto de sus semejantes, atrae naturalmente hacia sí la admiración y el interés de todos. Anhélase conocer los pormenores de su vida, descender á los más ínfimos detalles de su existencia y tener noticia, en fin, de cuanto á él concierna ó se refiera. De aquí el empeño, en unos por leer estudios biográficos y en otros por componerlos de la mejor manera posible. Los esfuerzos hechos en todas las naciones por grabar con cincel de oro en los fastos de la historia, los más menudos incidentes de la vida de los hombres notables, ponen de resalto y patentizan la gran importancia de la biografía. Son útiles sus enseñanzas, interesantes y conmovedoras muchas de sus noticias, y todo en ella deleitable y grato al hombre estudioso y pensador.

Arrebatar al tiempo su presa y hacerla invulnerable al desastre de los siglos, es obra digna del esfuerzo humano. La exhumación de lo pasado suele ser la glorificación de lo porvenir. Los grandes hechos, además, si no en los anales escritos, en la tradición oral se conservan; los hechos pequeños, sólo en los libros resisten á las injurias del

tiempo. De aquí la necesidad de escribir biografías, á fin de que no se pierdan en la noche del olvido multitud de acontecimientos, en sí poco importantes acaso, pero que muchas veces dan luz y sirven como de clave, para entender y apreciar debidamente las obras de los autores.

Respecto de Peón y Contreras no hay escollo ni dificultad para referir su vida. Habita aún este globo terráqueo y está en la flor de su edad. Tampoco será trabajo muy arduo ni laborioso, toda vez que se ha deslizado tranquila su existencia, entre los placeres inefables del hogar y los fructíferos afanes de la ciencia y de las letras. Es hacedera y fácil su biografía.

Y la merece, de fijo; ya que, sobre dar brillo á la literatura nacional, fué aclamado por todos los escritores de Méjico, á causa del éxito fabuloso de su popular drama *La hija del Rey*, restaurador del teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza.

II

Vió José Peón y Contreras la primera luz en la ciudad de Mérida, capital del Estado de Yucatán, el día 12 de enero de 1843, siendo sus padres, el notable jurisconsulto yucateco don Juan Bautista Peón y Cano y la virtuosa señora doña María del Pilar Contreras Elizalde, originaria de Cádiz.

Cursó las aulas, con bastante lucimiento, en su ciudad natal, y se recibió en ella misma de Doctor en Medicina, á la temprana edad de diez y nueve años.

Pocos antes, y á ruegos é instancias de algunos amigos suyos, había publicado unos versos á la Luna, en un perió-

dico de literatura.. Fueron su primer ensayo poético, su primicia literaria. Llamaba en ellos á la casta Febe

perla engastada en el azul del cielo

y revelaba felices disposiciones para el cultivo de las bellas letras. Saliéronle al encuentro el aplauso y el estímulo, y siguió pulsando la cítara, y el aura de la gloria principió á acariciar su frente.

Los que así se inician en los misterios de la poesía, están llamados á ser honra y orgullo de su patria.

Cuéntase del Tasso que hacía versos á la edad de nueve años, y de Lope de Vega, que repartía su almuerzo y sus juguetes entre sus compañeros de escuela, para que le escribieran los versos que les dictaba, por no saber él escribir todavía.

Casi tuvo también tal y tan admirable precocidad nuestro insigne dramático

El año de 1863 vino á Méjico, donde consiguió por oposición, no obstante poseer ya su diploma profesional, una modesta plaza de practicante en el antiguo Hospital de Jesús, fundado por Hernán Cortés. Conservóla dos años, al término de los cuales obtuvo el título de la Facultad Médica de Méjico, previa sustentación de los indispensables exámenes. Por esta época se unió en matrimonio con la señora doña Leonor del Valle, que aun es ornato y gala de su hogar, en medio de los vástagos que le ha dado.

Adquirió en el año de 1867, también por oposición, y en competencia con los doctores don Lauro Jiménez y don José María Bandera, alienistas distinguidos, el empleo de médico director del Hospital de dementes de San Hipólito. Fué, además, durante tres años, director de la vacuna.

Ha pertenecido varias veces á la Cámara de Diputados y una á la de Senadores, como representante de Yucatán; y ha logrado captarse siempre el aprecio y cariño de sus compañeros de parlamento, tanto por su carácter afable y complaciente, cuanto por su aptitud en el desempeño de las secretarías de ambas cámaras.

Solicitado por el cumplimiento de obligaciones más importantes, ha interrumpido con frecuencia el ejercicio de su profesión, lo que en ningún modo ha sido obstáculo para que haya dejado de conquistar envidiable reputación entre los médicos eminentes, sobre todo en la especialidad de enfermedades mentales; en la que es considerado, por lo general, como el primero de los facultativos mejicanos. Á la fecha, tiene selecta y numerosa clientela, en cuyo servicio emplea casi todas las horas del día. Sólo brevísimos instantes de ocio puede dedicar á la obra y labor de sus altas concepciones poéticas.

Aunque se ha interesado de continuo en todos los benéficos proyectos, que hayan tenido por mira la felicidad de la patria, y le entusiasman y regocijan las glorias de ésta, y le afligen de veras sus terribles desastres é infortunios, no se ha ingerido ni mezclado mucho en nuestra febril y tormentosa política; porque su temperamento apacible y sosegado, es repulsivo á las luchas crudísimas y á las sañosas pasiones, que engendran siempre la ceguedad de los intereses de bandería y la exacerbación de los partidos beligerantes.

Su modestia es ingénita y proverbial. Él mismo dijo en una de las composiciones de su mocedad :

Nunca en mis versos me llamé poeta.

Después, sí se ha llamado poeta; pero con tal timidez y delicadeza, que lejos de ir la confesión contra su humildad, la ha puesto más de relieve.

Goza como un niño con cada uno de sus triunfos; se entrega á los deportes más joviales y expansivos; rebósanle el placer y la satisfacción, y en semejantes momentos no se cambiaría por el hombre más rico, feliz y poderoso de la tierra. Razón tiene que le sobra. Pocas son las flores y muchas las espinas que recoge el poeta, siempre zaherido por la envidia y denostado por sus émulos y rivales.

III

Sus obras poéticas se dividen por su naturaleza en tres clases : líricas, épicas y dramáticas.

Las consideraré por separado, si bien muy á bulto, como lo exige la índole de esta breve noticia.

Distínguense sus poesías líricas por la suavidad de sentimientos, la delicadeza de ideas, la brillantez de imágenes y la elegancia y finura de dicción. Revelan todas ellas una imaginación ardiente y viva, lo mismo que un decoroso y noble modo de pensar y una sensibilidad exquisita y delicada.

El carácter de sus poesías líricas nos le pinta él propio en su hermoso canto *Á la gloria*, compuesto en la edad luciente y embalsamada de la juventud, cuando principian á delinearse en el espíritu las tendencias y aptitudes de individuo.

Oigámosle :

Una lira en mis manos, una lira
Un eco de armonía en mi garganta,

Y al suspirar la brisa entre las flores,
Una voz celestial que dijo : « ¡ Canta !
« Cántale al universo tus amores,
« Busca en el cáliz de naciente rosa
« Las tintas del pudor. Busca en el cielo
« Dulce melancolía
« Á la luz apacible y misteriosa
« De su tendido pabellón de estrellas ;
« Y en la multicolora mariposa,
« De la pasión el incesante anhelo
« Ávida admire tu pupila inquieta,
« Siguiendo el giro al vagaroso vuelo.
« Aprende de la tímida violeta
« La modestia dulcísima ; en los campos
« Demándale á las aves
« Inspiración secreta,
« Y el dulce tono de sus himnos suaves ;
« Pídele al aura el son melodioso
« De su alígera voz, y al bosque añoso
« El eco blando de sus notas graves ;
« El fuego de sublime poesía
« Beba en el sol tu ardiente fantasía,
« Cuando en su cuna de topacio nace
« Y cuando muére suspirando el día.
« Aprende á sollozar en el gemido
« De ocultos y tristísimos dolores,
« Cuando á la luz crepuscular desprende
« El mundo adormecido
« Sus húmedos vapores,
« Cuando la noche silenciosa tiende
« Su velo de misterios y de amores.
« Y cuando en ansia de gozar, vehemente
« Se torne tu mirada
« Al Dios Omnipotente,
« Que hizo brotar los mundos de la nada, —
« Para ensalzar su augusto poderío
« En graves y magníficos cantares,
« Pídele aliento al aquilón bravío,
« Pídele voz á los revueltos mares. »

Asemé jase pues nuestro poeta al tierno y sentido Rioja, el cisne sevillano, y más aún al dulcísimo Garcilaso de la Vega, cantor brillante y fervoroso de la naturaleza. Ésta ha tenido también, y tiene en Peón y Contreras, un apasionado trovador. Acaso por ello es tan fresca, tan lozana y tan perfumada su inspiración. Cuando se lee alguna de sus composiciones, tal parece que se está en un vergel y que la brisa regala los sentidos con sus ondas aromáticas y con sus tenues rumores. Añádase la belleza peculiar de su estilo cadencioso y suave, como el arpegio de una arpa mística y distante, y se tendrá idea de lo musical y precioso de sus versos. Peón no es el poeta que concibe asombrosas imágenes y pensamientos, y que no posee el dominio de la forma plástica, ni el literato que subyuga fácilmente la palabra y que carece del elemento esencial á que amoldarla; sino el artista que, uniendo intuitivamente la concepción con la sensibilización, el fondo con la forma, la sustancia con el accidente, produce obras en que rivaliza y compite la gala retórica con la grandeza creadora.

En la pintoresca Orizaba, donde residió durante los primeros años del ejercicio de su facultad, compuso gran parte de sus poesías líricas. Ante aquella exuberante vegetación de la tierra caliente, enardecióse su fantasía, y cantó á la hermosura agreste y feraz, y derramó la magia de la inspiración en apólogos fragantes y en cantinelas bucólicas. Allí escribió su canto *Al Salto de Barrio-Nuevo,* en el que dice :

Un instante contemplé
Tu belleza singular,
Y breve y amargo fué;
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.

Peón excede en los apólogos á todos nuestros poetas, y acentúa de tal modo en ellos su individualidad, que, no obstante ser por esencia épicos, los convierte en ráfagas y destellos del más puro y encantador lirismo. Son dignos de loa por la sencilla combinación de su estructura, por la armonía y fluidez de sus versos, por la gracia y profundidad de sus alegorías, y sobre todo, por la admirable delicadeza con que envuelven la lección moral.

Entre sus composiciones líricas merecen cita y encomio las intituladas : *Á la memoria de un ángel, Á bordo del Cleopatra, Catalina, Al río Tilapa* y *Meditación á la memoria de mi madre,* lo mismo que algunas cantigas eróticas, llenas de sentimiento, suavidad y dulzura. De sus apólogos se atraen principalmente la voluntad, y la cautivan, los que llevan los títulos siguientes : *Serenatas, La flor del café, El eneldo* y *¡Pobre madre!* Por su profundidad filosófica merecen también mención los denominados : *Un arroyo, Desengaño* y *La fusia.*

En todos los géneros poéticos ostenta Peón y Contreras pasmosa facilidad para versificar, gran elevación de ideas, estro delicado y tierno, lenguaje armoniosio y dulce en lo general, grave y severo en algunos casos, pero adecuado siempre al asunto que le motiva. Sus defectos de estilo son pocos y se reducen á faltas prosódicas, supresiones frecuentes de sinalefas, escasa fibra y energía en varias composiciones que las exigen, contados galicismos y algunos otros de poca monta, hijos todos, sin la menor duda, de la precipitación con que siempre escribe.

Por punto general, no sacrifica la espontaneidad de la inspiración á la parte mecánica de la frase, como efímero holocausto á la pulcritud del estilo; pero, á la vez, nunca deja de encontrar la forma armónica á sus concepciones.

IV

Teniendo diez y siete años, y bajo la influencia de los dos poetas españoles más en boga á la sazón, Zorrilla y Espronceda, escribió su primera obra de carácter épico. Púsole por nombre *La cruz del Paredón*, y explotó en ella una antigua tradición yucateca. Viene á ser de verdad una leyenda fantástica de bastante mérito, pues si bien adolece de poco esmero en la forma, consecuencia de la juventud del autor y de los modelos que tuvo á la vista, muestra, por otro lado, riqueza de inspiración y lujo y bizarría de ingenio.

Peón ha tenido siempre una especie de culto gentílico por su ciudad natal. Mientras en ella vivió, puso diligencia suma en explotar las historietas populares, las anécdotas y hasta las suscintas efemérides de don Jerónimo Castillo. Después, no ha apartado sus ojos ni su corazón de su lugar nativo, y le ha dedicado sentidas composiciones, como el donairoso romance de *Petkanché* y la valentísima oda *Á las ruinas de Uxmal*. Su interesante drama *El Conde de Peñalva*, de espléndida versificación, está sacado de una breve noticia que consigna el ya citado cronista don Jerónimo Castillo.

Bien patentiza su amor á Mérida el siguiente fragmento de un libro que se intitulará *Al alma de mi alma*, si llega á terminarse, que será cuando Dios quiera:

Cada vez que de Mérida me acuerdo
Siento que se me oprime el corazón,
Que se desborda en mi alma
La fuente del dolor

Y necesito verte mucho, mucho;
Mirar tus ojos, escuchar tu voz,
Beber en tus pupilas
La llama del amor,

Para olvidar un punto aquella tierra,
Aquel hogar donde la luz del sol
Con ardoroso rayo
Mi cuna iluminó;

Aquella catedral augusta y santa,
En donde, en un rincón,
Están los restos de mis nobles padres,
Y con mis padres, ¡Dios!

El amor anacrónico de Peón á las edades y cosas pretéritas nació sin duda con él y con él bajará al sepulcro. Es inextinguible y profundo, incondicional y exclusivista. Mal de su grado suele transigir con los usos del siglo en que vivimos, y para él sería un grandísimo adelanto en las esferas del arte, el retrogradar á los romancescos días de las damas de manto y los galanes de capa y chambergo. Ha utilizado siempre, en consecuencia, las noticias curiosas de nuestros historiógrafos, y los hechos heroicos y memorables, que registran nuestros códices y anales. Así, verbigracia, el argumento de *La hija del Rey*, que le ha valido y le valdrá, según su propio testimonio, más horas de satisfacción que letras contiene su escritura, está sacado de una lacónica relación del erudito mejicano don Carlos de Sigüenza y Góngora. Peón ha resucitado y vuelto á la vida, en limbo radiante y luminoso, á los hombres y costumbres de los siglos coloniales, y aun de los siglos anteriores á la tragedia de la conquista.

En sus *Romances históricos mejicanos*, para rendir homenaje

de admiración á los héroes, próceres y paladines egregios de nuestra antigüedad, tomó asuntos de la grandiosa y dramática epopeya, que bordaron en la portada de nuestra historia los primitivos habitantes de Anáhuac. Son seis dichos romances : *La ruina de Atzcapotzalco, Tezcutzinco, El Señor de Ecatepec, Tlahuicole, Moteuczoma Xocoyotzin* y *El último azteca*. Propúsose, al escribirlos, seguir las pisadas del duque de Rivas, imitando el estilo y la índole del celebrado romancero de este gran poeta, y consiguió sobrepujar á su ilustre modelo, si no en la corrección y severidad épica de la forma, sí en la brillantez y galanura de los tropos, adornos y ficciones poéticas.

Copio en seguida la gráfica y pintoresca descripción que hace en *La ruina de Atzcapotzalco*, de la horrible pesadilla de Tezozomoc :

Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestosa;
Frío el viento, rebramando
De las regiones del bóreas,

Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca,

Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa

Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aun más lobrega,

Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa,
Que vuela al principio lenta
Del aire en las tenues ondas.

Y después acrecentando
Sus febles giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.

En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas.... Do quiera siguen
La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno y la vista
Del Rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.

Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizón, y tiende,
Sutiles y vaporosas,

Sus luengas alas, que poco
Á poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.

Empero, en el mismo instante
Ve el Rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa

Se acrecienta, se dilata
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,

Que abrasadas trecho á trecho
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.

Mira por último alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Una águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;

Que tiende el vuelo al espacio;
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza,
Tan rápida como arroja

El arco la flecha aguda
Que el viento silbando corta.
El Rey que apenas alienta
Con débil y estertorosa

Respiración, se horripila
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente,
Por la cual heladas gotas

De sudor copioso corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve el águila ya cerca,
Que retrocede y se encorva;

Que dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma,
Y en su ya desnudo seno
Enclava sus garras corvas,

Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.

Entonces el Rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa y tiembla y llora;

Llora de susto, y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre,
Que acude á su acento, atónita.

Riquísimos en episodios deliciosos y en pinturas y descripciones patéticas ó conmovedoras son los *Romances históricos mejicanos,* donde el patriotismo y el legítimo entusiasmo tienen también su sitio, sin que le tengan nunca el insulto ó la diatriba á los españoles.

He aquí los mesurados términos en que les reprocha el nicuo asesinato de Cuauhtemoc:

Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas

Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñorea.
¡Lástima es que sus colores
Un instante se oscurezcan!

¡Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela;
Sangre de un rey inocente,
Que sube á la horca á perderla!

Antes, y al hablar de la captura del emperador azteca, refiere así las falaces promesas que le hizo Hernán Cortés, cuando le tuvo en su presencia:

Entonces el castellano
Le dice afable: « No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.

« Como un valiente has luchado
El valor siempre se premia
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas. »

Luego del Rey se despide,
Que le traten bien ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.

Y.... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas.
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!

La mayor importancia de los *Romances históricos mejicanos* estriba, sin duda, aparte sus inestimables calidades literarias, en su hermoso y pronunciado carácter nacional. En Méjico

no tenemos poemas como los de Homero; ni como los *Niebelungen* de Alemania, ni como el rudo y magnífico del Cid Campeador. Carecemos de un romancero en que se ensalcen y celebren los grandes hechos de nuestra historia, y no podemos vanagloriarnos siquiera de poseer una mediana colección de cantos heroicos y patrióticos. Peón es el primero que ha acometido la empresa en forma, pues aunque don José Joaquín Pesado, don José María Roa Bárcena y algunos otros han escrito cuentos y leyendas nacionales, ninguno lo ha hecho con el brío, la robustez de inspiración y la viveza y fidelidad en los episodios históricos qué nuestro insigne yucateco. La guerra de Independencia ha sido venero más explotado en este linaje de composiciones. Manuel Acuña, Guillermo Prieto, Gómez Vergara, Riva Palacio y otros han cantado las hazañas, dignas de la trompa épica, de nuestros esforzados insurgentes. Peón ha escrito también con relación á tan gloriosa época, un bello romance: *Pedro Ascensio*. Ha colocado, pues, algunas sólidas piedras en los cimientos de nuestra literatura castiza y propia.

Resiéntense de tibieza de inspiración y de monotonía de cadencia sus odas elegiacas, no obstante rebosar ternura y sentimiento verdadero y hondo. Es empero, casi siempre, delicado y profundo el pensamiento que las anima. Son dignas de mención las intituladas: *En la apoteosis del sabio químico mejicano doctor don Leopoldo Río de la Loza* y *Á la memoria del señor licenciado don Rafael Martinez de la Torre*. Entre sus cantos épicos sobresale y campea su magnífica oda *Al conquistador de Anáhuac don Hernando Cortés*, en la que, unidas á un tono pindárico, sonoro y levantado, brillan y resplandecen todas las galas y grandezas de una fantasía lozana, fecunda y vigorosa.

Ha publicado últimamente un tomito de *Romances dramáticos*, de lo más lindo y primoroso que imaginarse puede. En ellos, bajo una narración llena de novedad y colorido, pocas veces interrumpida por breves y animados diálogos, describe y dibuja palpitantes cuadros dramáticos, ó más bien dicho, escenas finales de dramas que se han venido desarrollando con anterioridad.

Al acaso, y por ser corta, escogo la descripción que sigue, como prueba de las muchas y selectas en que abunda el libro.

Desdeñada la cándida Gabriela por su amante, orillas del mar, abraza la heroica resolución de sepultarse en el océano, cuando ruge la tempestad en los cielos y encrespa y arremolina las turbias ondas saladas.

Oigamos al poeta:

Se le figura el nublado
Ancha sábana mortuoria,
Y la luz de los relámpagos,
Las sepulcrales antorchas.

. . . . . .

Rápida, como impulsada
Por atracción misteriosa,
Dirige el paso anhelante
Á la barca pescadora.

Entra en ella; en los abismos
El timón y el remo arroja,
Y desamarrando el cable
Que le sujeta á una argolla,

Entrega el débil madero
Al hondo mar que le azota,
Y el huracán lo arrebata
Entre el fragor de las olas.

Para que se vea cómo con cuatro pinceladas sabe pintar caracteres nuestro vate, copio, también al acaso, los siguientes versos de otro de sus romances:

Es don Gaspar de Hinestrosa
Un señor de horca y cuchillo;
Rubio el cabello y la barba,
Miradas de basilisco;

Nunca en su vida ha llorado,
Nunca en su vida ha reído;
Negro es su humor como tizne,
Y el alma negra, lo mismo.

Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
Á la doncella su padre,
Que es indomable y altivo;

Que cuando tiene un deseo
Necesario es el cumplirlo;
Que no se ablanda con lágrimas,
Ni con ruegos ni suspiros.

En los *Romances dramáticos* todo es de pura invención: nada está tomado de la leyenda ni de la historia. Y todo es original, todo interesante, todo encantador y hermosísimo.

Con los catorce pequeños romances que forman la pequeña colección, tendría de sobra un poeta, para ganar la nmortalidad y la gloria.

V

Principió nuestro autor á cultivar la poesía dramática en Mérida, al rayar el alba de su adolescencia, obteniendo

desde luego brillante éxito y aplauso con *María la loca*, su primera juvenil ofrenda á las musas del teatro. Hizo representar en seguida, *El castigo de Dios* y *El Conde de Santi-Esteban*, explotando en esta última pieza una antigua tradición yucateca y alcanzando con entrambas el mismo buen éxito y lisonjero aplauso que con su primer drama.

Trasladóse después á Méjico con el designio de perfeccionar sus conocimientos médicos, como en su lugar queda dicho, y desalentado por el ceño esquivo con que nuestro gobierno y nuestro público han visto siempre el drama nacional, se descalzó mohino el rico coturno y puso manos, ora en los trabajos de su profesión, ora en las tareas parlamentarias ú ora en la composición de obras poéticas de otra especie.

Cuando don José Valero vino á Méjico con su compañía dramática, esperando hallar en él estímulo y aliento, ó siquiera buena voluntad, escribió una pieza que intituló *Un odio de la niñez* y se la envió para que se representase, por conducto del inspirado poeta guanajuatense don José Rossa Moreno. Devolviósela el actor español, no sin haberla tenido luengos meses en su poder, probablemente sin tomarse la molestia de pasar por ella los ojos. Este nuevo contratiempo, desengaño ó desilusión, como quiera llamársele, le retrajo otra vez y tornó á colgar su áurea pluma dramática. Colgada hubiera enmohecido, si no acude en sazón un acontecimiento insólito, descomunal y raro, á fines del año de 1875; cual fué el que nuestro gobierno impartiese protección y ayuda á la patria literatura escénica. Despertó ésta de su profundo sueño, y abrió los rasgados ojos negros, y despidió rayos de luz por ellos.

No se hizo esperar Peón en la palestra del ingenio. Armado de punta en blanco apareció luego en el redondel, con divisa y mote de autor caballeresco y casi romántico. Com-

puso drama sobre drama con ardor inextinguible. Cada mes se estrenaba alguno, y cada estreno le valía un triunfo. Aplaudióle frenético el público; le hicieron justicia las sociedades literarias, tributándole pleito homenaje; encargáronse los papeles periódicos de encarecer su ingenio y propagar su fama, y Méjico entero le aclamó su primer poeta dramático en los tiempos modernos.

Diez obras dió entonces á la escena, cuyos títulos son: *¡Hasta el cielo!, El sacrificio de la vida, Gil González de Ávila, La hija del Rey, Un amor de Hernán Cortés, Luchas de honra y amor, Juan de Villalpando, Impulsos del corazón, Esperanza* y *Antón de Alaminos*. Ha dado después seis obras más: *El Conde de Peñalva, Entre tu tío y tu tía, Por el joyel del sombrero, Doña Leonor de Sarabia, El Capitán Pedreñales*, y *¡Vivo ó muerto!* Ha escrito también, en colaboración del eminente escritor licenciado Alfredo Chavero, un drama denominado *La hermita de Santa Fe*, y tiene ya concluído otro, con el título de *El alcaide de Palacio*.

Mucho habría que decir acerca de la importancia y valer de todas estas obras dramáticas; pero me ceñiré, por ahora, á mencionar sólo algunas de sus prendas y calidades características, por no permitirme más holgura ni vagar, los estrechos límites de un estudio de la naturaleza del presente.

Desde luego y al primer vistazo se nota en ellos la más completa y exuberante espontaneidad. Es su estructura harto ingeniosa y peregrina, y abundante en peripecias y situaciones sorprendentes; sus personajes, bien sostenidos por lo regular, están perfectamente caracterizados, y respiran vida, libre albedrío y entereza; la acción, siempre rebosando originalidad é interés, está siempre también conducida con verosimilitud y bizarría, si bien algo obstruída en ocasiones, por episodios ó incidentes secundarios, que de por sí tienen

la suficiente potencia para constituir acción separada.

Tan rica y opulenta es la virtud creadora de Peón, de tal suerte engalana sus dramas con detalles y recursos de segunda fila, que no es raro el caso de que desarrolle paralelamente dos fábulas, enlazadas por vínculos de intimidad poética y fundidas en un solo y hermoso cuerpo. En cuanto á la forma literaria, obedece á las inspiraciones del buen sentido, y sin amoldarse al férreo rigorismo de la escuela clásica, tampoco abusa de las licencias concedidas por la sana razón á un poeta dramático. Su estilo, lleno de claridad, elegancia y sencillez, se ajusta y compadece con todos los asuntos dramáticos, ascendiendo al tono robusto y épico en *Un amor de Hernán Cortés* y descendiendo á la dulce ternura del idilio en *Impulsos del corazón*.

Su diálogo es airoso, flexible y animado. Como muestra, inserto á continuación parte de la celebrada séptima escena del primer acto de *La hija del Rey* :

ANGÉLICA

Graves motivos tendré
Apareciendo liviana,
Si os hablo por la ventana.

LOPE

¿No es amor?

ANGÉLICA

¿Amor?.... No á fe.
Es más que amor: el temor
De perderle.

LOPE

¡Afán siniestro!
¿Perder vuestro amor?

ANGÉLICA

El vuestro,
Que bien sé guardar mi amor.

LOPE

Estando guardado así,
Yo solo ante vos me fío,
Pues si amor guardáis es mío,
Que el vuestro lo guardo aquí.
Y puesto que os fío á vos,
Y vos á mí me fiáis,
Angélica, no temáis
Por ninguno de los dos.

ANGÉLICA

¡Ay!

LOPE

¿Suspiráis?

ANGÉLICA

Yo me admiro.
Confiado sois....

LOPE

¿Qué temor
Puede causar el dolor
Que revela ese suspiro?
¿El de no miraros más?

ANGÉLICA

No tal.

LOPE

¿Más grave?

ANGÉLICA

Podría....

LOPE

¡Más grave! Pues no sabría
Dar con la causa jamás.

ANGÉLICA

Es que pretenden mi mano.

LOPE

Pues causa es esa menor.
¿No os lo decía? Peor
Para el pretendiente; es llano.
Es llano, sí, por mi fe;
Mortal no habría que al veros
Dejara de pretenderos
Y de amaros; ya lo sé;
Que otro tanto me pasó
Y fuera creer egoísmo
Que no le pase lo mismo
A todo aquel que os miró.

ANGÉLICA

Si me ostiga...

LOPE

Es desacato.

ANGÉLICA

Si es tenaz....

LOPE

No es hidalguía.

ANGÉLICA

Y si me obliga....

LOPE

Podría
Suceder; pero ¡le mato!

ANGÉLICA

Calma tenéis....

LOPE

Tengo calma.

ANGÉLICA

Si una asechanza me tienden.....

LOPE

Bien contra ella nos defienden.
Este acero y vuestra alma.

Abundan los apólogos en los dramas de Peón y son en ellos verdaderas piedras preciosas engarzadas en oro. Pálido sería cuanto yo dijese en su elogio, y tengo por lo más acertado trascribir aquí, como testimonio de todos, el muy bello que se dice en *Antón de Alaminos,* drama admirablemente versificado.

Habla el protagonista en defensa de su nieta Inés, á quien se infama con indignas murmuraciones :

Tiende entre cándida bruma,
Ola tras ola ligera,
Mar azul, en la ribera,
Rizadas ondas de espuma.

Flota en los aires, luciente,
De los espacios tesoro,
Envuelta en púrpura y oro,
Tersa nube transparente.

Nace en la orilla, sediento
De luz de sol cuando asoma,
Nevado lirio, que aroma
Con sus perfumes el viento.

Mas zumba huracán rugiente,
La espuma hasta el cielo sube,
Pedazos hace á la nube
Y azota al lirio en la frente.

¿Qué extraño, Pedro, si agita
La vil calumnia sus alas,
Que así destroce estas galas
Entre su garra maldita?

¡Cómo extrañar, si la abruma
De su inclemencia el poder,
Si el honor en la mujer
Es lirio, nube y espuma!

Nadie ha versificado ni versifica así en Méjico, ni poeta alguno entre los nuestros tuvo ni tiene tan encumbrada inspiración, y tan espléndida, flexible, esmerada y elegante manera de decir.

Pero como si todo esto no bastase á dar á Peón la supremacía, posee otra valiosísima prenda, sobre las apuntadas, que de por sí le levanta y enaltece: la fecundidad. Maravillosa es su fuerza creadora, y si el ejercicio de su profesión no le robase casi todas las horas del día, dejándole sólo cortísimos instantes para el cultivo de las bellas letras, sería cosa de que nos diese una obra ó dos cada semana. Concibe tanto y con tal precipitatión, atropellándose las ideas en su cerebro, que pone en olvido y desperdicia infinidad de argumentos interesantes y bellos. En este caso están *El pliego de mortaja, Doña Beatriz de Bobadilla,* y otros varios dramas en embrión, que me ha referido y cuyos títulos y asuntos ha olvidado él y yo también.

No sólo escribe dramas, sino á la vez multitud de composiciones de circunstancias y de compromiso, y proyecta poemas épicos, los empieza y los abandona á los primeros cantos; é idea novelas, pone mano en ellas y las desecha á los primeros capítulos. Tiene, empero, concluídas, dos, que permanecen inéditas: *Rodrigo de Paz* y *El puente del clérigo.*

ROMANCES

HISTÓRICOS Y DRAMÁTICOS

HISTÓRICOS

LA
RUINA DE AZCAPOZALCO

ROMANCE I

IXTLILXOCHITL. — EL PROSCRITO

Con aire grave y sombrio,
El entrecejo enarcado,
Descompuesta la mirada
Y el enjuto rostro pálido,

El rey de los tepanecas
Tezozomoc el tirano,
En un salón de su augusta
Morada de Azcapozalco,

De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,
Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.

El esplendor de Tezcuco,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en la ciencia de los astros,

En él la ambición despiertan
De los honores y el mando,
Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.

Huye de su alma el sosiego,
Á los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos
Y de su hogar el descanso.

No olvida ni un solo instante
Que del gran Xolotl (1) es vástago,
Y de Acolhuacan el cetro
Regir debiera su mano.

—

Como en tempestosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;

(1) Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacan.

Y con un brusco y nérvioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se agita, duda,
Y la voz al fin alzando,

Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otompan y Chalco
Señores, y así con ronco
Acento, habló les airado :

— « Ya sabréis, nobles guerreros,
Súbditos míos y aliados,
Que Ixtlilxochitl Ome Tochtli,
Rey y Señor se ha jurado

En Huexotla, ha pocos días,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando.

En los montes de Tlaxcalan
Y en sus valles acampado,
Con huestes innumerables
Amenaza mis estados.

Y como es fuerza se acaben
Tan funestos desacatos
Que amenguan de mi corona
El esplendor soberano,

Reunid á vuestros parciales,
Y con cautelosos pasos,
Llegad, cruzando las selvas,
Hasta el enemigo campo.

Allí, pedidle á Ixtlilxochitl
Una entrevista; el incauto,
Sin escolta, hasta vosotros
Se acercará temerario;

Mas antes que una palabra
Se desprenda de sus labios,
Entrambos de un solo golpe
Y sin compasión, matadlo.

Idos... y tened presente
Que aquí la victoria aguardo;
Que el porvenir de mis reinos
Desde hoy queda en vuestras manos. »

Dice, y su adusto semblante
Se anima con un extraño
Gesto, que es dulce sonrisa,
Que es incomparable halago

Para aquellos dos magnates
Que, sumisos y temblando,
Salen de la regia cámara,
Donde al resplandor escaso

Del crepúsculo sombr o,
Torvo, mudo y cabizbajo,
En mil confusos proyectos
Quedóse el Rey abismado.

—

Una tarde, cuando apenas
El sol con lánguidos rayos
Del Iztachihuátl doraba
Las cumbres desde el ocaso,

Ixtlilxochitl separóse
De sus jefes y soldados,
Que á parlamentar le invitan
Los del enemigo bando.

Él se aleja, el gozo inunda
Su altivo semblante franco,
Y sus indómitas huestes
Le ven partir sin cuidado.

¡Ay! ¡infeliz! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.

No lo presume, y tranquilo
En su valor descansando,
Llega á los embajadores
Con andar sereno y tardo;

Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otompan y el de Chalco.

El Rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.

El golpe alevoso hiere
La regia frente, y del campo
De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio:

« Traición, Tezcuco; á las armas » —
« Azcapozalco » — exclamaron
Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;

Y á poco, al tender la noche
Su gigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano.

—

Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;
Y en tan espantoso día,
Al perder los tezcucanos

Su sangre, su Rey, su gloria
En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altivo frente humillaron.

—

Nezahualcoyotl, el hijo
De Ixtlilxochitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,

Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.

Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses,
Y el poder de sus contrarios,

Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe Rey, que arrojando

Al infortunio sus dias,
Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacán fundaron.

—

El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculta, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.

Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aun no vislumbra su ocaso,

Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento
Y de desventuras harto.

Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;

Aquel que en un regio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,

Recorre, como las fieras,
Despavorido los campos,
Sin hogar ni más consuelo
Que el amor de sus vasallos,

Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exigencia
De los reyes mejicanos,

De quienes era el proscrito
Principe, pariente amado,
Tezozomoc le permite
Retornar con sus hermanos

Á Tezcuco, emporio y norte
De sus lisonjeros cálculos,
Dándole allí señoríos
Y de Cilam el palacio,

Donde entregado á las letras
Pasó dos lustros escasos,
De los negocios del mundo
Lejos y de sus engaños.

ROMANCE II

EL ENSUEÑO

Tezozomoc en un lecho
Perennemente reposa,
Que el peso de la existencia
Sus flacos hombros encorva;

Sus fuerzas enerva y rinde;
Deslustra la brilladora
Pupila que en otros tiempos
Fué de sus pueblos antorcha;

El fuego que ardió en sus venas
Apaga, y hora por hora
El invierno de los años
Nieve en su frente amontona;

Nieve que no se deshace
Ni se derrite ni agota,
Que ni hay abril ni verano
Que su terso cristal rompa;

Y por eso entre algodones
Lo arrebujan y lo escoran,
Y á su corte se presenta
Como un fantasma, una momia

Que desde el frío sepulcro
Dictando sus tenebrosas
Leyes, rige á sus vasallos
Y los tiraniza y doma.

—

Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestosa;
Frío el viento, rebramando
De las regiones del bóreas,

Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca,

Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa.

Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aun más lóbrega,

Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principio lenta
Del aire en las tenues ondas,

Y después acrecentando
Sus flebes giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.

En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas..... do quiera siguen
La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del Rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.

Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizón, y tiende
Sutiles y vaporosas

Sus luengas alas, que poco
Á poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.

Empero, en el mismo instante,
Ve el Rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa

Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,

Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.

Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rabatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Una águila gigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;

Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luego sobre él se lanza
Tan rápida como arroja

El arco la flecha aguda
Que el viento silbando corta.
El Rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa

Respiración, se horripila,
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente
Por la cual heladas gotas

De sudor copioso corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve al águila ya cerca
Que retrocede y se encorva,

Que dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma,
Y en su ya desnudo seno
Enclava las garras corvas,

Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.

Entonces el Rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa y tiembla y llora;

Llora de susto, y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre
Que acude á su acento atónita.

—

Está en el regio aposento
Una anciana temblorosa,
Que habla con triste semblante
Y con lenta voz monótona.

Sus ojos, cual si quisieran
Penetrar las vagas sombras
Del porvenir, están fijos
Hacia adelante, y sus hoscas

Miradas prende en sus labios
El Rey, que, con alma absorta,
No pierde una sola frase,
Y ni una sílaba sola.

— « Esa mariposa negra,
Sombría y aterradora,
Era el vengador espíritu
De Ixtlilxochitl que aun te acosa.

Las víctimas de los reyes
Ni en el sepulcro perdonan,
Y la paz del alma, dulce,
En este mundo les roban.

— Prosigue.....
— Aquella montaña
Gigantesca y portentosa,
Es tu trono, que enrojece
La sangre de tus victorias.

— ¿Y aquellos cráneos horribles?
— De tu carrera despótica
Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan

Las columnas de ese trono
Que te sostiene.....
— ¿Y las olas
De aquel mar de fuego?
— El tiempo
Significan, que á espantosa

Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.
— ¿Y ese monstruo sanguinario?
Murmuró el Rey con voz ronca,

Llevando una mano fría
Á su frente sudorosa.
— ¿El águila?
— Sí, contesta.
Te anuncia que vengadora

La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas...
¡Le estoy mirando!
— ¡Á quién miras.....!
— Á él, al rey de los Acolhuas.

— ¿Nezahualcoyotl?
— Al mismo;
Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos,
Su hambre, su ambición, su cólera;

Que no ha de ver en sus días,
Tardes, ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.

— « ¡Mientes! » exclamó el monarca
Furioso; « sella tu boca » —
Ea, ¡llamad á los príncipes,
Que quiero hablarles ahora!

« Sí, sí, que el traidor perezca,
Perezca su estirpe toda,
Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria. »

Dice el Rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.

—

Ante el rey de Azcapozalco
Estaban, á pocas horas,
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,
Infantes de la corona.

Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,
Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcoyotl, que pronta

Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
Á cabo acción tan gloriosa.

Tezozomoc muy en breve.
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa

Encerró con sus cenizas
Bajo una sombria bóveda,
La execración de su pueblo,
Que aun después de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primogénito Maxtla,
La indignación envidiosa.

Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.

De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayatzin con los suyos
En la impotencia abandona.

Á Tayatzin, á quien poco
Después la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la augusta persona,

Y por su orden, le dan muerte,
Ciñendo á la poderosa
Frente del regio asesino,
Entre la espléndida pompa,

Y los vítores de un pueblo
Que ante el destino se postra,
De Azcapozalco y Tezcuco
Las magníficas coronas.

—

Maxtla, libre de temores
En su majestad se goza,
Y con el poder se embriaga
Que ha adquirido á tanta costa.

Sólo una nube atraviesa,
Como fatídica sombra,
Por el tranquilo horizonte
De sus venideras glorias;

Y esta sombra es el recuerdo
De un hombre, fuente do brotan
Sus pertinaces recelos
Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío
Se le aparece, y trastorna
Los proyectos colosales
Que fragua su mente loca.

No olvida el sueño funesto
De Tezozomoc, y sorda
Brama en su pecho implacable
La tormenta pavorosa;

La tormenta, que lo mismo
Que de los cielos arroja
Sobre la tierra las iras
De su formidable cólera,

Así del pecho de Maxtla,
Contra el heredero Acolhua,
Se desprenden las saetas
De una adversión enconosa.

Y sin que pueda, ni un dia,
La pesadilla diabólica
De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,

En persecución del príncipe,
De los esbirros las hordas,
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.

Los Teocallis escudriñan,
Y los Tianguis (1) alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

(1) Las plazas del mercado.

Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principio lenta
Del aire en las tenues ondas,

Y después acrecentando
Sus flebes giros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertiginosa.

En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas..... do quiera siguen
La carrera prodigiosa

De la voluble fantasma,
Que sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del Rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos
Entre sus áridas órbitas,
Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.

Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizón, y tiende
Sutiles y vaporosas

Sus luengas alas, que poco
Á poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.

Empero, en el mismo instante,
Ve el Rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa

Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas

Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,

Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.

Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rabatiendo
Sus dos alas ponderosas,

Dame tu mano y revélame
Dónde vas...
— Sígueme hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que agita

Á diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada, do la vista

Entre tristes sempazúchiles
Y sauces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;

Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta
Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida,

Es el único consuelo
De prolongadas vigilias.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría

Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
Á la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,

Murmura con voz pausada :
— « Allí está Tiata, hija mia,
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia;

Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.

Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.

Huitzilihuitl, el monarca
De Tenuchtitlán un dia
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.

No puso á sus pies un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.

¡Ay! robómela el infame,
Robómela en hora impía,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.

Eternos dias horribles,
Largas noches de vigilia,
Pasé sin Tiata... era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.

El grande rey Ixtlilxochitl,
Á quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mias.

Y en mi socorro acudiendo
Á Huitzilihuitl obliga
Á devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.

Tiata al hogar desolado,
Al Edén de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;

Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.

Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de atemoxtli (1),
Eternas, tristes y frías,

Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas

Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundian.

Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el dia
Que tú naciste; tú eres
De Huitzilihuitl la hija.

Murió el verdugo hace tiempo;
Allí está en polvo la víctima;
Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh (2) las delicias.

Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.

(1) Diciembre.
(2) El Sol.

Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio, y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;

Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías. »

Cesa la voz del anciano,
Nezahualxochitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

ROMANCE IV

LA HOSPITALIDAD

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana
Va rodando en los espacios
Febe, su disco de plata.

Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.

Mas Nezahualxochitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aun de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.

Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fia
Los secretos de su alma.

Acaso un leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.

Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
Á la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el dia
Con los crespones del alba,
Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.

Que aun mira se le figura
La imagen gentil, gallarda,
De un mancebo que corria,
Y ásperas cimas trepaba,

Como el coyametl (1) que huye,
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;

Aun se finge que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.

(1) Javalí.

Y por el mismo sendero
Á poco ve que se lanza,
En pos de aquel fugitivo,
Un tropel de gente armada

Que corre de un lado al otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conferenciar se para,

Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Donde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre joven,
Intranquila y desvelada,
Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.

En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aun por el espacio rueda
Febe, su disco de plata.

—

¿Qué ruïdo es ese? ¿acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las ojas secas levanta?

¿Ó lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos, las ramas?

¿Ó es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hacia ella
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la joven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas sólo
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento
Llevó en sus ondas el aura :
« Detente un punto, detente, »
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxochitl
Cada vez más asustada,
No camina... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoge
Al dintel de su morada;
Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hacia atrás la cara,

Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatli (1) entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.

Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.

Entonces la joven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.

(1) Á manera de capa que usaban los aztecas.

— ¿Qué ocurre, hija mía?
— ¡Auxilio!
¡Venid, socorro!
— ¿Qué pasa?
— ¡Padre, mirad!.....
Al reflejo
De las rutilantes llamas

De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxochitl, que súbito
Reconocen sus miradas

Á aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huia por un sendero
Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama :
— ¿Quién eres?
— ¿Quién soy?
— ¡Tu nombre!
— ¡Nezahualcoyotl!
¿Te llamas

Nezahualcoyotl? ¡el hijo
Del gran monarca! Y enclava
Nanche en el rostro del Príncipe
Sus pupilas dilatadas;

— ¡Ah! si..... ya te reconozco,
Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?
— No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada

Esta mansión?
— Si por cierto;
— Pues la senda me señala;
— Nezahualxochitl la sabe;
¿Mas ese rumor.....?
—¡De Maxtla

Son las tropas, que me siguen,
¡Y soy muerto si me alcanzan!
— Pues corred, yo las espero,
Huid; aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa;
Y que el hijo de Ixtlilxochitl
Con los altos dioses vaya.

Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas;
Del príncipe y de la joven
Las sombras, como fantasmas.

—

Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansión sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.

Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el jefe de ellas, mirando
Á Nanche que las aguarda,

Deteniéndose soberbio
Á no muy corta distancia,
Con fiero ademán altivo
De esta manera le habla :

— Á ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa :
Ríndete pues, y á los mios
Enseña la puerta franca.

El Rey tu señor, mi amo,
Asi lo quiere y lo manda;
¡Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.

— Te equivocas, dice Nanche,
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.

— ¿Niegas que el Príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?
— No niego nada.
— Lo confiesas.....
— En mi vida
Supe mentir.
— ¿Y qué aguardas?
— No has de entrar en este asilo.
— ¿Quieres morir?
No me espanta
La muerte, cuando me alienta
La fe de una justa causa.
— Eres anciano.....
— Mis ojos
De ver la luz ya se cansan.
— Morirás entonces.
— Y antes
Que se cumplan tus palabras,
Hollarás cien y cien veces
Mi cadáver con tus plantas.
— ¡Adelante.....!
— ¡Atrás.....!
La lucha
Desigual y sanguinaria,
Á la faz de las estrellas
En un instante se traba.

La pica del noble anciano
Hunde al primero que avanza
La cabeza, y cae al suelo
Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,
Se oyen mugidos de rabia,
Y el iztli (1) el espacio hiende
En las puntas de las lanzas.

De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aun palpitantes, ultrajan.

Á los aposentos entran;
Buscan, mas al fin no hallan
Al Príncipe á quien creian
Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
Como coyotles (2) hambrientos
En las llanuras de Anáhuac.

(1) Pedernal.
(2) Especie de chacales.

La tibia luz de la aurora
Viste al oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,

Se ve bajar por los campos
Á una joven que agitada
Muestra en sus ojos la dicha
Que sus tiernos labios cantan.

« No pierde un rey poderoso,
Un rey nunca pierde nada,
Si á sus iguales adora,
Si con princesa se casa;

Y él es rey, y yo soy hija
De Huitzilihuitl y Tiata; »
Éstos eran sus cantares,
Éstas eran sus palabras.

Alegre, gentil, risueña,
La colina al fin traspasa,
Cruza sus bellos jardines
Y se detiene á la entrada

De su mansión..... algo ha visto
De sombrío en lontananza;
Algo de fúnebre y triste
En las puertas y en las tapias.

Se le figura que el viento
Solloza triste si pasa,
Y que los árboles gimen
Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre
Las cariñosas miradas?
¿En dónde está la sonrisa
Que sus labios dilataba?

¿Dónde los trémulos brazos
Que no salen á estrecharla,
Por aquella alegre puerta
Tan muda y tan solitaria?

¿Por qué ante ella se detiene,
Y tiembla y vacila, y anda
Un breve trecho y al punto
Se vuelve atrás asustada?

¡Ay! lo ignora, y decidida,
Resuelta, convulsa, pálida,
Entra, da un grito, y perdiendo
Al fin su última esperanza,

Siente un vértigo espantoso,
Siente un dolor que la mata;
Cierra sus ojos, y rueda
Por el suelo desmayada.....

. . . . . .

Vió á Nanche, á Nanche tendido,
Tintas en sangre las canas,
É inmóviles las pupilas
En donde acaso aun brillaba

Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.

ROMANCE V

LA EMBOSCADA

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;

De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, dia á dia,
Brazo á brazo, pecho á pecho;

De cruzar con sus dolores
Los mundanales desiertos,
En un futuro soñando,
En un pasado muriendo,

Á Tenuchtitlán potente
Vuelve los ojos, el cielo
Un rayo de luz le envia
Que calma un punto sus duelos.

Y un átomo de esperanza
Á su corazón enérgico,
Lleva una chispa que enciende
Su sangre en llamas de fuego.

Se une á Ixcoatl, monarca
Cuarto del coloso imperio,
Y con otros poderosos
Tributarios de su suelo,

Y al frente de un aguerrido,
Bravo y numeroso ejército,
Parte al fin contra el tirano
Maxtla, que en el trono excelso

No sospecha ni un instante,
No presume ni un momento,
Que en su fuerte y poderosa
Diestra, vacile su cetro.

Y ordena á Mazatl, el bravo
General de sus guerreros,
Que prepare á la defensa
La capital de su reino.

Y Mazatl la fortifica,
Lleno de vigor y aliento,
Con hondos fosos por fuera,
Con altos muros por dentro.

Y dentro y fuera, con rudos
Brazos y animosos pechos
Que esperan desesperados
El instante del encuentro.

—

El fulgor de un bello día,
Hermoso, puro y sereno,
Inunda con luz brillante
Murallas y campamentos.

Y quiebran la luz febea
Con vario fulgor intenso,
Los chimalis y escaupiles (1)
De aquellos jefes soberbios.

De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcoatl toca diestro.

Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento
Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.

Nezahualcoyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl su criado
De honra y lealtad ejemplo,

(1) Escudos y armaduras.

Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuahuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro :

« Ve y dile á Nezahualxochitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imagen que reverencio.

Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos;
Que los dioses van conmigo,
Que de ellos el triunfo espero ».

Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.

—

Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos;

Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,

Nezahualcoyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse con los suyos
Camino del campamento.

Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de su Nezahualxochitl
El cariñoso recuerdo;

De la lucha de aquel dia,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algún bravo compañero.

Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.

El Príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes resuelto.

Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío le sirve,
De nada el valor supremo;

Que el numeroso enemigo,
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
Á perecer combatiendo.

De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcoyotl oye
La voz de Mitl, que corriendo

De su señor en socorro
Vuela al combate ligero,
Con los que á Nezahualxochitl
De escolta y guarda sirvieron.

Rompe Mitl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.

Al frente Nezahualcoyotl
Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.

Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Despavorido y sin armas,
El enemigo disperso.

Y... « ¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mitl, qué has hecho
De Nezahualxochitl? » dice
El Príncipe, sonriendo.

— Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mitl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrían al cabo muerto,

De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Deja este sitio, y en busca
De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mitl la cúspide oscura
De un monte en que ya su velo

De sombras la noche tiende,
Le señaló con el dedo —
« Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto

La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,

Dejando á Nezahualxochitl
Con algunos de los nuestros;
Mas... vela allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro. »

ROMANCE VI

NEZAHUALXOCHITL

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,

Descendió Nezahualxochitl,
Quien con labio irresoluto,
Á los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,

Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el Príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.

Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos

Hacia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.

—

¡Cuánto se amaban! la noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,
Sus corazones en uno

Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable
Y en dulces goces fecundo.

Á ella la vimos risueña
Aquel dia, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su gentil cabeza, de humo;

Cantar la oimos alegre
Los ensueños de un futuro,
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.

Y cuando al pie del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,

Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecia un sepulcro.

—

Cuando ya el sol se acercaba
Á la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto

Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
Á la joven se aproxima
Con un cariñoso impulso;

Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.

Abre al fin Nezahualxochitl
Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito

Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mustios;

Se acerca al Príncipe amante
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,

Así le dice : « allí tienes,
Nezahualcoyotl, al único
Ser querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.

No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros:
Más luz que tú, más consuelo
Que tu amor, ni más refugio.

Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.

Sólo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto,

Y que tu labio...
— ¡Silencio!
Nezahualxochitl, no es justo
Que me hables así... tu esposo
He de ser, yo te lo juro. »

Después, alzando el cadáver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro

De Tiata, en una cueva,
Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.

—

Al anochecer, muy pocos
Dias después, en Tezcuco,
Del infatigable Maxtla
Y sus sicarios, ocultos,

Ante un anciano teopixqui (1)
Con un placer sin segundo,
Y de sus antepasados
Conforme al rito y los usos,

Delante de dos testigos,
Sus dos almas de consuno
Se unieron y para siempre
Con indisoluble nudo (2).

—

(1) Sacerdote.

(2) Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de Méjico, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el Príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habían usurpado. — *Clavijero*. Tomo I, pág 108 [nota].

Entre los brazos del Príncipe,
Nezahualxochitl algunos
Breves instantes de dicha,
De supremo goce, estuvo;

Mas cuando de ellos pretende
Desasirse, un breve punto
Tembló, sus brazos se abrieron,
Y cayó al suelo : confuso

Nezahualcoyotl, sobre ella
Se arroja de terror mudo;
Y da un grito, que los montes
Repercuten uno á uno.

Y entre un tumulto, á la roja
Luz de los hachones fúlgidos,
Contempló á Nezahualxochitl
Bañada en sangre, sin pulsos;

Á quien le traspasa el pecho,
Que ha poco encendia un puro
Y noble amor, de una flecha
El iztli ardiente y agudo.

« Por matarme á mí la han muerto : »
Exclama fiero, iracundo,
Nezahualcoyotl, alzándose
Con un movimiento brusco :

« Ellos, ellos, continúa
Con ronco acento, y sañudo
Hacia la ciudad volviendo
Los ojos como carbúnculos :

— ¡Ah! maldita Azcapozalco,
Guarida de sus verdugos,
Mañana al rayar el dia
Sabré vengar tus insultos!

No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupiles rudos.

Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros... »

Dijo, cayendo de hinojos
Al pie de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.

ROMANCE VII

LA MUERTE DEL TIRANO

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey desde Oriente
Sobre los montes difunde,

En entrambos campamentos
Los capitanes reunen
Á sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.

Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.

Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.

Allí estaba Izcoatl llevando
Un tencaliuhqui (1) que encubre
Sus nobles formas, y gasta,
Porque es de reyes costumbre,

Matzopeztlis (2) en los brazos,
Y cozehuatles (3) que suben
Hasta media pantorrilla,
De cuero color de herrumbre,

Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;
Un tenteti (4) lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre

Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del iris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.

Lleva en la frente, por último,
El copilli, (5) del cual surge
Un quachictli, (6) en que campean
Plumas bermejas y azules.

(1) Traje de guerra que usaban los príncipes.
(2) A manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.
(3) Especie de botas.
(4) Una esmeralda.
(5) Corona.
(6) Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macahuitl en el cuello
De Mazatl, que fiero ruge

Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.

Allí está Nezahualcoyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;

Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su psoa
Todo lo arrasa y destruye,

Así va con sus guerreros,
Á quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,

Nada que ataje su brío,
Nada que lo sobrepuje;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.

En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, (1)
Que en su lobreguez le oculte,

Corre ciego sus jardines,
Y hallándole, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crujen.

Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre,

Que al caer al suelo hacían
Tapias, arcos y techumbres,
El piso hundiendo al impulso
De su inmensa pesadumbre.

Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe,
Y el grito del populacho
Que sus jardines obstruye;

(1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los Aztecas.

Que destroza las florestas
Do gozó, en horas más dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.

Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.

¡Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre
Aparato, al fin la muerte
Su pálida faz descubre!

Maxtla escondido en el fondo
Del temazcalli, prorumpe
En copioso, amargo llanto
Que sus pupilas desluce.

No tardan en encontrarle,
Que por mucho que se oculte
La maldad, siempre hay un labio
Que su guarida denuncie.

Del antro oscuro le sacan,
Y aun antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre

De soldados, que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.

Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rugen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;

Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,

Testigo de tanto estrago,
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.

TEZCOTZINCO

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tezcuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,

Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes gigantescos,

Una mansión que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
Ó se retrata en los cielos.

¡Es Tezcotzinco! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos.

—

Una pendiente süave
Ofrece fácil acceso
Á sus inmensos jardines
Y á sus floríferos huertos,

Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De embriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.

Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.

Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro,

Y de la mansión hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.

Allí vista la extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;

Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros más bellos.

Allí se miran los baños,
También en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños

Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molicie templos.

Allí levantan sus muros
Ricos Teocallis severos,
En donde el fuego sagrado
Perennemente está ardiendo.

Y perdidos en la sombra
Del follaje de los cedros,
Pórticos y pabellones
Se elevan de trecho en trecho.

El agua que fecundiza
Sus cultivados terrenos,
Corre en sonoros cristales
Por un acueducto inmenso,

Que al descansar sobre un vasto
Terraplén, desde muy lejos,
Viene cruzando los valles,
Las colinas, los oteros;

Agua que al correr ligera
Por canales y descensos,
Después de surtir las fuentes,
Los baños y los soberbios

Estanques, y derramarse
Por los prados y los huertos,
Retratando en su camino
Flores, hojas, aves, cielos,

Inquieta, rauda y sonora
Por riscosos vertederos,
En bulliciosas cascadas
Se precipita á lo lejos;

Y de tan grande belleza
Vienen á ser complemento
El aire que se respira,
Manso, perfumado, fresco;

El sol que dora los bosques
Cuando nace, y cuando lento
Traspone las grandes masas
De sombra que en los espesos

Follajes de la intrincada
Selva, anticipan el bello
Crepúsculo de la tarde,
Tan melancólico y tierno.

Las cumbres de las montañas
Que ondean en los extensos
Horizontes, la alta cima
De volcanes corpulentos;

Sus picos que reverberan
Como diamantes inmensos,
Joyas con que la natura
Engalana el Universo;

Los lagos que á gran distancia
Azulean al reflejo
De los rayos de la luna
Que van á quebrarse en ellos;

Y horizontes, luz, matices,
Fuentes, cascadas, senderos,
Aves, estanques, llanuras,
Bosques, nubes, flores, cerros,

Forman un todo, un conjunto
Tan armonioso y poético,
Que á Texcotzinco trasforma
En un paraíso nuevo.

—

En la más bella floresta
De aquellos sitios amenos,
Una sonorosa fuente,
Esculpida con esmero,

Ostenta en mitad de ella
Una piedra de gran peso,
En cuyo frontis pulido,
De geroglificos lleno,

Están marcados los años
Que el poderoso, el excelso
Nezahualcoyotl, de aquella
Soberbia morada dueño,

Ha regido los destinos
Del Acolhuacano imperio,
Y de sus gloriosos días
Los más notables sucesos.

—

En otro estanque se mira
De piedra un león inmenso,
Que hacia donde el sol se pone
Mantiene los ojos puestos,

Y que asegura en su boca
Una efigie, que es perfecto
Trasunto de aquel monarca
Justo, sabio, grande, bueno,

Ídolo de sus vasallos,
Firme amparo de sus pueblos,
Luz de sus vastos dominios
Y admiración de los tiempos.

ROMANCE II

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aun destrozado no habia
Aquellas obras insignes;

Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aun sus muros resistian
Sobre sus cimientos, firmes;

Cuando no se contemplaban,
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos valles y pensiles;

Ruïnas tantos palacios,
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;

Cuando aun sus templos oian
Los cantares de las vírgenes
Aztecas, que idolatraban
Á sus dioses invencibles;

Cuando aun no echaba la hierba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, uraños reptiles,

Nezahualcoyotl, cruzando
Sus encantados jardines,
En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.

Allí de su lira al eco
Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes gimen.

Allí, al son de sus acentos
Se encendian los matices
De las flores, y temblaban
Sobre sus tallos flexibles;

Allí recordaba alegre
De sus años juveniles
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides;

Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices;

Allí concibió su mente
La idea de un ser sublime,
Creador del cielo y tierra,
Que infinitos orbes rige,

Dando al olvido la extraña
Majestad de las efigies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices;

Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandezas ruínes.

Y allí con Matlalzihuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahualpilli,
Honor de su egregia estirpe.

EL SEÑOR DE ECATEPEC

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y señor de los Chalqueses,
Á quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;

Aquel monarca que en duro
Corazón albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,

Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mejicanos, muere.

Las vencedoras legiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tezcuco,
Que parte en la empresa tienen,

El botin y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

—

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.

Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso cual tigre fiero
Ni se alimenta ni duerme.

Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,
Ó entre las llamas envuelve
Palacios y sementeras
Que en ceniza se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,

Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte
Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve,

Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Después de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,

En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los Huexotzingos,
Venciendo á los Cotasteses.

ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las regiones de su ocaso;

Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus melódicos cantos,

Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del Rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mejicanos.

Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto:
¡Inútilmente! las flechas
En el carcax se quedaron,

Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
También se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.

¡Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos!
¡Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados

La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con acción tan villana
Sólo han querido injuriarlo!

—

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,

Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prisión le reducen
En un soberbio palacio.

—

Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambición y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.

Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;

Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazón humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!

Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;

Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Sólo escucha y el mandato.

—

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;

Resuelto á poner un coto
Al afan de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,

Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,

Que en la gran plaza del Tianguis (1)
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,

Para que mirarlo puedan
Sus generosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.

Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de estusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

(1) Plàza del Mercado.

ROMANCE III.

De gala están los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hacia la plaza del Tianguis
Alegre el paso encamina.

El sol aparece, nuncio
De un claro y resueño dia,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.

No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ria.

Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.

El presente le sonrie,
El porvenir le acaricia,
Y en un oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,

Un resplandor, una aurora,
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada, brilla.

Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,
Y que al fin se ha roto el yugo
Que á Méjico lo esclaviza;

Eso esperan los que en Chalco
Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fian.

Ya combatiendo al coloso,
Ó con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberania;

Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en más halagüeños dias.

ROMANCE IV

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las colunas
Que su planicie sustentan.

Allí revueltas expiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.

Y fluye hirviente y refluye
En boca-calles y puertas,
Sin que haya dique seguro
Á su curiosa impaciencia.

Los mejicanos, que fueron
Presos con Omixtla, esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.

El huehuetl y el teponaztli (1),
En son acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.

—

Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva regia,
Y el pueblo en vivas prorumpe,
Y unánime aplauso truena.

Omixtla adelanta grave,
Al pie del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

—

Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡Tan grande silencio reina!

Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa :

(1) Instrumentos de música.

« Sabed, nobles mejicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;

» Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezca,
Que haga traición á mi patria
Y al Rey mi señor ofenda.

» En más que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea. »

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;

Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea...
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.

TLAHUICOLE

ROMANCE I

EL PRISIONERO

Tenuchtitlán y Tlaxcalan
En continuas disensiones,
Enrojecen con su sangre
Selvas, llanuras y montes.

Años tras años de encono,
De contiendas y de horrores,
De entrambos pueblos acrecen
El odio en sus almas torpes;

La plácida bienandanza
De alegre paz desconocen,
Y á su lisonjero halago
Las conveniencias oponen.

Que el afán de procurarse
Víctimas para sus dioses,
Hace que la guerra insana
Sin término se prolongue;

Pues el que en la lucha cae
Ó al enemigo se acoge,
Es al fin sacrificado
Por bárbaros sacerdotes.

—

Los Huexotzingos unidos
Á las aztecas legiones,
Y los bravos Otomites
De Tlaxcalan defensores,

En medio del campo un día
Se encuentran, se reconocen,
Y de ira implacable llenos
Al combate se disponen.

El sol, coronando al mundo
Con ardientes resplandores,
Baña de fértil llanura
Los extensos horizontes;

Y de un extremo y del otro
Partiendo los campeones,
Se arremeten como fieras
En brusco y terrible choque.

Gefe de los Otomites
Es el bravo Tlahuicole,
El general tlaxcalteca
De más brío y de más nombre.

El macuahuitl que fulmina
Su fuerte brazo, es disforme,
Tanto, que apenas con ambos
Puede sostenerlo un hombre.

De alta prosapia en su pecho
Se agita su sangre noble,
Que abonan más que su estirpe
Sus generosas acciones.

Fiero, cual siempre, á las huestes
De los huexotzingos corre...
¡Ay de aquellos que á su paso,
Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera
Las compactas filas rompe
Del enemigo, y llevado
De un furor al cual no pone

Coto ni medida, al cabo
De los suyos alejóse,
De la prudencia olvidando
Las saludables lecciones;

Y en un pantano se hunde,
Do con movimientos torpes,
Apenas para salvarle
Bastan sus fuerzas enormes.

Ya los contrarios le cercan,
Aprehenderlo se proponen,
En los otomites cunde
La confusión, el desorden;

Al mirarse sin su jefe
El temor les sobrecoge,
Y como guerrera escuadra,
En medio del mar salobre,

Juguete va de las olas
Y furiosos aquilones,
Á destrozarse en las peñas
Sin guía, rumbo ni norte,

Así desbandados huyen
En distintas direcciones,
Y su completa derrota
Van á ocultar á los montes.

El general tlaxcalteca
Defiende su vida entonces,
Lo mismo que se defienden
En su cueva los leones;

Y al número al fin cediendo,
Lleno de heridas, rindióse;
Y de ira ciego la muerte,
Por favor, pidiendo á voces.

—

En una jaula anchurosa,
De formidables barrotes
De madera, reforzados
Con toscas planchas de bronce,

Sujeto de pies y manos
Al bravo caudillo ponen,
Y cautelosos le encierran
Como á los tigres feroces.

Dando gritos de alborozo
Le cercan de escolta doble,
De la cual al frente se hallan
Algunos guerreros nobles.

Y mientras tanto, serena,
Tiende sus velos la noche,
Y como una madre ciñe
Entre sus brazos al orbe,

Á Tenuchtitlán la grande
Se dirigen, en buen orden,
Por extraviados senderos,
Cautivo, escolta y señores.

—

En una tarde apacible,
Los alegres callejones
De una huerta floridosa,
De fuentes llena y primores,

Moteuczoma, el rey altivo
De Tenuchtitlán, recorre
Acompañado de algunos
De sus más diestros bufones,

Que con chistes le solazan,
Y hacen que un punto se ahoguen
En el olvido, las penas
De sus ocultos dolores.

Empero, en breve le saca
De tan dulces distracciones,
La nueva de que han llegado
Al palacio embajadores;

Que á un enemigo le traen
Que por sus hechos conoce,
Para que juzgue y sentencie
Como quiera y se le antoje.

Llega á su presencia el reo
Con altivo y digno porte,
Y su gentil continente
La atención augusta absorbe.

El Rey sereno le mira,
Y en su rostro dibujóse
El placer y una sonrisa
Que mal sus labios esconden.

Y en el cautivo fijando
Sus ojos, como carbones
Negros, decirle estas frases
Los circunstantes le oyen :

« Hasta mi oído ha llegado,
Valeroso Tlahuicole,
La fama de tus proezas
Y el prestigio de tu nombre;

» Y pues tus hechos admiran
Cuantos tu valor conocen,
Justo es que yo te releve
Del castigo, y te perdone.

» Eres libre, libre puedes
Volver á tus patrios bosques,
Y que en medios de los tuyos
Recuperes tus honores. »

El general tlaxcalteca
Que con grande asombro oyóle,
Serenándose un momento,
De este modo le responde :

« Grande señor, yo agradezco
El bien que tú me propones;
Mas permite que rehuse,
Y esto á ultraje no lo tomes;

» Pues el que acepta sereno
De su enemigo favores,
Se envilece y se degrada;
Y es fuerza que se deshonre :

» Quiero morir con los míos,
Que aun están en tus prisiones,
En honor de mi república
Y para honor de los dioses. »

Calla el general, y todos
Los circunstantes le oyen
Con asombro; Mocteuczoma
Su dignidad reconoce,

Y en más, con esto lo estima,
Y por lo tanto, da orden
De que en su mismo palacio,
Cual lo merece, le alojen.

Y adularlo determina,
Y halagarlo se propone,
Y conquistar el cariño
De una alma tan grande y noble.

ROMANCE II

LA ORDEN

Por ignorados motivos
Que la historia no revela,
Declaran los Michoacanos
Á Tenuchtitlán la guerra;

Y Moteuczoma resuelve
Mover las huestes aztecas,
Y al frente de ellas, que marche
Á Tlahuicole le ordena.

Obedece aquel mandato
El general tlaxcalteca,
Y parte á Tlaximaloyan
Que es de Michuacán frontera

Allí en terribles encuentros,
De su pericia da pruebas,
Y nuevos lauros añade
Á su gloriosa carrera.

Y aunque triunfar por completo
No logra al fin con sus fuerzas,
Gran número de cautivos
Á sus pendones sujeta.

Y con un botín muy rico,
Que es fruto de sus proezas,
Á la capital retorna,
Do el Rey gozoso lo espera,

El cual los grandes servicios
Del caudillo recompensa,
De Tlacatecatl brindándole
Con la dignidad suprema.

Mas de nuevo Tlahuicole
Rehusa tan grande muestra
De distinción, declarando
Que sólo morir desea;

Y el monarca decidido,
Ya que complacerlo es fuerza,
Que sus deseos se cumplan,
Bien á su pesar, ordena.

ROMANCE III

EL SUPLICIO

Cerca del mayor teocali,
Sobre un terraplén muy vasto
El Temalacatl, con bellos
Bajos-relieves labrado,

Descansa y ostenta lúgubre,
Sombrío como un cadalso,
Su redonda superficie,
De mil crímenes teatro.

Era la tarde, y el pueblo
En torno de él agolpado,
Que se presente la víctima
Espera con entusiasmo.

Allí se ve á Moteuczoma
Bajo de un solio sentado,
Cubierto de oro, de plata,
De esmeraldas y topacios.

En torno de él, la nobleza
Y los altos dignatarios
De las comarcas cercanas,
El lujo ostentan y el fausto.

Del Temalacatl sombrío,
Nada más que algunos pasos,
Seis inmóbiles Teopixquis
Están con los ojos bajos.

Su traje es negro, y su cuerpo
Desnudo en piernas y brazos,
Con el teopatli divino
Se mira recién untado.

Llevan un birrete tosco,
Negro también, y muy amplio,
Y debajo del cual salen
Sus fuertes cabellos largos;

Largos hasta el suelo, y siempre
Con dos cordones trenzados,
Teñidos con tinte espeso
De humo de ocotl aromático.

—

Todos callan... de repente,
Lo mismo que el Oceáno
Se agita el pueblo, se abre,
Y de uno y de otro lado

Deja una anchurosa calle
De fuertes muros humanos,
En cuyo extremo aparece,
Con noble desembarazo,

Tlahuicole, el valeroso
General republicano,
Héroe de aquellos festejos,
Y de las miradas blanco.

Avanza lento y tranquilo
Con majestüoso paso;
Llega al terraplén, y grave
La escalinata trepando,

Saluda al Rey, que le mira
No con enojo, con pasmo;
Y al temalacatl se sube
Con ánimo sosegado.

Allí espera un breve punto
Que un pie con un fuerte lazo
Le aseguren á la piedra
Que es de la lid escenario.

Danle después un chimali,
Escudo de gran tamaño,
Y un macuahuitl que, aunque corto,
Está fuerte y bien tallado.

Le dejan solo, en seguida
Sus ojos grandes, airados,
Pasea en torno, y espera
Tranquilo á sus adversarios.

Llega el primero, se miran,
Y después de un corto plazo,
Le divide Tlahuicole
En dos, el cráneo, de un tajo.

Sube en seguida el segundo,
Otro después, y hasta cuatro,
Y á los pies del tlaxcalteca
Sucumben casi en el acto.

Grita el gentío; los aires
Se conmueven al aplauso
Universal, y la sangre
Tiñe á torrentes el mármol.

Suben tres más... Tlahuicole,
Lleno de heridas, jadeando,
Aun logra vencerlos; aun
Rinde al sétimo su brazo,

Hasta que el último sube,
Y diestro ó afortunado
El arma le hunde en la frente,
Y se estremece de espanto.

Entonces, como en el coso,
La fiera cae en el charco
De su sangre, hondos mugidos
De mortal furor lanzando,

Así rueda Tlahuicole
Por el suelo, y en el acto
Los Teopixquis, de su cuerpo
Sangriento se apoderaron.

—

Del gran Dios Huichtilopoxtli
Ante el templo venerando,
Sobre aquella piedra horrible
De los sacrificios bárbaros,

El cuerpo aun palpitante
De Tlahuicole acostaron;
Le abren el pecho, le arrancan
El corazón... ¡humeando!

Y en seguida los Teopixquis
Con él se acercan á lo altò
De la escalera, y arrojan
El cadáver mutilado.

—

Pasa una hora lentamente,
Huye el pueblo cabizbajo,
Nadie hay en torno del triste
Temalacatl solitario...

Esperad... el negro bulto
Avanza con lento paso,
De una mujer desolada
Con un niño entre los brazos.

Llega... su triste sollozo
Cruza gimiendo el espacio;
Es el amor, es la esposa
Del general desdichado.

En Tenuchtitlán cautiva
Con él estuvo tres años,
Fué de sus dias el ídolo,
Fué su placer, fué su amparo.

El llanto por sus pupilas
Brilló en trance tan amargo,
Su corazón oprimiendo,
Su corazón inundando,

Hasta que entrada la noche,
Desfallecida al estrago
De su dolor, mal apenas
Pudiendo alentar el paso,

Se retiró á su morada,
Momentos en que asomando
La luna, bañaba en sangre
Sus melancólicos rayos.

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

EL ASTRÓLOGO

En un salón espacioso
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anahuác opulento,

En un salón que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico artesón de cedro,

Bajo un dosel de oro y fino
Nácar incrustado en ébano,
Y sobre un banco de icpali
Está el Rey nono de Méjico,

Moteuczoma el poderoso
Que no hace mucho que ha vuelto
De una expedición famosa
En que ha perdido su ejército,

No combatiendo cual suele,
Contra el belicoso pueblo
De Amatlán, que rebelado
Tremola pendón guerrero;

Sino al embate furioso
De una tempestad, que haciendo
Destrozo grande en sus huestes,
Le obliga á tornar ligero

Á Tenuchtitlán la hermosa,
Con los miserables restos
De una legión combatida
Por el cansancio y el miedo;

Que un portentoso cometa
Su cauda enseña en el cielo,
Nuncio de grandes desgracias
Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado
Está el monarca en su asiento,
Entrambos brazos caídos,
Pegada la barba al pecho;

Ni hace caso de un jicali (1)
Que de octli (2) espumoso lleno,
Le ha presentado una esclava
Que le sirve con esmero;

Ni una luenga caña fuma
Que colma tabaco bueno,
Con tlilxochitl (3) oloroso
Y otras dos hierbas compuesto;

Pues piensa sólo en que dicen
Los nigromantes más viejos,
Que el cometa y el fracaso
Que dispersó á sus guerreros,

Y el incendio repentino
De las dos torres del templo,
Le anuncian que de otra tierra,
Que está del Anáhuac lejos,

Y por el lado en que luce
El sol sus rayos primeros,
Vendrán en son de conquista
Á derrocar su gobierno,

(1) Vaso natural.
(2) Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.
(3) Vainilla.

Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto más serio
Cuanto que Nezahualpilli
Rey del Tezcucano pueblo,

Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,
Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrólogo supremo,

Con pesadumbre le afirma
Que cuanto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,
¡Triunfando de él en el juego!

Que era el azar el que daba,
Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos,

En las dudas más sencillas,
Y en los más arduos empeños,
La victoria al más taimado,
Ó más astuto, ó más diestro.

—

Que está impaciente el monarca
Indica claro en su gesto,
Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.

Á alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor más pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.

Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando después más negro;

Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Más airado y más sombrío
Mientras más avanza el tiempo.

En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos
Se alza del banco, violento,

Y « vete, » á la sierva dice,
« Vete; » y en el punto mesmo
Se abrió la regia mampara
Que da entrada al aposento,

La cual, después de dar paso
Á dos hombres, tornó luego
Á cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.

Rompióle al fin el monarca
Dirigiéndose al más viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus pies de hielo.

— « Tú, Xoloe, que los destinos
Penetras de hombres y pueblos, »
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;

» Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno
Al porvenir sus secretos;

» Tú que en el estudio has visto
Á un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,

» Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios. »

El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Según lo pálido y frío
Que está clavado en su puesto.

« Di que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mía
Para que te sirva, en premio. »

El sabio baja los ojos,
Con justa razón temiendo
La cólera soberana
Que oculta el Rey con esfuerzo.

« Contesta, Xoloe, no temas. »
— « Si tú lo mandas..... »
— « Lo quiero. »
— « Nezahualpilli no miente. »
— « ¿Luego es la verdad? »
— « Es cierto. »

Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira, se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está, en ademán sumiso,
Y es general de su ejército.

Y « de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,
Y maniatado al instante
Enciérralo de ella adentro;

» Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento. »

— « Gran señor, si tú lo mandas,
Gran señor yo soy tu siervo,
Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.

» Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.

» Pero antes oye : vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras gentes
Pedazos vendrán á hacerlo;

» Caerás, sí..... yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu Imperio.

» Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre ti su aguda flecha
Será en lanzar el primero. »

Dijo : de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto regio.

—

Quedó solo el Rey, mirando
De una gran vantana el hueco,
Y vió al sol, y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento

Entre rojizos nublados,
Como jirones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.

ROMANCE II

LOS FUNERALES

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.

Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.

Tenuchxtitlán aparece
Cubriendo su bella imagen
Con ese velo sombrío
Que precede á las catástrofes.

Hombres, niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzando, con el dolor
Retratado en los semblantes;

Todos hacia Tlaltelolco
Se dirigen sin hablarse,
Como si á expresar su pena
Con los ojos les bastare.

—

Sobre una estera de palmas,
En dos almohadones grandes,
Duerme Papantzin el sueño
Último de los mortales.

Era princesa viüda
De un general totonaque,
Á quien ella quiso mucho,
De quien no pudo olvidarse.

Y fué su pesar tan hondo
En tan aflictivo lance,
Que con la viudez llegaron
Padecimientos y achaques,

Sín que valieran remedios
Contra sus físicos males,
Que el daño estaba en el alma,
Y ésta no es fácil que sane.

En Tlaltelolco vivía,
Donde gobernaban antes
Ella y su esposo, y en donde
Gozó placeres fugaces;

Y allí fué donde la muerte
Vino á curar sus pesares,
Velando los tristes ojos
Que lloraron sin cansarse.

Hermana de Moteuczoma,
Fué cariñosa, y añaden
Que el monarca la quería
Como nunca quiso á nadie;

Por eso ofrece en persona
Presidir los funerales;
Y en el palacio mortuorio
Todos están esperándole;

Adentro, inmenso gentío
Que bulle por todas partes,
De nobles hembras y esclavas,
De plebeyos y de grandes;

Y afuera y en dobles filas,
Por los lados de la calle,
Más de cuatro mil guerreros
Vestidos con ricos trajes,

Formados desde la puerta
Del palacio, hasta la base
De un elevado edificio,
Que era el Teocali más grande.

Todos con harta impaciencia
Anhelan que el Rey no tarde,
Aunque por la hora presumen
Que no estará muy distante.

—

Llega por fin Moteuczoma
Y de una litera bájase,
De dolor intenso dando
Inequívocas señales.

Lleva un xuihtilmatli (1) airoso
Bordado con plumas de ave
Blancas y negras y azules,
Como las alas del ánade.

Cubre su augusta cabeza
El copilli (2) hecho con arte,
De sutiles ojas de oro
Salpicadas de diamantes,

Al través del cual se miran
En el cabello trenzarse,
De Quachichtin y de Ocelo
Las órdenes militares.

(1) Vestido que el Rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.
(2) Corona, especie de mitra pequeña.

Y tiene los pies calzados
Con suelas de oro brillante,
Sujetas con trenzas de hilo
De plata y piedras que valen.

Viene con su corte toda
Y un séquito inmenso trae
De príncipes y señores
Tributarios principales.

Y llegan en pos, y llegan
En orden, según sus clases,
Ministros y mayordomos,
Bufones, criados y pajes.

Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.

—

Cuando apenas del palacio
Llegó el Rey á los umbrales,
Por la gran puerta salia
De la princesa el cadáver.

En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trajes
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.

Iba cubierta de joyas
De plata y oro, con jaspes
De abrillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,

Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubria el semblante.

Precedian al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.

Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.

Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocase;

Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis (1) y cimeras,
Yelmos, armas y collares;

(1) Traje de los mejicanos

Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.

Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis (1) que entonaban
Las cántigas funerales.

Así en procesión llegaron
Al atrio del templo grande,
Donde en presencia de todos
Y junto al mismo cadáver

Sacrificaron á muchos
Que eran sus esclavos antes,
Y al capellán que atizaba
La lumbre de sus altares.

Terminada ya la horrible
Ceremonia, que complace
Á un pueblo que más parece
De tigres que de salvajes,

Desanda el mismo sendero
La procesión, sin turbarse
En nada el orden seguido;
Y sin que en su alma llevasen

(1) Sacerdotes.

Un eco los concurrentes,
De los lastimeros ayes
Con que las puertas del templo
Estremecieron los mártires,

Cuyos cuerpos comenzaban,
Tintos en caliente sangre,
Á rechinar en la hoguera,
Pasto de llamas voraces.

Hay en el mismo palacio,
Y cultivado con arte,
Lindo jardin que un arroyo
Riega con mansos cristales;

Le forman verdes murallas,
Cien ahuehuetes gigantes,
Y acequias lo defienden
Y cercan por todas partes.

Brindan esencia á las auras
Y regocijo á las aves,
Flores de exquisito aroma
Y de variados esmaltes;

Y en un extremo hay un bosque
Cuyas ramas colosales
Se cruzan sobre una cueva
Do apenas circula el aire,

Y de esta cueva no lejos,
Rodeado de tiernos árboles,
Un estanque trasparente
De clara linfa hace alarde,

En donde Papantzin iba
Frecuentemente á bañarse,
Cuando su velo de sombras
Pálidas tendia la tarde;

Ó, si el tiempo estaba frio,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecen en los arriates,

Á respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.

—

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,

É introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.

ROMANCE III

LA REVELACIÓN

En un gran salón oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:

Era ésta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.

De barro del de Cholollan,
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,

Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas

Cubierto de espuma hirviente
Que su calidad revela,
Un chocolatl que perfuman
Varias olorosas hierbas.

Cautiva al Rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yemas.

Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,
Y Tapia su mayordomo,
De la flor de la nobleza.

Éstos son únicamente
Quienes presencian su cena;
Que á más de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.

—

El monarca aquella tarde
De contento daba muestras;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.

Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;

« En vano los que consultan
— Decia — allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.

» Esta vez Nezahualpili
Es innegable que yerra,
Y que su genio extravia
Por los campos de la ciencia.

» Delira.... mas no me asusta.... —
¡Que rey de Acolhuán no fuera! —
Como el otro, entre las llamas
Me pagaria su ofensa. —

» Él desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan;
Solo yo me burlo de ellos,
Solo yo los menosprecia. »

Y al decir esto, reia
Con carcajadas histéricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;

Como aquel que aliento y brios
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

—

Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ugier desempeña,

El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias:

« El señor rey de Tezcuco,
Nezahualpili, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia. »

Óyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;

Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tezcuco, ordena.

—

Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el tezcucano su objeto
Expresó de esta manera :

« Señor, tu hermana Papantzin
Á quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque
Que está de su tumba cerca,

» Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y genial en ella.

» Á los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta :

» Papantzin la llama, dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avise
Al mayordomo le ruega :

» La esposa de éste, á la súplica
Infantil, al sitio vuela;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.

» La niña llora; á sus gritos
Innúmera gente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodigio contempla.

» Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
Á los que allí la rodean.

» Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico, que sin tregua,
Á Tlaltelolco te llegues
Que en su palacio te espera. »

Dice así Nezahualpili,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza.

El corazón se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha.

Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,

Ordena al ugier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el Rey su primo entra,

Y al palacio se dirige,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
Á la par que de impaciencia..

—

En un banco de agalloco (1)
Con albas talas cubierta,
Está Papantzin sentada
Muy pálida, aunque serena.

Ocho esclavas la acarician,
Que lloran de gozo al verla;
Y del xochiocotzotl (2) grande
Preciosa resina queman;

Humo que en loor de los dioses
Sencillas cántigas lleva,
Por el favor que reciben
Y por el bien que les prestan.

Que su hermano niegue el hecho
Teme la noble princesa,
Y otra segunda embajada
Á dirigirle se apresta,

(1) Áloe.
(2) Liquidambar.

Cuando oye ruido de pasos
Y ve á Moteuczoma que entra;
Moteuczoma, que al mirarla
Como una estatua se queda.

¡Era cierto! de la duda
No lo envuelven las tinieblas,
Y tal milagro patente
Ante sus ojos se muestra.

— « Ayer la enterré » — murmura
El Rey con faz descompuesta,
Y se desploma en un banco
Que dos mujeres le acercan.

Sepulcral es el silencio
Que en la ancha cámara reina,
Y á que hable Papantzin todos
Los circunstantes esperan;

Quien arreglando su traje,
Después de pedir la venia,
Con voz débil y argentina,
Así su relato empieza :

« Señor, cuando en los brazos de los mios
Dejé de respirar, tal vez no muerta,
Falta si de sentido, halléme sola,
Sola y en medio de llanura extensa.

» Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
Miraba en su extensión árida y seca;
Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.

» Solo y cerca del sitio en que yo estaba
Iba arrastrando su corriente inmensa
Un caudaloso río cuyas olas
Unas tras otras con fragor estrella.

» Al espantoso ruido que llevaba,
Sentí helarse la sangre de mis venas,
Y á cruzar una fuerza me impelia
La mole de sus ondas verdinegras.

« Resuelta estaba ya, mi pie desnudo
Tocaba el agua con la planta inquieta,
Cuando sentí una mano sobre el hombro,
Y un acento escuché que dijo : « espera. »

» Alcé la vista, y á los ojos mios
Apareció un doncel, de forma esbelta,
Vestido con un traje reluciente,
Como la blanca luz de las estrellas.

» Sostenido en el aire parecia
El tlauquechol que majestuoso vuela
Con dos alas de plumas vaporosas,
Sonrosadas, flotantes y ligeras.

» Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
De que intentes ganar la orilla opuesta;
Hay un Dios que te quiere y te conoce,
Y por eso á la fin serás su sierva.

» De allí el gallardo joven me condujo
Caminando por la húmeda ribera,
En donde vi esparcidos muchos huesos,
Y pálidas y humanas calaveras.

» Y á escuchar comencé tristes gemidos
Que el pecho me rasgaban con fiereza,
Punzando cada poro de mi cuerpo
Un espantoso frio que aun me hiela.

» Torné luego á mirar hacia las olas,
Y sobre el filo de sus blancas crestas,
Unas barcas enormes navegando
Á mi asombrada vista se presentan.

» Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
De distinto vestir de nuestra tierra,
Con escamas de plata sobre el busto,
Y yelmos de metal en la cabeza,

» Los vi con estandartes en las manos,
De blanco cutis y mirada fiera,
Teñidas las mejillas de achiote,
Con labios de coral y barbas negras.

» Entonces el doncel que sonreía
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,
Á hablarme comenzó de esta manera :

» Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena,
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.

» Los gemidos tristísimos que oiste
De este río en las márgenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.

» Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra;
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.

» Y esos hombres que llegan en la barca,
Á tu patria infeliz traen la guerra;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella :

» Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.

» Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera;
Para que á los demás de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas. »

» Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.

» Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta ligera;

» De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra.....
Lo demás, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras. »

—

Calló Papantzin; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona
Nublada la frente regia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días
Y largas noches inquietas,
Á acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

ROMANCE I

LA RECEPCIÓN

Entre un mar surcado apenas
Y un mundo desconocido,
Hernán Cortés, temerario,
Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes
Contempla tanto heroísmo,
Y cada cual se propone
Volver al suelo nativo;

Tornar á la patria un dia,
Pero de la patria digno,
Ó perecer en la lucha
Si no puede conseguirlo.

Arden las barcas, y el fuego
Alumbra el mar cristalino
Reflejándose en las nubes
Con brillante colorido,

Como una aurora de gloria
Que anuncia, tras de un martirio
Largo y penoso, felices
Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos
Soldados esclarecidos,
Vivirán eternamente
Por los siglos de los siglos.

—

Viniendo de Ixtapalapan,
Pasado Mexicaltzingo,
Coyohuacán y Mixcoac,
En un punto en que el camino

Se parte en dos, se detuvo
Aquel ilustre caudillo
Que un mundo arrojó valiente
Á los pies de Carlos quinto.

Hernán Cortés, rodeado
De un ejército mezquino
En número, pero grande
Por lo bravo y aguerrido,

Recibió los parabienes
De dos mil guerreros indios,
Que en nombre de su monarca
Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente
Alhajados y vestidos,
Pasaron ante sus ojos
Humillándose sumisos,

Tocando la tierra, y luego
Besándose al punto mismo
Las manos, que entre ellos era
La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,
Siguió su marcha el altivo
General, y á media legua
De Méjico tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
Ir á su encuentro ha querido,
Para rendirle homenaje
Y admiración, de que es digno

Hombre que así se rodea
De tal fama, y tal prestigio
Ha conquistado en sus vastos
Y poderosos dominios.

—

En una litera hermosa,
De cedro en labores rico,
Y reforzado con planchas
De plata y oro bruñido,

Bajo un parasol que forman
Cuatro abiertos abanicos
De plumas rojas y verdes
Sujetas con blancos hilos,

Que en el vértice, entre piedras
Que roban al sol sù brillo,
Tiene una águila afianzando
Negra culebra en el pico,

Apareció el rey de Anáhuac
Con aire grave y tranquilo,
Sofocando de su pecho
El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores
Profusamente vestidos,
Pero descalzos y andando
Por los lados del camino,

De respeto en señal, iban
De tres nobles precedidos
Que llevaban en las manos
Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente
Para el pueblo claro indicio,
Pueblo que á su rey seguia
Sin penetrar sus designios,

Como su rey temeroso,
Como su rey abatido,
Y enclavados en el suelo
Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro
Aquellos dos enemigos,
(Que tal vez nunca lo fueron
Según parece en los libros),

Se avistaron, un instante
Hirvió confuso el gentio,
Cada cual buscando ansioso
Mejor puesto y mejor sitio;

Y aztecas y castellanos
Admiraron su atavio,
En tanto se detuvieron
El rey y el soldado inclito.

Del bridón bajóse el uno
Con muestras de regocijo,
Y de la litera el otro
Con el semblante tranquilo;

Dejando mirar empero,
En sus ojos, repentino
Pavor que tras de los párpados
Procura esconder solicito.

Que al ver tan de cerca al hombre,
Héroe de tantos prodigios,
Siente á su pesar que eriza
Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
Y le zumba en los oídos
Con acento pavoroso
La voz de sus adivinos.

Y de Papantzin se acuerda,
Papantzin que en el recinto
De Tlaltelolco, aun asusta
Á los que muerta la han visto;

Papantzin, que vive sola,
Y que absorta en su retiro
Ve realizado el sueño
Que le embargó los sentidos.

—

Cortés ante Moteuczoma,
Gallardo, aunque conmovido,
Hizo un saludo profundo,
Y el monarca hace lo mismo;

Cortés le cuelga en el cuello
De grandes cuentas de vidrio
Un engarzado rosario
Que desde Europa ha traído,

É intenta abrazarlo, pero
Se le oponen los ministros;
Que fuera gran desacato
Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!
¡Ay, quién les hubiera dicho
Que ha de sujetarlo un dia,
No con los brazos amigos,

Sino en oscuro aposento,
Con eslabonados grillos!...
¡Quién entonces lo dijera!
¡Quién se los hubiera dicho!...

El monarca con los ojos
Le dió las gracias al inclito
Español, por esa muestra
De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,
Al obsequioso caudillo,
Con dos collares de nácar
Hechos con gusto exquisito,

Del cual pendian algunos
Cangrejos de oro macizo,
Del natural imitando
Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,
En que se dieron recíprocos
Parabienes por la honra
Que al mirarse han recibido,

Se separaron entrambos
Tomando rumbo distinto,
El uno asaz caviloso
Y el otro asaz pensativo.

El Rey, para dirigirse
Vía á su alcázar, seguido
De sus nobles y guerreros
Que le acompañan mohinos;

Y Cortés con Cuitlahuatzin
Del rey hermano querido,
Y que con los españoles
Desde Ixtapalapan vino,

Hacia un cercano palacio,
Murado y fuerte edificio
Que supo admirar cual siempre
Por lo grande y por lo limpio,

Y al cual entró con sus tropas,
Como ellas envanecido,
En medio de un populacho
Que el aire aturde con gritos.

ROMANCE II

LA PRISIÓN

Cortés estuvo seis lunas
En Méjico, temeroso
De traiciones y celadas,
Que eran en número corto

Sus tropas, y bien podía
El Rey, si cambia de modo
De pensar, en un momento
Exterminarlos á todos.

Y un pensamiento concibe
Que por lo atrevido, loco
Parecióle algunas horas
Á su espíritu coloso;

Pero consultando luego
Con sus capitanes doctos,
Se obstina más en su idea,
Que en ellos encuentra apoyo,

Y resuelve apoderarse
De Moteuczoma, que es sólo
El medio de estar seguro
En lugar tan peligroso.

Y va con sus compañeros
Alvarado, Ordaz, y otros,
Y con Marina, la india,
Que era el imán de sus ojos,

Á palacio, y pide audiencia,
Y obteniéndola, animosos
Invaden la regia estancia
Á poner su plan en logro;

Plan gigantesco que puede
De agudo delirio, aborto
Parecer..... empero tuvo
Término breve y famoso.

Cortés despliega el primero
Los labios, y en su socorro
Llamando á toda su astucia,
Comenzó á hablar de este modo :

— « Vengo, gran rey, á decirte
Que tu vasallo el odioso
Señor de Nauthlán (funesta
Nueva que advici hace pono),

Sé que hostiliza á los mios
En Veracruz, y que ha roto
El juramento sagrado
Que en tu nombre hizo á nosotros,

Matando á Escalante, jefe
Denodado y valeroso
Que pereció batallando,
Á quien como hermano lloro.

Y pues que de tal suceso
Te dan por autor, no á otro,
Queriendo á mi soberano
Cuenta cumplida dar pronto

Y satisfacción bastante
De un agravio tan notorio,
Vengo á saber tus disculpas,
Y si por buenas las tomo »

Al escuchar tales frases,
Se alza el Rey; miedo y enojo
Pinta en su faz, y bajando
Dos escalones del solio :

— « Mis enemigos te engañan, »
Dice al fin con agrio tono :
« Yo á mi palabra no falto,
Y aquel atentado ignoro;

Y si es el señor de Nauhtlán
Culpable, yo te respondo
De que será castigado
Como cumpla á mi decoro. »

— « No dudo, replica el héroe,
Que la calumnia á tu rostro
Pretenda lanzar, inicua,
Negro baldón afrentoso;

Por lo mismo yo pretendo,
Para que conozcan todos
La estimación que nos tienes,
De perfidia sin asomo,

Y para que el Rey mi amo
Se satisfaga del todo,
Que vengas á mis cuarteles
Á vivir entre nosotros. »

Dos más escalones baja
Moteuczoma, y clava absorto
En Hernán Cortés, abiertos
Enormemente los ojos.

— Y ¿cómo quieres, le dice,
Que sin degradarme, cómo,
Me deje prender, hundiendo
Mi dignidad entre el lodo?

Y si consiento, ¿tú crees
Que abandonado á mi propio
Me dejaran mis vasallos
Prisionero entre vosotros?

Nada contendrá el torrente
De su furia y de su encono,
Y ayudados de los dioses
Volarán en mi socorro. »

El español con acento
Seguro y con gran aplomo,
Atusándose el bigote,
Le contesta de este modo:

— « ¿Por qué ha de extrañar tu pueblo
Que nos des un testimonio
De amistad? Si en mis cuarteles
Vivió tu padre el glorioso

Axayacatl, es muy justo
Que bajo el techo que mozo
Te dió abrigo, determines
Buscar tranquilo reposo;

Dando además una prueba
Á tus pueblos numerosos,
Del afecto que nos guardas
Del corazón en el fondo.

Mas si es que intentan los tuyos
Algo contra mi, no somos
Débiles mujeres miseras
Sin amparo y sin apoyo;

Armas tengo y brazos fuertes
Y proyectiles de plomo,
Y ¡vive Dios! que con ellos
Sabré castigar su arrojo. »

Con faz color de ceniza
El Rey escuchaba atónito,
Brotando sudor la frente
Por cada uno de sus poros;

Y la vista revolviendo
Con grandes muestras de asombro,
La posa al fin en Marina
Interrogándole absorto.

En este momento uno
De los capitanes, rojo
De cólera, y del buen éxito
De la empresa temeroso,

Mirando que el Rey vacila
Y que su miedo es notorio,
Dirigiéndose á su jefe
Clama con acento ronco :

— « Séllense ya nuestros labios,
Válganos la fuerza sólo,
Ó que aquí pierda la vida
Si nos conoce tan poco. »

Y dando claras señales
De brío, con aire torvo
Golpeó la acerada diestra
Del espadín en el pomo.

Torna el Rey más azorado,
Más pálido y tembloroso,
Á interrogar á Marina
Con los rayos de sus ojos,

Y ésta le dice que acceda
Á lo que piden, gustoso;
Que aquellos hombres son tercos
Y están resueltos á todo.

Que acceda, y será tratado
Como cumple á su decoro,
Que en ello le iba la vida;
Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso
De un terror supersticioso
Que ha tiempo le han sugerido
Papantzín y los astrólogos.

Juzgó ya llegado el tiempo
De bajar del alto solio,
Cumpliendo con el mandato
De los dioses poderosos.

—

En litera y con la guardia
De sus nobles, salió á poco,
Y al cuartel del castellano
Llegó conducido en hombros;

Y en un oscuro aposento,
Después de quedarse solo,
Dejó que corriera el llanto
Por sus mejillas, copioso.

ROMANCE III.

EL COMBATE

Cortés partió á Cempoala
Donde estaba rebelado
Contra él Pánfilo Narváez
Con ochocientos soldados;

Y Moteuczoma cautivo
Queda en el ibero campo
Bajo la ruda custodia
Del capitán Alvarado.

Vencido quedó Narváez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á Méjico orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.

Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados;

Pues halló que los guerreros
Y los nobles mejicanos,
Sufrir más tiempo no quieren
La prisión del soberano;

Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza,
No sin perjuicio y estragos,
El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo.

Combates hay día á día
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanjan las calles
De sangre roja de bravos.

En su encierro Moteuczoma,
Desde un balcón enrejado,
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;

Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.

Y..... ¡qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole al sueño dulce
La grata paz y el descanso!

—

De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea más alta
De su prisión, rodeado

De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
Á quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años,

Apareció Moteuczoma
Á su pueblo alborotado,
Cuando en lucha formidable
Aztecas y castellanos,

Entre alaridos de muerte
Y cantares de entusiasmo,
Pelean con noble brío
Y con denuedo bizarro;

Cuando hispana artillería
Fuego vomita y espanto,
Muerte y exterminio cunde
Poblando de humo el espacio.

Al ver al Rey, cesa todo,
Dóblanse frentes y manos,
Y un hondo silencio reina
Sin que ose nadie turbarlo.

Entonces se oye el acento
Solemne, sonoro y claro
Del monarca que un instante
Pudo mandar á sus labios,

Y exclamó : — ¡Súbditos míos,
Nobles guerreros! si acaso
Por afecto á mi persona
Armasteis el fuerte brazo

Y hostilizáis á esos hombres,
Sabed que son mis aliados,
Y que en su cuartel gustoso
Entre ellos la vida paso;

Os agradezco el cariño
Que me mostráis, y lo guardo,
Y yo sabré dignamente
Cual corresponde, premiarlo.

Si provoca vuestra cólera
Que el tiempo se haga ya largo
De su mansión en mi reino,
Pronto habrán de abandonarlo,

Pues que me lo han prometido
Y su palabra me han dado,
Y cumplirán lo que ofrecen,
Que son valientes é hidalgos.

Cese así, pues, vuestro encono
Y dejad de hostilizarlos,
Y demostrad que sois fieles
Al señor que habéis jurado

Ciega obediencia; cayendo
Si osáis hacer lo contrario,
La cólera en vuestras frentes,
De los dioses irritados. »

En silencio aun más profundo
Los guerreros aztecanos
Quedáronse sumergidos,
Pero sólo un breve rato;

Pues cual suele en la espesura
Del monte escucharse airado
El ronco rugir del mixtli (1)
Que á su hambre no encuentra pasto,

Así se oye la voz ruda
De Quauhtemotzin, que alzando
Con brazo nervudo y fiero
La visera de su casco;

(1) León

Cubierto de sangre y lodo,
Y sus miradas fijando
En el augusto semblante,
Clama con acento áspero :

— «¿Y tú eres el que nos hablas
De esa manera, menguado?
¿Tú el que baldonas mi extirpe
De nobles antepasados?

¿Tú el cobarde, tú el que vendes
La patria á viles extraños,
Y el que por miedo se entrega
Prisionero entre sus manos?

Deja que corra la sangre,
Si no has sabido evitarlo,
Y el débil huso y la rueca
Maneja torpe entretanto,

Que mientras hilas tranquilo,
Aquí la muerte esperamos,
Y moriremos con honra
Los que nacimos honrados.»

Y diciendo estas palabras
Asió tembloroso el arco,
Del cual contra el Rey al punto
Partió una flecha silbando.

Como las aguas del rio
Al encontrar á su paso
Cortada á pico, en las cumbres,
La pendiente de un barranco,

Con ímpetu se desbordan
Ondas tras ondas, rodando
Sin que la corriente pueda
Detener el curso raudo,

Así las hirvientes olas
De aquel atroz populacho,
De Quauhtemotzin al punto
El torpe ejemplo imitando,

Se precipitan furiosas
Contra su rey indignado;
Y de improperios y piedras
Puebla al instante el espacio.

Y aunque el noble Moteuczoma,
De dos rodelas armado,
Quiere defender el cuerpo
Del furor de sus vasallos,

Recibe en la augusta frente
Un golpe de honda, y airado,
Al descubrirse, le clavan
Aguda flecha en un brazo.....

Se baña en su sangre, cae,
De furia y de rabia pálido,
Y en hombros de sus ministros
Es conducido á su cuarto.

—

¡Cunde la horrible noticia;
Tiembla el valor castellano;
El pueblo grita entusiasta
Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

EL DELIRIO

Un solo instante aparece
Tras de los montes la luna,
Y el viento en torno á su frente
Torvo nublado acumula.

Ni un astro errante en el cielo
Con pálida luz fulgura,
Y algo de fúnebre y triste
La creación entera anuncia.

Ruje el aquilón. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lobreguez sepulta;

Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan,
En una estancia pequeña
Que tétrica luz alumbra.

—

Sobre una estera de iczotl (1)
De fino algodón y plumas,
El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.

Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada más que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.

Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna,
Y ve á Xoloe entre llamas
Y entre torcidas columnas

De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo,
Y de su dolor se burla.

(1) Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen, aun hoy día, finas esteras.

— « Ya lo ves, Xoloe le dice,
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi predicción te abruma. »

Y ríe Xoloe; las llamas
Por doquiera lo circundan,
Y el duro artesón quemado
Sobre él, al fin, se derrumba

Con grande estrépito. Oye
El Rey un grito de furia,
Que más que los aquilones
Fiero en sus oídos zumba,

Y una imprecación satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche,
Como su conciencia, oscura.

Postrado en el lecho cae,
De frío sudor la adusta
Frente cubierta, y abriendo
Los ojos, el agua busca,

La bebe y con torpe mano,
Flaca, pálida y convulsa,
Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.

En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas,
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozara nunca.

Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay alguien
Que de inhumano lo acusa.

Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
También era con su suerte
Crüel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razón sana ofusca?

¿Quién, al llegar á las puertas
De esa mansión que es la última
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijón que punza?.....

—

Cortés y sus capitanes,
Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,

Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al regio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.

EL ÚLTIMO AZTECA

ROMANCE I

EL SITIO

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios
Diezmados por Cuitlahuatzin
En una noche de duelo,

Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anahuac tan funesto,

Á Tenuchtitlán con grandes
Y poderosos aprestos
Al anochecer de un dia
Le pone el último cerco.

Suena el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los monets
Repercuten á lo lejos :

« Guerra », difunden los aires,
« Guerra », repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.

Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.

El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;

Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.

—

¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!

La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;

Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mejicanos
Lidiar y morir con ellos.

—

Avanzan lentos los dias
Y lento avanza el asedio;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.

La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.

Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.

Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.

Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
Á los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.

—

Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroísmo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al Rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.

Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.

Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga
Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envia
Á decir que está resuelto
Á sucumbir en la lucha
Sin acceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.

ROMANCE II

LA PRISIÓN

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable;

Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
Mas que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chía
Siega la hoz incansable,

Á la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,
Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.

—

Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,

Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren
Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge á débil piragüa,
Presa el alma de coraje,

Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

—

Cruzando van por el lago
Como bandadas de aves,
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,

Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.

Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen

Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan sólo, fían
Sus vidas y sus caudales.

—

Cuauhtemotzin llega al puerto
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragüa la custodia
De los rudos capitanes;

Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.

Pero García de Holguín,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.

Entonces el Rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguín con voz grave :

« Soy tu prisionero; sólo
Pido que á la Reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condición y su clase. »

Y pasando con su esposa
Á la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

ROMANCE III

LA ENTREVISTA

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,

En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,

Á su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.

Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
Á su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.

« Malitzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;

Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aun me niegan :
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras. »

Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, « ó con esa
Arma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta, »

Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el Castellano
Le dice afable : « No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.

Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas. »

Luego del Rey se despide,
Que lo traten bien, ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.

Y..... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas :
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!

ROMANCE VI

EL TORMENTO

¡No hay botín! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.

Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlán desparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso oriente?

Murmuran los españoles,
Y murmuran de su jefe,
Que á Cuauthemotzin no obliga
Á que declare ó revele

En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los prodigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

—

Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oido llegan
Viles rumores que ofenden
Á su honor, y su decoro
En lo más sensible hieren.

Entonces, y en mala hora,
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;

Y entregar al Rey dispone
Á la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Ser que de avaros instintos,
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica gente,

Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

—

Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
Á la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.

El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos desciende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.

Empero en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

—

En una estancia pequeña,
Á la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;

Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble Rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces;

Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,

Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y á un patio
Da según lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
Á bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,

Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.

—

Dos enlutados sayones
Conducen al Rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.

Á interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crueles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,

Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
Á la espalda fuertemente;

Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos pies le bañan
Con resina y con aceite;

Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

—

El cacique de Tlacopan,
Á quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauthemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hacia él y con duras frases,
Indignado, lo reprende ;

«¿Piensas que estoy en un baño
Ó entregado á algún deleite?»
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

—

Llega á Cortés la noticia
De la obstinación del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.

ROMANCE V

EL SUPLICIO

Marcha Cortés para Honduras,
D nde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.

Lleva con él una parte
De la legión Tlaxcalteca
Y á Cuauthemotzin con otros
También prisioneros, lleva.

Pues dejándole en Anahuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aun en su Imperio conserva.

—

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlán se aleja.

Al llegar á sus confines
Torna la vista hacia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.

Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un dia
Han de retornar contentas!
¡Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!

Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena.

Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra.....
Y allí no ha de volver nnnca....
¡Nunca! para recogerla.

Todo eso en un breve punto
Á sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,

Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

—

Á la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.

Que es Cuathemotzìn el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.

Temeroso el castellano,
Da la noticia por cierta;
Al regio cautivo juzga,
Y á la muerte lo condena.

—

Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la esfera.

Dispersas al pie de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos
Aun las fogatas humean.

Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas;

Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñorea,
Lástima es que sus colores
Un instante se oscurezcan.

Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla.

Á la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceibá;

Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.

Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
Á Cuauthemotzin esperan.

—

Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña,
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.

Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brio
De una yegua cordobesa,

Á él se dirige, y con calma
Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.

Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.

« De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta. »

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregón; el verdugo
Del monarca se apodera;

Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

FIN DE LOS ROMANCES HISTÓRICOS

DRAMÁTICOS

Sr. D. Francisco Patiño.

Mi querido amigo:

Puesto que en varias ocasiones me has manifestado vivo deseo de que coleccionara mis ROMANCES DRAMÁTICOS, tengo el gusto de enviarte los que llevo escritos, para que, apadrinados por tu cariño, aparezcan en la república de las letras.

Son el fruto de algunos instantes de reposo que me permito en medio de muchas horas de árido trabajo, y tengo la buena suerte de no concederles más valer que el poco que en sí tienen.

Puede ser que algún día me sea posible dar á algunos de estos humildes cuadros más extensa y cumplida forma, y, vestidos con galano ropaje, uno ú otro de los personajes que en ellos he bosquejado, asalten el palco escénico en busca de fortuna.

Notarás que uno de estos romances, el intitulado « Alfredo », tiene una índole acaso distinta de la de los otros; pero tú que sabes lo que para mí era y valía mi

nfortunado hermano, comprenderás que no puedo concebir nada más dramático que el terrible acontecimiento de su muerte.

Alfredo contaba 27 años, vió desaparecer hace algunos meses á su pequeña Matilde, y tres dias después caia sobre él también, la losa del sepulcro, que de su desolado hogar lo separaba eternamente.

Es, pues, mi corto romance, un débil grito que arranca á mi corazón el doloroso y profundo sentimiento que se extinguirá con su último latido.

Sé que incesante lluvia de flores deja caer la gratitud sobre la recién movida tierra que cubre sus restos; sé que con torrente de lágrimas la riega el cariño de los que en vida le amaron: ¡suba, entre tanto homenaje, hasta el trono del Hacedor Supremo, ese quejido que exhaló mi lira!

Réstame todavia advertirte que cuatro de estos romances han visto ya la luz, uno en el « Anuario Universal », de 1879, y los otros en el « Cronista de Méjico ».

Todos van, como verás, precedidos de un prefacio de nuestro común amigo Francisco J. Gómez Flores, que con tanta benevolencia juzga y ha juzgado siempre mis producciones literarias, teniendo ya, con esto y con tu nombre, una doble coraza, que defenderá, seguramente, mi libro de los embates á que se ha de ver expuesto.

Tuyo afectísimo.

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS.

Méjico, febrero 2 de 1880.

PREFACIO

Bosquejar interesantes fábulas dramáticas, sin definir bien sus contornos ni darles la última mano, fué la mira de Peón y Contreras al escribir los romances que hoy publica, colegidos, en este pequeño volumen. Rasgos de figuras, que acaso alguna vez se destacarán luminosas en el marco del escenario; trazos y diseños de cuadros, que quizás algún día se trasladarán á la tela de Melpómene, con más vivos colores y estudiado dibujo; siluetas y perfiles de argumentos escénicos, que andando el tiempo, adquirirán tal vez acabada forma en obras de más aliento: he aquí lo que son estos romances. Ha seguido en ellos Peón y Contreras, la práctica del artista que consigna apuntamientos y notas en su libro de memoria, para no malgastar ni hundir en el olvido, imágenes ó ideas que le parecen dignas del estro ó del pincel. Tal ha sido su propósito.

Por su naturaleza y atributos son, pues, estos romances dramáticos, encantadores bocetos. Las celebradas leyendas fantásticas de Becquer no vienen á ser otra cosa, según el propio testimonio del sevillano poeta inmortal; ni otra cosa vienen á ser tampoco, los selectos poemas con que Núñez de Arce está hoy acreciendo el brillo y lustre de su nombre. Becquer no tuvo tiempo para dar mayor extensión á sus leyendas: entiendo que Núñez de Arce no piensa darla en lo futuro á sus poemas: lo voluble y fecundo de la fantasía de Peón, me hace creer que tampoco ampliará sus romances, á

pesar de sus vehementes designios. Fúndase este nada profético augurio mío, en la natural aversión de los autores á ocuparse dos veces y por diverso estilo, en un mismo tema ó asunto. Juzgo muy difícil, además, que torne á la mente del vate, la espontaneidad con que produjo un poema, sin la cual perdería éste, en la refundición, toda su virgínea pureza y original esplendidez nativa. No se repite con frecuencia el ejemplo de Zorrilla, que utilizó en dramas y en leyendas á la par, los ingeniosos argumentos de que, su rica imaginación y las abundantes crónicas de la madre Iberia, le abastecían y colmaban. Algunos de los egregios dramáticos españoles del glorioso siglo XVII, enamorados de la fecundidad, solieron reproducirse y copiarse en sus novelas escénicas. Alarcón, más cuerdo, no lo hizo nunca. El magnífico drama de *Los amantes de Teruel* fué retocado y refundido varias veces, según se dice, hasta quedar como se representa en los teatros; pero hay que atender á que Hartzenbusch es poeta reflexivo y erudito. En cambio, García Gutiérrez tuvo que desechar la refundición que compuso de *El Trovador*, por haberle hecho venir á menos, y le dejó la irregularidad de su escritura en prosa y verso, defecto shakspeariano que pretendía corregirle. Vacílase en decidir cuál de los dos dramas, *¿Tan largo me lo fiáis?* y *El burlador de Sevilla*, en que Tirso de Molina explotó el tipo legendario de D. Juan Tenorio, es cronológicamente anterior. Me inclino á suponer que el primero, por parecerme más bello, aunque los dos me encantan. Sucede muy á menudo que las refundiciones no surten el efecto apetecido, y que lejos de mejorar, empequeñecen y deslucen la primitiva concepción original.

De mí sé decir que, prescindiendo del disgusto que me causa el que un escritor calque una composición en otra suya, me deleitan y regocijan las obras á medio hacer ó de primera mano, cuyos rasgos inconexos y como trazados al descuido, dejan traslucir, más que comprender, el vago pensamiento artístico. El cuadro cuyas figuras están apenas

delineadas; la pieza musical de notas trémulas y misteriosas; la mal pulida estatua que embellece á rumoroso jardín; el interrumpido y lejano son de una campana; un pedazo de cielo azul, un rizo rubio, unos ojos negros, una mano de nácar; todo lo que pudiéramos denominar fragmentos de la hermosura de la naturaleza y de la hermosura del arte, me embarga y suspende el ánimo, de extraña, halagadora é inexplicable manera. Y tal creo que acontece á todos mis semejantes. Más admira y embelesa un solo rapto de inspiración que la monótona serie de agradables ritmos y cadencias. Un canto aislado de *La Iliada* vale más que todo e poema artificioso y frío de D. Alonso de Ercilla. La extremada lima suele afear, lejos de embellecer, las obras artísticas. Así el *Quijote*, obra escrita de priesa, sin previo ensayo ni posterior pulimento, es infinitamente más grande que la endeble novela de *Persiles y Segismunda*, que Cervantes aderezó y bruñó con prolijo esmero.

El boceto, por su naturaleza, no es susceptible de las irreverencias á la espontánea inspiración hechas, como efímero holocausto á la pulcritud del estilo. El boceto tiene derecho á no ser clásico, lo cual es ya una inmensa ventaja.

Fácil es advertir, por otra parte, que el gusto público se inclina hoy á las obras artísticas de mucha sencillez y de poca profundidad: en pintura, prefiere las acuarelas; en música, las óperas ligeras y aun bufas; la novela doméstica y la comedia urbana, en literatura. Y las óperas ligeras, la novela doméstica, la comedia urbana y las acuarelas, no vienen á ser, en realidad, sino bocetos. Estos son, por tanto, la obra del día, la última invención de la moda artística, el deleite más preciado de la moderna sociedad.

Peón y Contreras debe dejar, en consecuencia, los romances que forman esta galería de cuadros dramáticos, tal como los concibió y produjo en el primer momento de inspiración, y así valdrán tanto ó más que si las diese ulterior y más extensa y genuina estructura escénica. Un ingenio de primer

orden recomendó á los poetas que no violentásen el numen y que esperaran, para escribir, á que agitase la mente: es dable añadir á la máxima, que no se debe retocar una obra, escrita en un instante de inspiración, cuando ya el espíritu no tenga la misma idoneidad. Hay inminente riesgo de flaquear en la demanda y de no salir con éxito.

La virtud de la inspiración es tal, que guía y conduce al poeta hasta en la elección de la forma literaria más adecuada al asunto que enardece su fantasía. Así Peón y Contreras, sin anterior ni preconcebido intento, eligió para estos bocetos el romance octosílabo, que á la elegancia y sencillez de su mecanismo, une y añade su gran facilidad narrativa. Obró cuerdamente al escogerlo, que en él, por lo demás, y según anda en lenguas, es docto y consumado maestro.

Tiene su historia, como todos los libros, el que hoy entrega al dominio del público.

Hela aquí, tan breve como es:

El sentido poeta Joaquín Trejo, que entre paréntesis se distingue también como romancero, pidióle á fines de 1878 una poesía para el *Anuario Universal*, cuya publicación preparaba el conocido editor D. Filomeno Mata, y accediendo á darla Peón y Contreras, pensó algo que de lo vulgar se separase, la noche del mismo día, y al siguiente puso en manos de Trejo el romance titulado *Doña Brenda*, el primero de los en este volumen insertos, que van colocados según orden cronológico. Meses después, juzgando oportuno y de alguna novedad el escribir una colección de varios de la propia índole, dedicó á la empresa los pocos ratos de ocio que le permite el arduo ejercicio de su profesión humanitaria, y fué acopiando paulatinamente los materiales del libro que hoy da á la estampa.

Tres de estos romances, que en atención á su esencia llevan con suma propiedad el epíteto de dramáticos, han visto ya la luz, por separado, en las columnas de *El Cronista de Méjico*. En el *Anuario Universal* correspondiente al año

de 1879, apareció, como antes dije, el de *Doña Brenda*, origen de todos. Los demás se dan por primera vez á la imprenta.

Ahora bien, estos bocetos, que he principiado por calificar de encantadores, ¿tienen prendas suficientes para merecer tal dictado ó mi grande afecto á Peón me compele á mirarlos al través de prisma color de rosa? No soy amigo de afirmar nada sin pruebas, y paso á exponer la razón de mi fallo.

Es común dictamen entre personas capaces de voto en cuestiones literarias que, para que una obra de arte sea digna de este nombre, debe ser bella en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. Con demostrar yo que llenan ambas condiciones los presentes romances, habré demostrado también que los califiqué exactamente y que soy su juez y no su defensor ni su abogado.

Tan ostensible y manifiesta es la belleza de su forma, que no haré grande esfuerzo para patentizarla. Suma sencillez y elegancia suma en el estilo; descripciones de figuras, sitios y objetos, que ni con pincel y en lienzo dibujados, tendrían más verdad, viveza y colorido; imágenes y tropos, cuya exactitud y gallardía nada dejan que desear; caracteres múltiples, verosímiles, bien definidos, llenos de vigor y entereza, y trazados con tres ó cuatro rasgos vigorosos; escenas cuyo movimiento palpita al través de la gráfica narración, pocas veces alternada con breves y expresivos diálogos: he aquí los más brillantes arreos de estos romances. Su estilo no es ciertamente de lo más pulido y castigado que imaginarse pueda; pero ni Peón y Contreras quiere hacer alarde de clásico, ni la escrupulosidad meticulosa de la dicción constituye la más valiosa prenda de una obra literaria, si bien son estimables siempre, la tersura, integridad y pureza del lenguaje. Ha cuidado Peón únicamente de que el estilo sea bello, claro y sencillo, de que su transparencia deje ver en todo su esplendor las galas de la

inspiración, como el cristal del arroyo deja ver las matizadas pedrezuelas de su lecho, y no se ha preocupado con ahinco, ni era necesario, de colocar simétricamente las palabras y frases, en testimonio de vasallaje al tenso canon gramatical.

La primera y más sobresaliente belleza del estilo de Peón estriba en su originalidad. Comenzó en los albores de su vida literaria, por imitar á García Gutiérrez y al duque de Rivas, de estilos bastante diferentes, y como al fin y al cabo tenía inspiración propia, y fuerzas suficientes para volar sin ayuda de ajenas alas, pronto se desligó de tales influencias, acabando por formarse un estilo peculiar, eminentemente airoso, flexible y elegante, que le distingue, separa y singulariza, entre todos los artífices de la opulenta lengua cervantina. Principiando por imitar buenos modelos se llega á tener buen estilo propio, según la respetable opinión del clásico y egregio poeta castellano D. Manuel José Quintana. No viniendo á ser el estilo más que la veste de las concepciones, si éstas tienen la necesaria potencia de originalidad, tiene de ser aquel irremisiblemente original.

En cuanto al espíritu de estos romances, con decir que es el mismo de los dramas del propio autor, está definido y explicado. El incondicional y profundo sentimiento de honor, como base y disciplina de conducta y régimen; el encendido ardor caballeresco en toda su recrudecencia, como estímulo y acicate de levantadas hazañas y osadías; la más amplia y completa libertad de albedrío, como factor inmediato y responsable de todos los actos consumados; el amor ardentísimo, con su cortejo de celos, desengaños, arrobamientos y esperanzas, como objeto y móvil de todas las aspiraciones, proezas, desenfrenos y delitos; el hondo remordimiento de la conciencia manchada, como pena ineludible de las malas acciones y los crímenes; he aquí el espíritu de estos romances. ¡Nada más bello é inefable que ensalzar las excelencias del alma y cubrir con el velo de la poesía sus mezquindades é impurezas! Templo magnífico levanta Peón

y Contreras al bien y á la virtud, y en sus aras quema la mirra de su ingenio. Pone obstáculos y escollos, rodea de tentaciones y apetitos al carácter virtuoso y entero, para que, superándolos, sirva de ejemplo y enseñanza. Parece como que la virtud que no lucha, que no vence resistencias, que no entra en abierta conflagración con elementos perniciosos, no es virtud ó no tiene por lo menos energía y firmeza. De aquí los trances y encuentros, de tan difícil desenvoltura, en que á sus personajes coloca Peón y Contreras, y de los cuales brota la colisión dramática, como la pólvora atacada, de la mina á que se prende fuego.

Es vivísimo y terrible el incendio de las pasiones en estos romances, por cuanto son nada más el epílogo ó el desenlace de dramas que se han venido desarrollando en la sombra y que estallan de repente, como el volcán, entre relámpagos de luz, borbollones de lava, estruendos y temblores.

Bastan las anteriores breves consideraciones, en apoyo de las cuales cito los mismos romances, para dejar demostrado que éstos son bellos en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. ¿Se necesitan aún más pruebas? Allí están ellos : examínelos el lector, analice sus bellezas, mida su grandeza de concepción, pese sus calidades literarias, y juzgándolos con recto y sano criterio, habrá de convenir conmigo, en que, lejos de excederme en el elogio, ha sido parca, cuanto sincera, mi alabanza.

Desearía, para dar mayor peso á mis razones, comprobarlas con trozos entresacados de los romances; pero me persuado á que es mejor recomendar su atenta lectura, ya que, de copiar lo estimable que tienen, me vería constreñido á copiarlos íntegros. Difícil por extremo sería elegir los mejores pasajes, siéndolo todos.

Para darles más vaguedad, no les ha fijado Peón, ni tiempo ni lugar. Sábese únicamente que pasan en edad caballeresca, por el tinte peculiar de los hombres, trajes,

muebles, usos y costumbres, que en ellos se describen, y sobre todo, por los característicos sentimientos de nobleza, valentía y honor, á que sus personajes obedecen. En cuanto al lugar, lo mismo se puede suponer que tienen efecto en España ó en Méjico, como en el Perú ó en otra cualquiera de las naciones sometidas al yugo español, durante el siglo de los grandes atrevimientos y de las grandes conquistas.

Hay entre ellos, uno, que se aparta y separa de la índole dominante en los demás, cual es el denominado *Alfredo*, y que encierra todo un poema de congoja y luto para Peón y Contreras. Aquel nombre llevó en vida uno de sus hermanos queridísimos, cuya súbita y temprana muerte le hirió con aguda saeta en lo más íntimo del corazón, y era natural que, como poeta, exhalase su dolor en melancólicas cadencias. Bajo el velo celestial de hermosísima alegoría, refiere con seráficos acentos de ternura y amor, el reñido combate que traban la muerte y la vida, antes de que la primera logre arrebatar del mundo á un alma virtuosa y bella. Este delicado y conmovedor romance es el único de la colección que no tiene carácter trágico. Tiene, sí, como ninguno de los otros, hondísimo sentimiento, desbordado del alma y apenas contenido en el estrecho molde de la palabra. Es una ternísima elegía, escrita con lágrimas.

No he pretendido hacer en este prefacio un verdadero juicio crítico de los *Romances dramáticos* de Peón y Contreras. Hubiera sido mucho pretenter. Sólo he deseado escribir algo que pudiese servirles de introducción ó proemio ya que es costumbre que los libros vayan precedidos de estas cosas. Peón y yo, además, nos vamos habituando á que, cada una de las brillantes obras que publica, lleve, al frente, algunas humildes palabras mías.

F. J. GÓMEZ FLORES.

DOÑA BRENDA

A ALFREDO CHAVERO

Celos tiene doña Brenda
De don Diego de Moncada,
Pues le han dicho que está loco
De amores por una dama,
Que es de ilustre nacimiento,
Que es de elevada prosapia:
Negro azabache los ojos,
De marfil las manos blancas,
Dos rosas las dos mejillas,
Leve pie, frente de nácar,
Portentosa la hermosura
Y su dulce nombre Laura.

Despierta está doña Brenda
Y soñando el de Moncada:
¡Siempre el amor descuidado,
Siempre los celos en guardia!
Él sueña con sus amores —
Bien lo dicen sus palabras —
Y doña Brenda, del lecho
Convulsa y turbada, salta.
« Laura, murmura don Diego,
» Jura obedecerme, Laura;

» Sé que don Luis te enamora,
» Si dices que no, me engañas:
» Jura que sola conmigo
« Saldremos de aquí mañana ».
No escucha más doña Brenda,
Gira en torno la mirada;
Cerca de ella está una silla
Sobre la silla una capa,
Un gran sombrero de plumas,
El talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,
Desnúdalo su venganza,
Y en el pecho de don Diego
Con mano firme lo clava.
— Brenda, don Diego murmura.
— ¡Infeliz! ¿Por qué me matas?
— Traidor... Traidor... — Doña Brenda
Dice con la voz airada —
— Con esa mujer infame
No has de partirte mañana.
— ¿Qué murmuras, Brenda mía?
¿Qué mujer es esa?
— Laura...
Y de un don Luis tienes celos.
— ¡Yo de don Luis de Moncada?
— ¡Celos tú de nuestro hijo!
— No case con doña Laura
El inexperto mancebo

Que es doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
Fruto fué la desdichada.
— Perdona, Diego, perdona,
Doña Brenda loca exclama\
Don Diego no le responde
Que está don Diego sin habla.

Doña Brenda espera en vano,
Suenan doce campanadas,
Lívida está como el muerto,
No puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
Por las calles y las plazas:
Va tras de ella la justicia...
La justicia no la alcanza.

Corre de dia y de noche,
Un solo instante no para,
Y hasta que llega la muerte
Ni sosiega ni descansa.

Después de morir le vieron
Las ropas ensangrentadas:
¡Siempre los ojos abiertos,
Siempre en la diestra la daga!

1878.

SANCHO BERMÚDEZ DE ASTORGA

A MI HERMANO JUAN

I

Está triste y desvelado
El conde Sancho de Astorga,
Y no sabe por qué causa
Ni sosiega ni reposa;
Por dos veces en el lecho
Llamó al sueño con faz torva,
Y de nuevo otras dos veces
Levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
Al antepecho se asoma,
Y su mirada vaguea,
Ya del cielo en la ancha bóveda,
Ya en el lejano horizonte
Que las montañas recortan,
Ya en las brumas impalpables
Que por el espacio flotan,
Ya en el huerto: entre los árboles,
Entre las tinieblas hórridas,
Se le figura que mira,
Cual dos fantasmas, dos sombras.

Negra capa envuelve á la una,
Blanca túnica á la otra.
— ¿Quién serán? dice don Sancho,
— ¿Quién serán á tales horas?

II

Dirígese conturbado
Al camarín de su esposa:
El lecho estaba vacío,
En gran desórden las ropas,
Hundida la muelle almohada,
La lámpara silenciosa,
El tierno niño en la cuna,
Y una sonrisa en su boca.
— ¡Es ella la infame! ¡Es ella!
Clama don Sancho, y retorna
Á su aposento y un rico
Arcabuz, airado toma.

III

Del balcón muy cerca vagan
Los dos amantes, que inmolan
En aras de su cariño
Paz, ventura, y hasta el honra.

La luna arrojó un instante
Su blanca luz melancólica,
Iluminando los rostros
De un mancebo y una hermosa.
—¡Es ella!... Repite el Conde.
¡Desventurada traidora!
Y es él, mi primo don Arias,
¡El traidor que me la roba!
Subió la sangre á sus sienes,
Tendió el arma matadora,
Y apuntó; pero no sabe
Á quién primero le toca
Lavar con su sangre ardiente,
La mancha de su deshonra,
Si él á quien tanto ha querido,
Si ella á quien aun tanto adora.
En perplejidad tan grave,
En vacilación tan hosca,
Oye estas dulces palabras
Que el aire trae en sus hondas.
— « Si tú murieras, bien mio,
« Muerta mi esperanza loca,
« En el corazón al punto
« Hundiera mi daga toda. »
—¡Pues húndela ya, don Arias! —
Grita el Conde con voz ronca,
Y del arcabuz tendido
Partió la muerte, celosa
De tanta dicha. — Bañada

En sangre, en la verde alfombra,
Cayó la dama lanzando
Un ¡ay! de mortal congoja.
— ¡Maldito seas, maldito
Sancho Bermúdez de Astorga!
Gritó don Arias, gimiendo
En convulsión espantosa.
Llevó á la cinta la mano,
Brilló la luna en la hoja,
Y en el corazón al punto
Hundióse la daga toda.

—

Dejó el arcabuz don Sancho
En un rincón de su alcoba,
Y fuése al lecho, y durmióse
Hasta el rayar de la aurora.

1879.

MARGARITA

A VICTORIANO AGÜEROS

I

Margarita estaba triste,
Triste y sola. — Margarita
Que nunca tuvo placeres,
Ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
Hizo falta á su alma tímida,
Y preguntó por su madre
Á un rodrigón que la mima,
Y á una dueña octogenaria
Que la cuidó desde niña,
Que con el alma la quiere
Y amorosa la acaricia;
Llevároнla hasta la iglesia
Y enseñáronle una fría
Sepultura, á los fulgores
De una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
Su pobre madre dormía,
Y allí lloró muchas horas
Triste y sola Margarita

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
Y ante la fúnebre losa
Dijo estas tristes palabras:
—¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
Van á casarme mañana.
—¡Mañana...! Repitió el eco
De las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
Murmuró la desdichada,
Creyendo que de la tumba
Su madre le contestaba,
Y allí derramó á torrentes
El tesoro de sus lágrimas.

III

Es don Gaspar de Hinestrosa
Un señor de horca y cuchillo,
Rubio el cabello y la barba,
Miradas de basilisco;
Nunca en su vida ha llorado,

Nunca en su vida ha reído;
Negro es su humor como tizne,
Y el alma negra, lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
Á la doncella su padre,
Que es indomable y altivo,
Que cuando tiene un deseo
Necesario es el cumplirlo,
Que no se ablanda con lágrimas,
Ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
Ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
De azahar y de azucenas,
De rodillas y gimiendo
En el rincón de la iglesia,
Ante la lápida triste
De esta manera se queja:
—¡Ay madre! Ya estoy casada,
Y sé que á las seis me espera
El que es mi señor y dueño
Y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!

Dime tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
Con quien el alma detesta,
Quisiera bajo la losa
Que tus despojos encierra
Dormir, madre... ¡Dime, madre,
Si no es mejor estar muerta!...
—¡Muerta!... Reprodujo el eco
De las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! Exclamó Margarita.
—Bien, madre, esta noche mesma,

V

Estaba el sol moribundo
Expirando entre tinieblas,
Cuando la dama, llorosa,
Salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
Cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
Entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
El rodrigón y la dueña,
Los únicos que la quieren...
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hacia el lecho,

Los cortinajes despliega;
Suenan las seis en los aires,
Cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
La peregrina cabeza,
Y conteniendo el resuello
Margarita inmóvil queda.

—

No respira Margarita,
La acosa el aire y no ceja,
Que le niega el paso al aire
Su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
Se marchita y azulea,
Hínchase el pecho y se cuaja
Su virgen sangre en las venas.
Oye en son confuso y leve
Unos pasos que se acercan...
No oye más... En su cerebro
Se han roto al fin las arterias.

—

—¡Margarita! ¡Margarita!
Grita don Gaspar y entra
En la estancia. —¡Margarita!

Margarita no contesta:
Descorre los cortinajes...
Margarita estaba muerta
Con la frente coronada
De azahar y de azucenas.

1879.

RAMIRO RAMIREZ

A FRANCISCO PATIÑO

I

Nieve el marmóreo semblante,
Las negras pupilas fuego,
Viva imagen espantosa
Del exterminio y los celos,
En la mitad de la estancia,
Empuñando agudo hierro,
Está Ramiro Ramirez
De rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
Yace el cadáver sangriento,
Y á sus plantas Berenguela
Doblega el lánguido cuello.
—Mi amor á un tiempo y mi honra
Me robaba ese mancebo...
Pagaréis con vuestras vidas
Mi honor y mi amor á un tiempo.
—Justo es, murmuró la dama:
Herid, pues que sois mi dueño,
Y en un solo punto acaben
Mis tormentos y los vuestros.

Brilló en la sombra la daga:
Se oyó murmurar un rezo:
Tras un grito, el golpe rudo
De un cuerpo que rueda el suelo...
. . . . . .
. . . . . .
Después el paso de un hombre
Que se aleja, y nada luego.

II

En una oscura capilla
Cubierta de paños negros,
Enlutada la techumbre,
Enlutado el pavimento,
Bajo una elevada cúpula,
Frente al altar, en el centro,
Se ven arder cuatro cirios
Y un catafalco en el medio:
Sobre él están descansando
Dos ataúdes abiertos,
El uno de ellos vacío,
Ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
Duerme en él el postrer sueño,
Y tiene el rostro velado
De un oscuro crespón denso.

Cerca de ella, inmóvil, pálido,
Está un gallardo mancebo,
Sin armas y sin insignias,
De luto el rico chambergo,
La torva triste mirada
Fija en los mortales restos,
El corazón moribundo
Y estertoroso el aliento.

III

Es él Ramiro Ramírez,
El castellano guerrero
Que casó con Berenguela
Hace un año más ó menos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
Y de allí se fué á la guerra
Á combatir como bueno.
Y es Berenguela la dama
Que ocupa el mortuorio lecho...
Ramiro le ha dado muerte,
La noche anterior la ha muerto.

IV

Mira Ramiro Ramírez
Al cadáver largo tiempo;
Al fin con trémula diestra
Levanta el fúnebre velo,
Y aparece ante su absorta
Mirada, el rostro hechicero
Que aun del cincel de la Parca
Resiste al golpe violento;
Que aun ostenta la frescura,
El hechizo, el embeleso
Y la magia seductora
De otros felices momentos.

V

Después las fúnebres gradas
Sube Ramiro en silencio,
Y hasta el ataúd vacío
Llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
Aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
Su alegría y su contento:

La miró desesperado
De amor y de angustia lleno,
Y dijo así con voz lenta
Y con moribundo acento:
—Ha un año tierna y sencilla,
Velado en casto rubor,
Me diste un beso de amor
En esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
Vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
Aquel dulcísimo beso. —
En los labios de la muerta
Los suyos puso el mancebo;
Se oyó un rumor misterioso
Por las bóvedas del templo,
Y tras un postrer gemido,
Tal vez de remordimiento.
Rompió su cárcel el alma...
Cayó Ramiro en el féretro.

1879.

DOÑA BLANCA

Á EDUARDO GONZÁLEZ GUTIÉRREZ

I

Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa,
Y el tierno vástago duerme.
Ella es Blanca, á quien el cielo
Colmó de preciados bienes,
Virtud, riqueza, hermosura...
¡Cuánto ambicionarse puede!
Amó un día, y aquel ciego
Querubín de alas de nieve,
Que anda entre fuego y armado
Entre el fuego se divierte,
Le dió el arco una mañana
Y una aguda flecha ardiente,
Y ella gozosa y confiada,
Y él vivaz, traidor, y aleve,
Dispararon sobre un noble,
Joven señor, bravo y fuerte,
Que al débil golpe, sumiso
Á los pies de Blanca viene

Á ofrecerle sus amores;
Su fe, su mano á ofrecerle;
Y Nuño Rico ante el ara
Tan noble oferta mantiene.

II

Partióse Nuño á la guerra,
De la boda á pocos meses;
Fama y honra gana en ella,
En ella la vida pierde,
Y llorando su desdicha
Sin dicha que la consuele,
Sumergida en la tristeza
De tantos dias alegres,
Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa,
Y el tierno vástago duerme.

III

Súbito golpe se escucha,
Se abre el balcón de repente,
Y un hombre en su capa envuelto
Ante la dama aparece.

Sobrecogida de espanto,
Horrible espanto, se cree
Presa de extraño delirio
Que como rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
Lucha en su espíritu y vence,
Y reconoce asombrada
Á don Leonel de Meneses.
—¿Qué buscáis?, dice, y resuelta
Á su enemigo se vuelve,
Como fuego la mirada,
El semblante como nieve.
—Busco Blanca, la ventura
Que me roba ingrata suerte;
Mil veces os la he pedido,
Me la negasteis mil veces.
Señora, al pie de esa reja,
En poderosos corceles,
Mis escuderos, mis pajes,
Nos aguardan impacientes.
Si juntos de aquí salimos
No temáis que no os respeten,
De la contrario, este lance
La honra vuestra compromete.
—Piedad señor, por el nombre
De esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble,
Por serlo tan sólo, debe.
Amigo fuisteis de Nuño...

Fué en los tercios vuestro jefe...
— Señora...
— Ó mi servidumbre
Haré que al punto despierte.
— Si no venís de buen grado
Á mal grado haréis que apele,
Y entre mis brazos robustos
Hasta mi palacio os lleve,
— ¡Paso! Gritó doña Blanca
Y salir de allí resuelve,
Mas él con rápido ímpetu
En su marcha la detiene
Y el duro cerrojo afianza
De la puerta... Nada puede
Ya la infeliz... El infante
En la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
Hacia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento...
Tal vez su razón se pierde...
¿Qué hace Blanca? ¿Por qué inunda
Su faz un fulgor celeste?
Corre á su lecho... ¡Es un siglo
Un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
Que bajo su almohada tiene,
Y como herida pantera
Que á su cachorro defiende,
Cuando va á tocar al niño,

Antes que á tocarlo llegue,
El arma rápida clava
En la espalda de Meneses.
— Así has de morir, villano,
Que así los traidores mueren,
Y pues aguardan tu vuelta
En la calle tus donceles,
Se han de quedar asombrados,
¡Vive Dios!, de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
Silencio á su voz sucede.

IV

Y mientras el noble innoble,
De pie no puede tenerse,
Y al suelo rueda, y rugiendo,
En su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama,
Doncellas y pajes vienen,
Y llenos de asombro escuchan
Estas palabras solemnes:
— Deshonrarme ese hombre quiso,
Por eso le dí la muerte,
¡Y por donde vino vuélvase
Que mi honor así lo quiere!
Señala el balcón, dos pajes

El tronco helado suspenden,
Y por el balcón arrójanlo,
Cuando aun el alma rebelde,
Con doloroso gemido
De su cárcel se desprende,
Y su infortunio maldice
Entre la vida y la muerte.

V

Y mientras se oye en la calle
Rumor de rondas y gentes,
Imprecaciones y votos,
Y relinchos de corceles,
Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa
Y el tierno vástago duerme.

1879.

SOR ANA

Á MANUEL NICOLÍN ESCHANOVE

I

Doña Ana adora en Gelmírez
Y Gelmírez en doña Ana:
Él es hidalgo, aunque pobre,
Ella de regia prosapia.
Doña Ana tiene un hermano
Y ha jurado antes matarla,
Que permitir que se enlace
Con Gelmírez doña Ana.

II

Doña Ana entre los cuarteles
De sus jardines divaga,
Y espera como acostumbra
Á su amante en horas altas.
Sopla el viento y en los aires
La luna el nublado rasga,
Y ve la hermosa en el muro

Balancearse la escala.
El corazón le da un vuelco,
Corre y al pie de la tapia,
Ve á su Gelmírez tendido
En la hierba ensangrentada,
Mortal el bello semblante,
Y no lejos de él una arma;
Mira absorta y reconoce
Que es de su hermano la daga.

III

Del almenado castillo
Desde una ojiva, angustiada
Miró pasar el entierro
De Gelmírez, doña Ana.
¡Qué de tiernas ilusiones,
Qué de alegrías fustradas
Junto con el negro féretro
Va á guardar la tumba helada!
¡Pobres flores en su tallo
Por el huracán tronchadas,
Pobre amor muerto en la cuna,
Pobre mujer, pobre alma!
Ayer todo era ventura,
Campos de oro y esmeralda,
Arroyos, aves y rosas

Y praderas perfumadas.
Hoy, revuelto mar que ruge,
Áridas inmensas playas,
Campos que el invierno agosta,
Negras ruinas solitarias.
¡Mañana, la noche eterna
Á la luz de débil lámpara,
El tiempo solo, sin horas,
Sin hoy, ni ayer, ni mañana!

IV

Nada á su hermano le dice
La doncella desdichada;
Ni una queja, ni un reproche...
¡Llora, gime, reza y calla!
Nada le dice á su hermano;
Mas á las puertas sagradas
De un convento se presenta,
Y en una celda se ampara.

V

Las madres concepcionistas
Están de fiesta y de gala,
Que con el Rey de los Orbes

Noble doncella se enlaza,
Los más hermosos cabellos
Se cortan al pie del ara;
La más rica fantasía
Quiebra ante el altar sus alas;
El corazón más sensible
Sepulta sus esperanzas;
El alma más tierna y noble,
La más pura de las almas,
Del mundo mísero y triste
Los anchos límites salva,
Y á las celestes regiones
En pos de otra alma se lanza.

VI

—« Ven, hermano, hasta el recinto
De mi celda solitaria;
Aquí Gelmírez habita:
Ven á clavarle tu daga,
Ven, y si quieres herirle
En mí misma, el hierro clava,
Que es la celda de Gelmírez,
El corazón de sor Ana » —
Esto la monja escribía,
Deshecha en un mar de lágrimas,
Desde el oscuro recinto
De su celta solitaria.

VII

— « Burlaste mis ilusiones,
Burlaste mis esperanzas;
Si antes fué ruda, más ruda
Será mi nueva venganza.
Te destinaba un esposo
Que de estirpe regia emana;
Mas puesto que desdeñaste
Honra tal, merced tan alta,
Y de este modo destrozas
Los blasones de tu casa,
Y así sus fueros insultas
Y mis derechos ultrajas,
Mañana, al morir la tarde,
Al locutorio te baja;
Que en él estará Gelmírez
Esperándote mañana » —
Esto á la monja escribía,
Desde su noble morada,
Brotando sangre los ojos,
El feroz Tello de Tapia.

VIII

¿Estaba muerto Gelmírez
Ó no más herido estaba?
¿Fué verdad lo del entierro
Ó fué el entierro una farsa?
¿Los cánticos funerales,
La negra mortuoria caja,
Aquel lúgubre cortejo,
Y el clamor de las campanas,
Eran engendros tan sólo
De su mente conturbada?
¿Del dolor creaciones fueron?
¿Fueron delirios del ánima?

IX

Rodaron tristes las horas...
¡Cuán pausadas, cuán amargas
Para el ser desventurado
Que mide el tiempo que pasa!
¡Una eternidad la noche
Desde el crepúsculo al alba,
Y del alba hasta el crepúsculo
De aquella tarde, qué calma,
¡Qué calma tan espantosa

En medio de la borrasca!
¿En dónde se hará pedazos
Con el barquero la barca?

X

Son las seis, la tarde expira,
Deja su celda sor Ana,
Y con paso vacilante
Hasta el locutorio baja.
Mira al través de la reja,
Y... —¡Es él, Gelmírez! — exclama,
Y sin aliento á los hierros
Con mano fría se agarra.
Él era, el mismo Gelmírez
Embozado en una capa,
Pálido como los mármoles
De las vetas de Carrara.
Detrás estaba un mancebo
De retorcida mirada,
Fiero, inmóvil, hosco, mudo...
El hermano de sor Ana.
—¡Tello, le grita la monja,
Mal haya seas, mal haya
Tu horrible burla y la ira
De tu espantosa venganza!
Y añade la monja, viendo

Al ser á quien tanto amaba:
—Mientes, Tello, no es Gelmírez
Ese enlutado fantasma...
¡Gelmírez está en mi pecho,
Gelmírez vive en mi alma!
—¡Ana, Gelmírez murmura,
Yo soy!... Tello no te engaña,
Tello consiente en que seas
Mi noble esposa ante el ara.
Roto está el voto que hiciste
Y aquí está la bula santa.
—Aquí está, murmura Tello,
Y muestra un papel...
—¡No! ¡Calla!
Exclama otra vez la monja,
No es esa sombra quien habla.
¡Oigo la voz de Gelmírez
Que de otro mundo me llama!
¡Ya voy, Gelmírez, espera!
¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!
Dice... Busca entre sus ropas
Un objeto, y luego, rápida,
Dirigiendo al cielo augusto
Hermosísima mirada,
Del seno en medio, hasta el puño,
Clavóse una rica daga,
Y rueda al suelo y la sangre
Por el ancha herida salta.
—¡Maldito seas, don Tello!

Gritó Gelmírez... ¡Mal haya
Quien olvidó que hay amores
Que una vez sola se matan!

1879

DOÑA ELVIRA

Á BARTOLOMÉ PÉREZ HERMIDA

I

El conde de Aldaz es viejo
Pero tiene esposa joven,
Como rosas las mejillas,
Y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
En hora ingrata casóse,
Porque á casar la obligaron
Exigencias y temores;
No el amor, pues era el solo
Imán de sus ilusiones
Rui-Fernández con quien tuvo
Y aun tiene, ocultos amores.

II

Hijo de Elvira es don Mendo,
Mancebo gallardo y noble,
Capitán el más valiente

De los tercios españoles,
Que bajo el delgados cutis
Aun el rubio bozo esconde,
Y es ya en la ruda pelea
De los contrarios azote.

III

Tiembla Elvira cuando al mozo
Contempla embebido el conde;
Parece que una honda pena,
Oculto cáncer que roe
Su corazón, hace á veces
Que á su faz el llanto asome,
Y la espléndida hermosura
De su rostro le trastorne.
¡Tal vez combaten y estallan
En su pecho los dolores,
Como las olas de Atlante
Cuando se encuentran y rompen!

IV

En una vieja poltrona
La existencia pasa el conde,
Paralizados los miembros

De añeja dolencia al choque.
Diz que en la lid espantosa
De una lanza al rudo golpe,
Cayó al suelo y que el sentido
Largo tiempo perdió entonces;
Y desde entonces no hay modo
De que sus miembros recobren,
La savia, el vigor, la fuerza
Que hubo del destino en dote.

V

Y allí, en su vieja poltrona
Está el de Aldaz, una noche,
Cuando Fortuño, escudero
Que de antaño le conoce,
Entra y le dice: — Señor,
Sé que manchan tus blasones;
Sé que hay quien aquí te ultraja,
Quien escarnece tu nombre.
— ¿Quién tal hace? Con voz ronca,
Exclama furioso el Conde.
— Señor, tu esposa.
— ¿Qué has dicho?
— Tu esposa todas las noches
Las desiertas callejuelas
De tus jardines recorre,
De un hidalgo acompañada,

En punto á las oraciones.
Ruge el de Aldaz en su silla
Cual hiena herida, se encoje
Y gira en torno los ojos
Como inflamados tizones.
Ha tiempo que horribles celos
Llenan su alma de rencores,
Tiempo ha que su pecho hiere
El desdén de su consorte,
Y con acento convulso
Exclama: — Fortuño, ¿me oyes?,
Dile á don Mendo eso mismo. —
Y como muerto quedóse.

VI

— Señor, le dice Fortuño
Á don Mendo, noche á noche
En los jardines he visto,
En punto á las oraciones,
Á una dama y á un hidalgo.
— Fortuño, y tú ¿los conoces?
— Señor, el Conde me envía...
— ¡Dime al instante sus nombres!
— Ella es doña Elvira...
— ¡Madre! —
¡Ah, Fortuño, en bien te pone

Con Dios, que es reo de muerte,
Quien tal secreto conoce!...
Rodó Fortuño en el suelo
Traspasado el pecho innoble,
Y en aquel horrible instante
Sonaban las oraciones.

VII

Al jardín con el sangriento
Acero en la mano, corre,
Y allí don Mendo dos sombras
Distingue en la sombra inmóviles.
— Madre... ¡Madre!...
—¿Qué haces, Mendo?
Don Mendo no le responde,
Blande el hierro, al cual el otro
Hierro apenas se le opone,
Y como el rayo potente,
Y como el rayo veloce,
En el seno del contrario
El arma sangrienta esconde.
Lanza un grito doña Elvira
Que repercuten los montes,
Y se queda muda y fría
Como una estatua de bronce.
Mira don Mendo que llegan

Con luces dos servidores,
Y hacia ellos rápido avanza,
Y en su paso se interpone.
— ¡Idos, canalla! Murmura,
Y de manos de uno, coge
Una tea y torna solo
Al horrible sitio, en donde,
Aun doña Elvira parece
Que no alienta, que no oye,
Que no vive, en el espacio
Clavada la vista inmóvil.
La ve don Mendo y alumbra
Y pasmado reconoce,
En el sangriento cadáver
Á Rui-Fernández de Ordóñez:

VIII

— Mendo, al fin exclama Elvira
Descompuestas las facciones,
Pues mataste á Rui-Fernández
Ruega á Dios que nos perdone.
— ¡Madre!
— ¡En tus venas circula
Sangre que tiñe tu estoque!
— Madre, escucha...
Doña Elvira
Cae al suelo y no responde.

IX

Dentro y fuera del palacio
Se escuchan sordos rumores.
¡Se acerca al sitio del crimen
La justicia de los hombres!
Es fuerza que ignore el mundo,
Es fuerza que el mundo ignore;
Que en casa de Aldaz habitan
La deshonra y las traiciones.

Mendo se acerca al cadáver,
Sobre sus hombros le pone,
Y por un portillo estrecho
Que da á los campos, salióse,
Medroso el paso y ligero,
Con el cabello en desorden,
Tinto hasta los gavilanes
De propia sangre el estoque.

1879

GABRIELA

AL DR. FRANCISCO MONTES DE OCA

I

Sin más testigo que el sol,
Que su luz al mundo roba,
Está Gabriela en la playa
Con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
Sobre la arena rebosa
Y las plantas de Gabriela
Casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
Á todos lados, y llora:
Al fin se detiene inmóvil;
Ya sonríe, ya solloza;
Sobre el seno palpitante
La gentil cabeza dobla;
Sus brazos cuelgan; las manos
Entreteje una con otra,
Y vaga, sin que se fije
Ni en el cielo ni en las olas,
Entre las olas y el cielo,
Su mirada melancólica;

Su suelto cabello agita
La brisa murmuradora,
Y entre sus hebras de oro
Prendida lleva una rosa.
Cerca de ella está amarrada
Una barca pescadora,
Y entre los médanos áridos
Que el huracán amontona,
De una humilde ranchería
Se ven las modestas chozas
Y el vetusto campanario
De una capilla católica,
Con una sola campana,
Con una campana sola,
Que en aquel instante mismo
Á las oraciones toca.

II

El corazón se estremece
De Gabriela... ¡Ya es la hora!
Ya no ha de tardar su Félix.
Al fin su Félix asoma:
Félix llega triste y pálido,
Algo tiene, algo le enoja;
Le da su mano, y su mano
Está fría y temblorosa.

Ya no tiene como en antes
La mirada halagadora;
Parece que tiene miedo,
Parece que se abochorna,
Parece, cuando se acerca
Á la niña encantadora,
Que una oculta voz le dice:
»¿Por qué, Félix, la traicionas?»

III

— Félix, — murmura Gabriela. —
Y era su voz melodiosa
Como suspiro del aura,
Como arrullo de paloma.
— Félix, amor de mi vida,
Te he esperado muchas horas,
Muchas... ¡Ingrato!... ¡Y no has ido!
¡Como te aguardaba ansiosa
En mi ventana! ¿No sabes
Lo que mi pecho te adora?
¿En que éstás pensando, Félix,
Dime... ¿Por qué me abandonas?
¿Es verdad cuanto me han dicho?
¿Á otra quieres? ¿Amas á otra?
¿Que hablar con ella te vieron?
¿Que en el templo la enamoras?

¿Que á todas partes la sigues
Y que de noche la rondas,
Y que suspiras enfrente
De su reja silenciosa?
¡No te he visto en siete noches!
¡Aquí están las siete rosas
Que conmigo te aguardaron!
¡Que te cuenten mi congoja!
¿Las quieres? Mira éstas, mustias,
Marchitas y sin aroma.
Mira ésta, que aun tiene vida.
Aquí tienes la de ahora.
Si me amas como otro tiempo,
Dale un beso en la corola.
Si es verdad lo que me han dicho,
Entonces, Félix... ¡Deshójala! —
Félix de la bella mano
De la niña la flor toma,
Y los pétalos arranca
Y en la arena los arroja.
— Más tiempo no he de engañarte,
Pobre Gabriela, perdona;
Que para esta misma noche
Concertada está mi boda —
Dice el infame... Se aleja...
Y quedó Gabriela atónita,
Fija la vista en la arena,
Fija la vista en las hojas.
¡Siente que le falta vida,

Que su razón se trastorna,
Que todo en torno se mueve,
Que se cae, que se ahoga!

IV

¡Fantasmas de oro y de nieve
Que poblasteis su memoria,
Huid y desvaneceos
Como la luz en la sombra!
Soñando estaba despierta;
Ya no sueña... ¡Qué espantosa
Pesadilla entre sus lazos
Su alma mísera aprisiona!
Gabriela... ¡Infeliz Gabriela!
¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
Que en ella velan tus padres,
Que en ella tus padres lloran!

V

¡Ah!... Permanece en la playa
Inmóvil y silenciosa...
Para ella el mundo es la tumba.
¡Y ella está en la tumba, sola!
Nada mira, nada escucha,

La razón perdida, loca,
Vagabundas las ideas
En torno á su mente flotan,
Como ráfagas brillantes
De luz en cavernas hondas,
Como de una arpa lejana
Las inarmónicas notas.
¡Estrellas de un cielo puro
Que su luz pálida agotan,
Roncos gemidos de muerte,
Entre cánticos de gloria!
No ha visto en el horizonte
Una parda nube torva,
Que extiende sus negras alas
Y el diáfano espacio entolda.
Se figura que ha caído
De su frente una corona.
Que son pedazos de su alma
Aquellas hojas de rosa;
Que está escrito en cada una
Un libro entero, una historia
De malogrados afectos,
De esperanzas ilusorias;
Que allí están sus alegrías,
Sus juveniles zozobras,
Las lágrimas de sus ojos,
Las sonrisas de su boca,

VI

Se le figura el nublado
Ancha sábana mortuoria
Y la luz de los relámpagos
Las sepulcrales antorchas.
. . . . . .
Rápida, como impulsada
Por atracción misteriosa,
Dirige el paso anhelante
Á la barca pescadora.
Entra en ella, en los abismos
El timón y el remo arroja,
Y desamarrando el cable
Que le sujeta á una argolla,
Entrega el débil madero
Al hondo mar que le azota,
Y el huracán lo arrebata
Entre el fragor de las olas.

—

Lo que pasó aquella noche
Larga, negra y tempestuosa,
Entre el abismo del cielo
Y el abismo de las ondas,

Dios lo sabe. — ¡Al otro dia
Vieron una barca rota,
Y el cadáver de Gabriela
Junto á un peñón de la costa!

1879.

GIL

Á MI HERMANO PEDRO

I

Oye, Gil... Esposo mío —
Teresa con voz confusa
Dice, ahogando los sollozos
Que su aliento débil truncan.
— No salgas, Gil, esta noche
Que es de mi vida la última,
Y cuando llore la niña
Que está durmiendo en la cuna,
Yo no podré levantarme
Á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa
¿Quién su blando sueño arrulla?
Gil como siempre á la pobre
Teresa abstraído escucha,
Y por sus trémulos labios
Vaga una sonrisa estúpida.
Gil, otro tiempo tan bueno,
Al torpe vicio tributa
La adoración insensata
Que su noble instinto turba

Duerme cuando el sol ardiente
La ciudad y el campo alumbra;
Y cuando tiende la noche
Su negra sombra confusa,
En el garito, en la orgía
Va á arrastrar su vida oscura,
Ó de vil ramera en brazos
Placer satánico busca.

II

¿Qué valieron de Teresa
La esplendorosa hermosura,
Halagos, ruegos, suspiros,
Y lágrimas y ternuras!
Indómitas, las pasiones,
Como encadenadas furias,
En el pecho se desatan
Del mancebo, y en él triunfan.
Torpe amistad y menguada
Su ardor juvenil azuza,
Y mil seductores goces
Su edad temprana deslumbran.

III

Robó el dolor á Teresa
Su esplendorosa hermosura:
Las rosas de sus mejillas
Están pálidas y mustias.
La miseria pavorosa
Su alma sensible atribula,
Y en su insaciable vorágine
Sus alegrías sepulta.
— Oye, Gil, con voz más triste
Y más lenta continúa,
Jamás partió de mis labios
Ni un reproche, ni una injuria;
Agotaste tus caudales
Agotaste mi fortuna,
Tus caudales eran tuyos,
Y mi fortuna era tuya.
Destrozaste el pecho mío,
Sus ilusiones más puras
Rodaron bajo el imperio
De tus traiciones injustas;
Hiciste bien, bien hiciste,
Que mi pobre vida es única,
Y yo al pie de los altares
Te dí mi vida... Era tuya.
Mas la preciosa existencia

De esa angélica criatura
Tus cariños necesita,
Y necesita tu ayuda.
¡No salgas, Gil, no me dejes
Sola con mi horrible angustia
En esta noche tan triste
Que es de mi existencia la última!
Gil por única respuesta
Su negro bigote atusa,
Se cala el ancho sombrero,
Y al decirle con voz ruda
« Todas las noches la misma
Canción y la misma súplica...
Y nunca acaba de abrirse
Para ti la sepultura »,
Soltando una carcajada
De horrible sangrienta burla,
Se salió dejando sola
Con Dios á la moribunda

IV

Está ya Gil en la calle:
De pronto mira una turba
Salir del templo y se para
De un farol en la penumbra,
De gentes alegres todas

Entre multitud confusa,
Se ven dos novios, que acaban
De doblar á la coyunda
De himeneo, el cuello dócil
Al placer que los adula.
Él con lujoso vestido,
Ella con lujosa túnica
Coronada de azahares
Blancos como nieve pura...
Y siente Gil que la sangre
En sus venas no circula
Y en tropel en su cerebro
Mil ideas se acumulan:
Recuerda la alegre noche
En que á la luz de la luna
Salió de aquel mismo templo
Entre mil alegres turbas,
Con su Teresa del brazo,
Flor que el ambiente perfuma,
De felicidad radiante
Y radiante de hermosura;
Recuerda cuando en el atrio
Amor eterno le jura;
Recuerda que él no ha cumplido
De sus promesas ninguna;
Recuerda que en su pocilga
La ha dejado sola y mustia
Tocando con mano fría
Los dinteles de la tumba.

Agudos remordimientos
Su pecho intranquila punzan
Y dirige á su morada
La débil planta insegura...
Él á su pobre Teresa
Le va á decir que no sufra,
Que sus infamias perdone,
Que dé al olvido sus culpas.
Y embebido en esta idea,
Temblando el paso apresura,
Porque algo teme, algo teme
Que de horror su mente nubla.

V

—¡Teresa!... ¡Teresa!—Grita,
Y entra en la estancia que alumbra
Una miserable lámpara
Que en aquel momento ondula
Su débil llama, rastrea
En torno y lanzando algunas
Tristes ráfagas, se apaga
Dejándolo todo á oscuras.
Gil se detiene y vacila
Presa de horrible pavura.
Esa lámpara que muere,
¿Qué de espantoso le anuncia?

Teresa... Grita de nuevo.
— Teresa mía ¿estás muda?
Soy Gil que viene á quedarse.
¿Dónde hay luz?— Á tientas busca
Un viejo velón, lo encuentra,
Lo enciende y la estancia alumbra,
Y alumbra el lecho y arroja
Un grito de espanto y duda.
Teresa ¿está desmayada?
¿El sueño acaso la abruma?
—Teresa... Grita... ¡Teresa!
¿Me perdonas? ¿No me escuchas?
Le toca el pecho y no late,
Toca su arteria y no pulsa:
En aquella estancia reina
La paz de las sepulturas.
Toma Gil las blancas manos
Que acariciaron las suyas,
Y en el copioso torrente
De su llanto las inunda.
Ve espantado aquellos ojos
Y aun en las pestañas húmedas
Mira pendiente una lágrima
De dolor y de amargura,
Y á aquellos labios que un día
Ostentaron roja púrpura,
Y ahora tan sólo cubre
Lívida y mortal blancura,
Pide una sola sonrisa...

Una sola frase... Una
Palabra sola... ¡Una sola
De perdón! — ¿Qué es lo que busca?
Convulso, desatentado
Arranca de su cintura
Una hoja aguda y luciente,
Que con fiera mano empuña;
Mas cuando toca su pecho
La fría acerada punta,
Se oye en la cuna un gemido
Que el mortal silencio turba.
— Perdón Dios mío... Perdona,
Teresa. — El triste murmura...
Y suelta el hierro... Y llorando
Se postra al pie de la cuna.

1879.

EDUARDO

A LA MEMORIA DE RICARDO GAYOSSO

I

Sobre el azul de las ondas
Está la barca velera,
Está junto al muelle el bote,
Está el pasajero en tierra...
Es Eduardo... En los amores
De su madre patria piensa,
Y en otro amor más hermoso
En otra madre más tierna,
La que en sus nobles entrañas
Alimentó su existencia,
La que su cuna mecia,
La que en la playa serena
De la vida, vió de lejos
En mar airada y revuelta,
La prenda de sus amores
Juguete de la tormenta.
Es Eduardo... Muchos dias
Lloró en la playa sus penas,
Las injurias del destino,
Los rigores de la ausencia.

Al fin sonríe, muy pronto
Terminarán sus querellas,
Que en el azul de las ondas
Está la barca velera.

II

Hay unos tristes amores,
Hay una pasión inmensa,
Hay un rival que en la sombra
Mortal angustia alimenta.
La ponzoñosa serpiente
Que se enrosca entre la niebla,
Los celos, el negro monstruo
De la humanidad entera;
El que enciende en las pupilas
Satánica luz siniestra;
El que fragua horribles dramas
Siempre inquieto, siempre en vela;
El monstruo que cabe el lecho
Mudo y sombrío se sienta,
Y roba el sueño á los ojos,
Y la ira desenfrena,
Y azuzando al pensamiento
Con la vigorosa espuela,
En el infierno del alma
Á perecer nos condena...

Él contra el seno de Eduardo
Armó la terrible diestra,
Él mató sus ilusiones,
Sus esperanzas más bellas.
Cayó Eduardo en sangre tinto,
Sobre la blanca ribera,
Y al morir bañó la muerte
Su semblante de tristeza...
Sobre el azul de las ondas
Quedó la barca velera,
Quedó junto al muelle el bote,
Quedó un cadáver en tierra.

1879.

BOJORQUES

Á GONZALO A. ESTEVA

I

Está en su oscuro aposento
Juan Bojorques de Vadillo,
Y está solo como siempre
Y como siempre sombrío.
Se abre de pronto la puerta:
Con paso grave y tranquilo
Entra Violante, trayendo
De la mano á sus dos hijos.
Vestida de negro viene,
Triste el semblante, abatido;
Tristes, también y de negro
Vestidos vienen los niños.

II

—¿Qué quieres? Hija. ¿Qué quieres?
—Ma han dicho, señor, me han dicho
Que á la noble madre mía

Diste muerte en este sitio.
¡No miente padre, quien toca
De la tumba el marmol frio,
Y hoy ha muerto mi nodriza,
Y ella al morir me lo dijo! —
Tembló el anciano Bojorques,
Lanzó su pecho un rugido,
Y sus demacradas manos
Cubrieron su rostro livido.
Del sitial en que se hallaba
Como presa de un delirio,
Se alzó violento, en el suelo
Clavando los ojos fijos.
Miró á sus plantas abrirse
Las entrañas de un abismo,
Y del antro tenebroso
En el inmenso vacio,
Desplegar sus leves alas
Un fantasma peregrino,
Bella seductora imagen
De un ser amado y perdido:
Oro las rubias guedejas
Del cabello suelto en rizos,
El hechicero semblante
Con la blancura del lirio,
Cuajado el llanto en los ojos
Como gotas de rocio.
Y en el seno palpitando
Con los últimos latidos,

Hasta el fondo, entre la sangre
Que salta en copiosos hilos,
Clavado por fiera mano
Un implacable cuchillo.
Giró Bojorques en torno
Los ojos despavoridos,
Oyó murmurar su nombre
Y un postrer mortal gemido,
Y de Violante y sus nietos
Huyendo y lanzando un grito,
Cayó, convulso y demente,
Á los pies de un crucifijo.

III

Después de una breve pausa,
Pausa que parece un siglo,
Con acento cavernoso
Murmuró entre dientes: — Idos
—Guárdeos Dios, dice Violante,
Guárdeos Dios en el castillo
Que en orfandad dolorosa
Fué de mi existencia abrigo.
Mas ni he de volver á veros,
Ni á llevar vuestro apellido,
Ni éstos mis hijos, señor,
Ni los hijos de mis hijos.

Después, de la oscura estancia
Salió con paso tranquilo.
Y quedó muerto Bojorques
Á los pies del crucifijo.

1880.

JAIME ACUÑA

Á FRANCISCO ZAVALA

I

Después de muy larga ausencia
Retorna á su casa Jaime,
Y al penetrar en su estancia
Se detiene un breve instante.
Allí unos brazos queridos
Deben estar esperándole,
Y unos purpurinos labios
Que de amor sólo han de hablarle.
Y allí escuchar ha creído,
Allí mismo, en los umbrales
De la puerta, los rumores
De dulces besos, y frases
De halagadoras promesas,
Y hablar oyó de un enlace
En risueño paraíso
De placeres inefables.
Con mano crispada y trémula
El endeble cancel abre,
Y entra y palidece y calla
Del asombro ante la imagen.

Allí están, la esposa adúltera,
Inés, su dueño, su arcángel;
Y Lope, su hermano Lope,
De quien él ha sido padre.

II

—¡Lope!... ¡Inés! — Murmura, y mira
Aterrado á los amantes;
Los mira inmóviles, mudos,
Pálidos como cadáveres;
Sin calor frentes y labios,
Sin latido el seno exangüe,
Todo espanto la mirada,
Todo estupor el semblante.
Jaime ruge, el hierro empuña
Y lo esgrime; mas no sabe,
Á quien matará primero...
¡Porque es forzoso que mate!
Se acerca á Lope... ¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés... ¡Es su alma!
¡De sus propios hijos sangre!
Se acerca á la una y al otro,
Entre el uno y la otra párase,
Y vuelve hacia ellos y de ellos
Torna airado á separarse.
Jaime Acuña ¿estará loco?

¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?
¿Con que es verdad lo que mira?
¿Ellos son los miserables?
Lope, á quien crió desde niño,
¿Así paga sus bondades?
¿Así Inés destroza el nudo
Hecho al pie de los altares?
¿Qué es el mundo, la existencia,
Sin un amor que la halague?
¡El alma sin esperanzas
Sus ligaduras desate,
Deje en la tierra las flores
Que vió en el polvo secarse,
Y á otra región, á otra vida
El espíritu se lance!
Jaime al cielo la mirada
Levanta ardiendo en coraje,
Balbuce algunas palabras
Que de su pecho no salen,
Vuelve contra él la filosa
Punta, se la clava, y cae,
Y ensangrentado murmura:
» Orad sobre mi cadáver » —
Un doble grito, espantoso,
Resuena, rasgando el aire,
Y en una vecina torre
Dan las doce en ese instante.

III

De una desierta capilla
Bajo la sombría nave
Está una estatua yacente
Sobre un sepulcro de jaspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
Aquella estatua la imagen;
Clavado tiene en el seno
Un puñal mohoso de sangre,
De sangre añeja, y murmuran
Vicarios y sacristanes,
Las gentes todas del pueblo,
Y lo afirma hasta el alcalde,
Que aquel puñal es el mismo
Con que Acuña logró darse
Airada muerte una noche;
Mas la causa, no la saben.

IV

Se oye en la puerta del templo
Rechinar la enorme llave,
Y en él penetra una dama
Vestida con negro traje.

Hacia el sepulcro encamina
Sus pisadas desiguales
Y de hinojos se prosterna
Ante la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
La mirada agonizante,
Y una tras otra en el mármol
Sus tristes lágrimas caen.

—

Se oye en la puerta del templo
Rechinar la enorme llave,
Y envuelto en oscura capa
Entra un hombre con pie grave.
Hacia el sepulcro encamina
Sus pisadas desiguales,
Y se detiene en silencio
Junta á la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
La mirada agonizante,
Y una tras otra en el mármol
Sus tristes lágrimas caen.

—

Los dos parece que miran
La helada estatua animarse,
Que el duro mármol golpea

El corazón palpitante,
Que aquellos ojos se encienden,
Que aquellas arterias laten:
Aun creen que les salpica
El rostro, la ardiente sangre,
Y que los lívidos labios
Por la vez postrera se abren,
Y ensangrentados murmuran:
» Orad sobre mi cadáver. »
Y en la torre solitaria
Dan las doce en ese instante,
Y un doble grito espantoso
Resuena, rasgando el aire.

V

Hay gran tumulto en la Iglesia,
Las gentes entran y salen,
Todo el mnndo se hace lenguas,
Y es que el mundo nada sabe;
No sabe por qué motivo
Los cuerpos heladós yacen
De doña Inés y don Lope,
Junto á la estatua de Jaime.

1879

JUAN FARRIZ

A JOAQUÍN BARANDA

I

Apenas del sol ardiente
Entra un débil rayo de oro
Que alumbra el recinto estrecho,
De un oscuro calabozo.
Sobre un jergón, en el suelo,
Apoyando en él los codos,
Sobre los codos las manos,
Y entre las manos el rostro,
Está un anciano abatido
Por el dolor y el insomnio,
La tez marchita y arada,
Secos y ardientes los ojos.
Allí la humana justicia
Guardóle un año tras otro,
Y allí vió correr los años
En cautiverio espantoso.
Diez lustros cumple aquel día,
Y al tender la vista en torno,
No halla una amiga mirada,
Ni un semblante cariñoso.

¡Nadie....! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira!
Ni está aislado, ni está solo;
Allí está con sus memorias
Y con sus recuerdos todos.
Allí están sus alegrías
Y sus tristezas, sus odios,
Sus afecciones... ¡Un mundo
Con él en su calabozo!
— Padres, hermanos. —Exclama.
¡Cuántas veces os vi en torno
De una mesa, en mis natales!
¡Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
En aquel semblante hermoso,
Madre del alma, el primero
Que vi cuando abrí los ojos!

—

Juan Farriz sintió en su pecho
Un dolor fiero, espantoso:
En el insondable abismo
De la conciencia, muy hondo,
Creyó contemplar la imagen
De su madre... Sintió el soplo
De su aliento... Y oyó el eco
De su voz, y luego el sordo
Gemido de sus dolores,
Entre el murmullo monótono

De sus rezos, y el tristísimo
Estertor de sus sollozos.
Juan Farriz sintió en su cráneo
Algo terrible, monstruoso,
Como tempestad airada
Como rugidos del noto,
Como el chocar de las olas
En los peñascos del ponto,
Y brotar quiso á torrentes
El llanto, y rebelde y sórdido
Volvió á estancarse su llanto
Del corazón en el fondo.
Llanto que es sangre del alma
Que arroja el alma, copioso,
Cuando la pena la ahoga
De la desdicha en el colmo.

—

Juan Farriz miró en seguida
De su jergón en contorno,
Girar pálidos, horribles,
Con fieros semblantes torvos,
Á los que hirió con su mano
En un encuentro alevoso,
Ó en la guerra, ó como bueno
Y frente á frente y sin dolo.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito

De miseria y de abandono!.....
¡Hijos sin padre...! ¡Sin hijos
Tantos padres cariñosos!
Y Estrella, allí estaba Estrella,
Virgen de cabellos blondos,
De negra ardiente pupila,
Y semblante melancólico;
La que sufrió de sus padres
Por Juan Farriz el encono;
La que en el hogar querido
Por Farriz lo dejó todo,
Las rosas de sus arriates,
Y sus pájaros canoros.
Y la pequeña alcancía
De sus modestos ahorros;
Y al viejo mastín que estaba
Mirándola siempre absorto,
Entre el lecho y el altar
De su blanco dormitorio;
Estrella que sin amparo
Cayó desde el cielo al lodo,
Del infame abandonada
En el fangal del oprobio;
Estrella... Y después de Estrella,
Juan Farriz contempló atónito
El flaco espectro de un niño,
Que es su trasunto, que es otro
Juan Farriz, su imagen viva,
Que hacia él convierte lloroso

El demacrado semblante
Donde nunca dejó un ósculo...
Y.... « Padre » — Le gritó el niño. —
Me muero, padre, me ahogo,
Me falta el pan y no tengo
Ni amor, ni besos, ni apoyo...
Padre..... ¿Dónde está mi madre?
No escondas, padre, los ojos,
Mirame: ¡el hambre y el frío
Van á matarme muy pronto!
No huyas padre... Espera, espera.
Saltó junto al lecho tosco,
Y apoyándose en los muros
De aquel recinto espantoso,
Acosado por el niño
Sin parar un punto solo,
Le daba vueltas y vueltas
De su prisión al contorno.
Tornaron á su memoria
Sus crímenes y sus odios;
Tras el niño aparecieron
Los espectros espantosos
De otras víctimas..... De nuevo
Oyó sus risas... Sus roncos
Gemidos, y maldiciones
Y juramentos y votos,
Y al fin lo mismo que cae
En los breñales de un soto
Acosado por la jauría

Sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
Un gemido estertoroso,
Cayó sobre las baldosas
Frías de su calabozo...

II

De la prisión á la entrada
Llega un hombre; los cerrojos
Descorre, y entra y le dice :
— Farriz... Muere de alborozo,
Farriz despierta... Tus padres
Y Estrella y tu hijo, y todos
Están allí... Todos viven :
Ya estás libre... ¿Te haces sordo?
Juan Farriz no contestaba,
Abrió sus párpados rojos
Y fijó en el carcelero
Las miradas de un beodo.
— Contempla abierta tu cárcel,
Y la luz y el cielo hermoso,
Juan Farriz ¿Por qué te callas?
¿Por qué miras de este modo?
Juan Farriz ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco! —
Juan Farriz no respondía...
¡Juan Farriz, estaba loco!

1880.

ALFREDO

A LA MEMORIA DE MI HERMANO ALFREDO

(† en Mérida el 16 de enero de 1879).

I

Aun en los floridos años
De amor y esperanza lleno,
Honor de la hermosa tierra
Que avara esconde sus huesos,
Vió morir de sus amores
Un delicado renuevo,
Flor del alma, flor que apenas
Abría el cándido seno.
Ni un gemido de las auras,
Ni una lágrima del cielo,
Ni de la noche apacible
El tierno lánguido beso,
Temblar las débiles hojas
Del cáliz límpido hicieron,
Cuando perdido el aroma
Rodó cadáver al suelo.
Y él lloró tan gran desdicha
De amor y esperanza lleno,

Honor de la hermosa tierra,
Que avara esconde sus huesos.

II

Ángel que del éter vagas
En el impalpable velo,
¿Por qué del padre amoroso
Giras en torno del lecho?
De airada parca desvía
El rudo golpe violento,
De la implacable guadaña
Embota el filo siniestro.
Tus blancas alas escuden
El nobilísimo pecho,
Donde ardió la fe que brilla
En las lámparas del templo,
La que abrió al israelita
Del Mar Rojo los senderos,
La que alboraba en el Gólgota
En los ojos del Cordero.

III

Ángel que del éter vagas
En el impalpable velo,

Dale vida al moribundo,
Dale vigor á su aliento,
Mira el combate espantoso,
Escucha el múltiple ruego,
Los pobres un padre pierden,
Los ricos un alto ejemplo,
La gratitud el tesoro
De sus ardientes afectos,
La desdicha una esperanza
Y la esperanza un consuelo.

IV

En vano el ángel implora
En el alcázar eterno :
El Señor de los señores
Así lo tiene dispuesto.
Allí le esperan los santos,
Allí le aguardan los buenos,
Allí junto al trono altísimo
Está vacando un asiento.

V

« Alfredo » gritan en torno
Del escogido, los siervos.....

¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte
Descarga el golpe certero,
Abre sus puertas la gloria,
Una sepultura el duelo,
Y con lágrimas y flores
Se cubre el mortuorio féretro.

VI

Aquel invisible drama
Tocó al fin su inicuo término;
Quedó de la hermosa vida
Un indeleble recuerdo,
El hermano sin hermano,
Sin padre los hijos tiernos,
Y la esposa sin esposo
Y el risueño hogar desierto.

—

En tanto el ángel querido
Del Hacedor mensajero,
Va con el alma del padre
Por las regiones del cielo.

Enero de 1880.

PER-ANZURES DE RIBERA

A FILOMENO MATA

I

« En el campo de batalla,
Tras de la ruda pelea,
Me contaron tus traiciones
Y tus perjurios, Estrella.
Supe allí que la honra mía
Diste de tu amor en prenda,
Infame noche, en los brazos
De Rodrigo de la Cerda.
Y por si acaso lo dudas
Allí tienes su cabeza,
Que yo separé del tronco
Con mi cuchillo de guerra,
Después de luchar entrambos,
Frente á frente y diestra á diestra,
Después de hacerle en el pecho
Mortal herida sangrienta. »
Esto á su esposa decía
Per-Anzures de Ribera,
Con labios como de nieve,
Con ojos como de hiena;

Sacando bajo el embozo
Y arrojándola á la tierra,
La cabeza ensangrentada
De Rodrigo de la Cerda.
Lívido despojo mudo
De una varonil belleza,
De lacio cabello y corto,
De poblada barba y negra.

II

Calló Anzures un instante
De horrible calma suprema,
Y tomando nuevo aliento
Prosiguió de tal manera :
« Á esto vine á mi morada
Y á celebrar tus exequias,
Porque es fuerza que esta noche,
Vida de mi vida, mueras.
En este pomo te traigo,
Y es prodigio de la ciencia,
Mortal tósigo, que en breve
Hará que por siempre duermas. »
— « Jamás » responde la dama
Y torna á una cuna, llena
De ansiedad y de congoja,
La mirada descompuesta.

— ¡Hola! gritó Per-Anzures:
Espera, mi amor, espera;
Yo nada de ésto sabía.....
¡Aun me faltaba esta afrenta!
Si no apuras ese tósigo,
Si no lo apuras, Estrella,
En sangre de esta criatura
Te vas á teñir tú mesma.»
Brilló desnudo el acero,
Y entonces, pálida y trémula,
Sin exhalar un gemido,
Sin formular una queja,
Al desprenderse del párpado
Una lágrima postrera
De hondo maternal cariño,
Apuró el tósigo Estrella.

III

Están de luto las gentes,
Está de duelo la aldea,
Y está de cuerpo presente
El cadáver en la Iglesia.
Con oscuro y denso velo
Estaba su faz cubierta;
Lo demás amortajado
Con ricas fúnebres telas.

La esposa de Per-Anzures
Murió de muerte violenta.
Ahogóla la sangre, dicen
Unos; que la peste horrenda
Dicen otros; y otros muchos
Que el placer ó la sorpresa
De ver á Anzures, matóla,
Pues no le avisó su vuelta.
Después de los funerales,
Sobre unas andas soberbias
Llevaron el ancho féretro
Á la morada postrera
De los Anzures, y todos
Suspiraron por Estrella,
Que para todos fué noble,
Que para todos fué buena.

IV

Diz que á la noche siguiente
Por la sombría poterna
De la morada de Anzures
En negra túnica envuelta,
Salió una dama en silencio,
Sin escudero, sin dueña,
Sola, enteramente sola,
Y que aquel que logró verla,

Ó creyéndola diabólica
Aparición ó alma en pena,
Huyó temblando de susto,
Tal vez á rezar por ella.
Y diz también que á muy poco
De su viudez, á la huesa
Dió su cuerpo Per-Anzures,
Que se murió de tristeza.

V

Pasaron años tras años,
Y (esto dice la conseja;
Lo demás nadie lo dijo
Antes que yo lo dijera):
Se hallaron con que la caja
Mortuoria de doña Estrella,
Nunca guardó su ceniza,
Que estaba llena de piedras;
Y añaden los que la vieron
Azorados de sorpresa,
Que entre las piedras yacía
Una hosca calavera,
Con lacio cabello y corto,
Con poblada barba y negra.

Octubre de 1881.

FIN DE LOS ROMANCES DRAMÁTICOS

TROVAS

COLOMBINAS

Méjico, abril de 1881

Á LA SOCIEDAD

COLOMBINA ONUBENSE

HUELVA

José Peón y Contreras

TROVAS COLOMBINAS

CRISTÓBAL COLÓN

I

Espíritu gigante que otros mundos
En el espacio habitas,
Torna al sepulcro que tu cárcel guarda
Y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco
Arrástrate y camina;
Vuelve á poner sobre tu frente augusta
La corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio
Sardónica sonrisa;
Que la estúpida plebe te escarnezca;
Que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón sencillo
El arma de la envidia,
Y torrentes de lágrimas, á solas,
Mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos
Tu sombra fugitiva,
Mientras te burla en los salones regios,
Necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta
La poderosa vista;
Tu llanto beba la arenosa playa,
Y que besen tu sien auras marinas.

Y sulca al fin los piélagos ignotos
En la arbolada quilla,
Y triunfa... Y al rumor de tus cadenas
Caiga en el polvo mi dorada lira.

II

Al mediar de la noche silenciosa
Á la pálida luz de las estrellas,
Vagaba por los mares lusitanos
Una hermosa galera genovesa.

Iba de corso. El timonel velaba
Viendo brillar el fósforo en la estela...
De repente paróse, gritó: — « fuego: »
Y el fuego apareció sobre cubierta.

III

Ardia envuelta la galera en llamas,
No lejos de la costa;
Ase un marino el remo con la diestra
Y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento
Hiende las bravas olas,
Y pisa al cabo con segura planta
Riberas de Lisboa.

Dirige luego la mirada al cielo,
Serena y melancólica,
Y la vuelve á la mar, y la dilata
Por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvian
Al genio de las ondas;
La mar lo rechazaba. ¡Y para el náufrago,
Era la tierra poca!

IV

Alto, robusto, varonil semblante
Por noble, seductor;
La tez, un dia transparente y blanca,
Tostada del sol;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,
Tal vez por el dolor;
Su madre patria, Génova; su nombre
Cristóbal Colón.

V

El que á solas en su hogar
Con la soledad se encierra,
Sus penas no ha de contar,
Ni á las floras en la tierra
Ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir
En su mente un pensamiento
Que en su mente ha de morir,
Pues en tan hondo aislamiento
¿Á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar
Sus penas y sus temores,
Pues no le han de contestar,
Si está en la tierra, las flores,
Ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor
Y la ola al mar, y al horror
Del pasado, el sufrimiento;
Y vuelve á el alma el lamento
Que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar
Con la soledad se encierra,
Sus penas no ha de contar,
Ni á las flores en la tierra,
Ni á las olas en la mar.

VI

No está la nube en los espacios sola
Ni viven solas en el mar las algas;
Y en el humano pecho
Sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,
Y las ramas del árbol en las ramas,
Y en el agreste nido
Se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día
Gimiendo en triste soledad ingrata,
Halló por su ventura
El alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,
Y blancos lirios la infecunda playa,
Y la celeste bóveda
Limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella
En la lóbrega noche de borrasca,
Y penetró su rayo
En el sombrío corazón del nauta.

VII

Después de la luz, la noche
Envuelta en niebla sombría;
Después del placer, las tristes
Lágrimas en la mejilla.
Bajo los pétalos blancos
De la flor, la aguda espina.
Bajo las rosas, el polvo
De las rosas de otros días.
Junto al azahar de la boda,
Inmortales amarillas;
Junto á la cuna, la huesa;
Junto a la nada, la vida.

VIII

Dichosa mansión, dichosa
Si no la nubla el pesar.
¡Qué hermosa es la luz, qué hermosa
En el cielo del hogar!

En el hogar, lo mismo que en el cielo,
Hay también un crepúsculo sombrío;
El cielo moja de rocío el suelo,
Y son en el hogar como rocío
La lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansión, qué triste
Cuando la nubla el pesar!
¡Colón de negro viste
El cielo de su hogar!

IX

Bajo del sauce tétrico,
La sepultura cubre
Su oscuro seno, con mullido césped
Y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,
Entre otras tristes cruces,
Señalan todos el postrero sitio
De los que ya no sufren.

Colón, lloroso y pálido,
En hora amarga y lúgubre
El sitio señaló donde dormía
Su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas
Miró la tumba fúnebre,
Cubrir su seno con mullido césped
Y con lirios azules.

X

Al borde de un sepulcro, de rodillas
Estaba Colón,
Y también de rodillas, y á su lado,
Un vástago en flor.

Un niño que tenía en la mirada
Amarga aflicción:
Y sin consuelo y entre acerbas quejas
Lloraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,
De inmenso dolor,
En que el nauta se alzó de la tumba
Y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse
Sencilla oración,
Y de la boca varonil y trémula
Un himno de amor.

XI

«¡Amor, mi amor! Celeste mensajera
Del duce bien y la esperanza mia,
De tu edad en la dulce primavera
Te vi rodar bajo la tierra fría;
Amor, amor, en mi ilusión primera
Inagotable fuente de alegría;
Purísimo raudal que apuré ansioso
Más que agora infelice, venturoso.

»¿Adónde voy, errante peregrino,
Sin sombra, sin amparo, sin consuelo?
Murieron ya las flores del camino,
Se apagaron las lámparas del cielo;

Sobre mí poderoso torbellino
Las nubes amontona en denso velo;
La soledad mi espíritu amedrenta,
Y ruge en mis oídos la tormenta.

»Si escuchara tu voz, Felipa mía,
Vibrante como música sonora,
Renacieran la paz y la alegría
Del que sin paz sus alegrías llora;
Renacieran las flores que tejía
Al risueño alborar de blanca aurora,
Con que anudaba los perdidos lazos,
Embriagado de amor entre tus brazos.

»¿Y era un sueño no más tanta ventura?
¿Fantástica ilusión, belleza tanta?
Al través de esa losa helada y dura,
Que al golpe de mi pecho se quebranta,
La imagen de tu pálida hermosura
Pienso que ante mis ojos se levanta,
Y de nuevo suavísima y tranquila,
Arde la luz del cielo en tu pupila.

»Parece que otra vez los dos unidos
Con las caricias de tu amor profundo,
Soñamos de placer embebecidos,
En hallar para el mundo un nuevo mundo.

Delirantes, acaso, los sentidos,
El espíritu inquieto y vagabundo,
Dejábamos volar el pensamiento
Libre y altivo en la región del viento.

»Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?
De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?
Movió su rueda el porvenir esquivo
Y á los dos nos hundió bajo su rueda.
Errante, desdichado, fugitivo,
Mientras la ducha el corazón hospeda,
Iré sin guía, sin timón, sin norte,
De lugar en lugar, de corte en corte.

»Mas donde quiera que me arrastre el hado
Renovarán nuestra sencilla historia,
Las dulces horas que pasé á tu lado,
Fugaces retornando á la memoria.
Presente siempre miraré el pasado;
Y ya á la luz ardiente de la gloria,
Ó de la sombra al tenebroso abrigo,
Tu amor, tu imagen, estarán conmigo.

»Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía
Cuna le dió de perfumadas flores,
Hoy, triste, amortajando su alegría,
Cerró mi corazón á los amores.

Y pues lo quiso Dios, la tumba fría
Guarde aquí tus encantos seductores,
Que, á despecho del tiempo y del olvido,
En mi alma vivirás como has vivido.

»Yo te he de ver en el fulgor postrero
Del día al expirar en mi ventana,
Y al fenecer la noche en el lucero
Que se pierde á la luz de la mañana;
En el vapor errante y pasajero
Que el cielo azul recorta y engalana,
Ó al fulgor del relámpago en la nube
Que en alas del turbión al éter sube.

»Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,
Hallar la tierra que soñó mi mente,
Y grande al fin, bajo el dosel del cielo,
Ante Dios nada más baje la frente,
Al detener mi fatigoso vuelo,
En las arenas de la playa ardiente,
Veré tu imagen en la nueva orilla
Y sentiré tu beso en mi mejilla.

»En tanto, dulce bien, recibe el mío
De mi cariño santo en el exceso.» —
Y el noble genovés, grave y sombrío
De su dolor en las cadenas preso,

Cayó de hinojos sobre el césped frío,
Y en él dejando el doloroso beso
Que repitió la noche en son lejano,
Partió, llevando al niño de la mano.

XII

Al misterioso impulso del destino
Cruza Colón un áspero camino,
En alas de su loca inspiración.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colón!

En Portugal dejó cuanto quería;
No supo Portugal lo que tenía:
Portugal no lo supo por su mal;
No supo que perdía
Su gloria Portugal.

Como arista que lanza el torbellino,
Así lanzado el triste peregrino
Abandonó una noche su mansión.
¡Pobre marino!
¡Pobre Colón!

XIII

Con Dios que los acompaña,
Y su amor y su cariño,
Van, con ansiedad extraña,
Solos un hombre y un niño
Cruzando tierra de España.

Van hacia Huelva, del cielo
Y de su suerte á merced:
Siente el hombre un hondo anhelo,
Y el niño en su desconsuelo
Hambre tiene, y tiene sed.

¡Ay! Y entonces quiso Dios
Que en aquel triste momento
Llegaran, de amparo en pos,
Á las puertas de un convento
Desfallecidos los dos.

Era la Rábida... Era
Triste y sombrío por fuera,
Y por dentro triste y serio,
El vetusto monasterio
Que años ha que los espera.

Que apenas, tras el pesar
De sus congojas testigo,
Llamaron, — sin vacilar
Abrió un hermano el postigo
Para dejarlos entrar.

Y entraron; y en su alegría
Se olvidan de la pasada
Y mortal melancolía...
¡Puesto que Dios es su guía,
Dios los lleva á su morada!

—

Diéronle al niño sustento,
Al alma contentamiento;
Y de dulce paz gozando,
Durmióse en el lecho blando
De una sala del convento.

Y á Colón, como el mejor
Alivio á su acerba pena,
Le conducen, por favor,
Á la celda del prior
Fray Juan Pérez de Marchena.

XIV

Leyó el fraile en los ojos del marino:
Sondeó el marino el corazón del fraile:
Juan Pérez de Marchena miró al genio:
Colón absorto contemplaba al ángel.
Lo que aquellos dos hombres se dijeron
En aquella mirada, Dios lo sabe:
Eso que sólo el pensamiento escribe
No lo guarda la historia en sus anales.
Colón le dió un tesoro al franciscano
Encerrado en una arca impenetrable.
Miró Marchena el arca, y para abrirla
Al nauta genovés le dió la llave.

XV

En pavoroso aislamiento
Se mira el sagrado muro,
Y solitario y oscuro
El interior del convento.
Una ráfaga de viento,
Á grandes pausas, gemía
En la estrecha celosía,
Ó al penetrar en las rejas
Destartaladas y viejas
De la ruinosa arquería.

De pronto un rumor se oyó
Como el de abrirse una puerta,
Y al fulgor de luz incierta,
Un hombre al claustro salió.
Paso á paso atravesó,
Como una sombra ligera,
Tras una y otra escalera,
Uno y otro apartamiento,
Sin que èl débil eco lento
De su pisada se oyera.

Como un timbre funeral
Que los espacios recorre,
Sonó la una en la torre
De la iglesia conventual.
De su puerta hasta el umbral
Llegó el hombre; reverente
Mojó su mano en la fuente
Bendita; apagó la luz,
Y la señal de la cruz
Se hizo, rezando, en la frente,

Después, respetoso y grave,
En el templo penetró;
Rezando siempre, avanzó
Bajo la sagrada nave;
Y ante una luz, que süave

Lánguida y triste esparcía
Sobre el altar en que ardía
Vagos resplandores rojos,
Cayó en el suelo de hinojos,
En mitad de la crujía.

Inmóvil, meditabundo,
Quedóse allí, sumergido,
Y aletargado el sentido
En un éxtasis profundo.
Allí, muy lejos del mundo
En donde la infamia medra,
Donde al espíritu arredra
Huracán vertiginoso,
Permaneció silencioso
Como una estatua de piedra.

¿Breve el tiempo? ¿El tiempo largo
Pasó para él? ¿Gozaba,
Ó del dolor apuraba
Impío cáliz amargo?...
Salió al fin de su letargo,
Y tras la muda oración
Que en honda contemplación,
Tal vez alivió su duelo,
Alzó los ojos, y al cielo
Elevó su corazón.

«Señor, yo vengo á ti; yo estoy perdido
Del bosque en la espesura:
Su lobreguez medrosa me anonada,
Sus vastas soledades me dan miedo.

»Yo vago errante en la extensión inmensa
De procelosos mares,
Y me estremezco de mirarme solo,
Entregado á los vientos y las olas.

»Dale, Señor, al ánima turbada
Tu aliento poderoso;
Busco una senda que dirija al llano,
Busco un bajel que me conduzca al puerto.

»La fe, como esa lámpara bendita,
Arde perenne en mi alma;
No la apagues jamás, y de contino
Arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

»Yo presiento, Señor, la amarga lucha
Que el porvenir me guarda;
Yo sé que en mi cerebro hay una idea
Que siento que no cabe en mi cerebro.

»Mas tú, Señor, que la comprendes solo,
Porque de ti me vino,
Dame arrojo y bravura en la batalla,
No me abandones en la heroica empresa.

»Yo me humillo ante ti; yo nada valgo;
Es tuyo cuanto pienso;
Haz que aparezca un dia ante mis ojos
Ese mundo que al fin es todo tuyo.

»Tú no engendras la duda, tú afirmaste
En mi alma la creencia;
Y no ha de ser mentira lo que creo,
Que yo por ti lo creo, y tú no mientes.

»Yo sé que la verdad está escondida,
Como está en este instante
El rayo ardiente de la luz febea,
Que en breves horas lucirá su aurora.

»Un rayo de ese sol sé que algún dia,
Tal vez no muy lejano,
Alumbrará, brillando ante mis ojos,
De ignota playa la húmeda ribera.

»Yo quiero en esa playa que tu nombre
Se escape de mi labio;
Quiero, Señor, de hinojos bendecirle;
Y no quiero morir sin que así sea.»

Calló Colón. En seguida
Se levantó satisfecho,
Cual si sintiera en el pecho
Más vigor y nueva vida:

Como el que juzga escondida
La senda y la vuelve á hallar,
Como el que torna á encontrar
El tesoro que perdió,
Así del templo salió
En que le vimos entrar.

XVI

Marchena le dió una carta
Á Colón, le dió dineros,
Humilde cabalgadura,
Y su amor y sus consejos:
Con el médico Fernández
Y el tierno niño y un lego,
Acompañóle hasta el atrio,
Dándole valor y aliento.
Le dijo que atendería
En su ausencia al pequeñuelo;
Y el genovés, pesaroso
Y feliz á un mismo tiempo,
Aprisionando una lágrima
En el fondo de su pecho,
Rumbo á la corte de España
Se alejó del monasterio.

XVII

Fantasma que recorres los espacios,
Impetuoso huracán,
Hay una roca en que tus negras alas
Se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas
Del anchuroso mar,
Hay una playa que en su arena ardiente
La tumba te abrirá.

Y tú, gigante pensamiento, idea
Que corres al azar,
Para atajar tu paso y sepultarte
Está la humanidad.

XVIII

Las nubes que amontona
La tempestad, le sirven de corona
Á su pálida frente,
Que avara esconde portentosa idea.
Hay un abismo en su mirada ardiente,
Y el rayo en el abismo centellea.

¿Adónde va? ¿Qué quiere? ¿Quién le ayuda
Á penetrar un misterioso arcano?
Él mismo desfallece, él mismo duda,
Y lleva en su conciencia un oceano.
En él sin rumbo ni timón navega
Su propio pensamiento.
¡Ay del que al fin de su esperanza llega!
¿Adónde le conduce el sufrimiento?
¿Delira? No lo sabe.
Colón no sabe en el dolor profundo
De su inmensa tristeza,
Si ese mundo que sueña está en el mundo
Ó lo lleva no más en la cabeza.

XIX

Sobre las ondas de la mar humana,
En el mar de la vida,
Conduce el nauta con segura mano
Su frágil navecilla,

Es la fe su timón; su vela, el genio;
El Salvador su guía,
¡El que sacando á Pedro de las olas
Le condujo á la orilla!

XX

¡Flores para el alma, flores
Para el pobre corazón!
Sin consuèlo, sin amores,
Sólo siente los horrores
De la desesperación.

Tal vez nace en él un puro,
Dulce recuerdo de ayer,
Como en las grietas del muro
Triste, ruinoso y oscuro,
Suele una hierba nacer.

Tal vez exhala un lamento
De dolor; del sentimiento
Melancólico gemido
Que sube al cielo, perdido
Entre las ondas del viento.

Nada en su suerte atal
Á mirar siquiera alcanza
Que alivie su ansia mortal;
Y entre un velo funeral
Se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena;
Más que la pena, el martirio
Que el espíritu envenena,
Y á la razón enajena
En horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,
Otro día, y en eterno
Padecer, la noche impía;
Y con ella la agonía
Espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor
Hermoso de la mañana;
Siempre el tormento mayor,
Y más cercano el dolor,
Y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,
Al rigor del sufrimiento,
La débil materia inerme...
¡Mas si la materia duerme,
Nunca duerme el pensamiento!

XXI

Pasa en la humana marea
Lo que en el revuelto ponto:
Siempre la espuma está arriba,
Nunca hay espuma en el fondo.

—

Para lograr una empresa
Es un siglo tiempo corto,
Si para ella, al fin lograda,
Es la eternidad un soplo.

—

Guardó Dios el pensamiento
Como en un sepulcro lóbrego,
Y nadie ha visto pensar
Ni á los cuerdos ni á los locos.

—

Encierra tus pensamientos
Allá muy hondo, muy hondo,
Y á nadie se los descubras
Si no piensas como todos.

—

Por el camino más breve
Nunca preguntes: tú sólo
Sabrás, midiendo tus fuerzas,
Por cual se llega más pronto.

—

Si no han de entenderte, nunca
Muestres tu idea á los otros,
Que el que quiera ver al sol
Tiene que cerrar los ojos.

—

Nada importa que murmuren;
Nada que te llamen loco;
Si Dios te da fe... ¡Ya sabes
Que Dios está sobre todo!

XXII

«Como Venecia y Portugal, España,
Quédate con tus reyes y tus sabios,
Pues que creyeron fábula ó patraña
Lo que acertaron á decir mis labios:
Nada llevo de ti, no me acompaña
Ni el recuerdo cruel de tus agravios:
Nunca mi pecho de rencores supo:
¡En él no más la desventura cupo!

»Tal vez otro monarca en otra tierra
Pueda abarcar mi extraño pensamiento,
Que la fe que el Señor en mi alma encierra
No se apaga en mi alma ni un momento;
Ni el porvenir mi corazón aterra,
Ni mi espíritu apoca el sufrimiento;
Que en la tierra ó el mar, tras mi destino,
No han de faltarme aliento ni camino. »

XXIII

Esto dijo Colón frente al soberbio
Alcázar de Granada,
Donde estaban los reyes de Castilla,
Donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho
Su corazón desgarra,
Salió de la ciudad, enderezando
Á Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,
Su múltiple desgracia,
Que el niño con fray Pérez hace tiempo
Que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía
Perder sus esperanzas,
Abandonar sus ilusiones todas,
Abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco
De un corcel que volaba.
Y sospechó, riendo de alborozo,
Que él era á quien buscaban.

XXIV

— ¿Seguisme?
— Sí.
¡Voto á tal!
Os esperan.
— Podrá ser:
¿Quién me espera?
— Una mujer
En el Palacio Real.
— No es á mí, por vida mía.
— ¿Sois Colón?
— El mismo soy;
Y, ya lo estáis viendo, voy
Camino de Andalucía.
Y ni me quiero volver
Ni sobra para eso espacio,
Ni con damas de palacio

Tengo yo nada que ver.
— ¿Irme sin vos? No, en mal hora,
Ni sé que os podáis negar;
Que quien os manda llamar
Es la Reina mi señora.
— ¿La Reina?
— En su nombre vengo.
— ¿Que yo retorne á Granada?
Si os burláis, con esta espada
De haceros pedazos tengo.
— Os juro que hablo formal.
— En ese caso ya os sigo.
— Bien, señor, iréis conmigo
Hasta el Palacio Real.

XXV

Sobre un cojín de púrpura y de oro
Sentada está Isabel, gloria de España:
La que al rey de Aragón trajo á Castilla,
La que arrojó á los moros de Granada.
Entre su manos de marfil y rosa
Le está dando de vueltas á una carta,
Firmada por fray Pérez de Marchena
Y escrita en el convento de la Rábida.
Delante de Isabel, alta la frente,
Á raudales vertiendo la palabra,

Y con segura mano y firme pulso,
Trazando extrañas líneas en un mapa,
Se ve á Colón radiante de alegría,
Escondiendo en su pecho la desgracia,
Y en un trono más alto que los tronos
Sentando altiva la soberbia planta.
Así le vió Isabel, la reina hermosa
Que en las alas del genio arrebatada,
Las ondas cruza de revueltos mares,
La arena pisa de remota playa;
El madero del Gólgota contempla,
De extraño clima en la región lejana,
En las torres erguidas de los templos
Y en la cumbre glacial de las montañas.
Y tornando á Colón el rostro augusto
Con poderoso acento exclamó: «Basta:
Pues que España te niega sus tesoros
Yo quiero darle mi tesoro á España.
He de fundir mi cetro y mi corona,
He de vender mis joyas y mis galas:
Y en el nombre de Dios y de Fernando
Extiende el cerco de mi noble patria. »
Dijo, y dejando por su labio rojo
Vagar una sonrisa de esperanza,
Dióle á besar al genovés la mano
Y se alejó ligera de la estancia...
Quedó Colón confuso unos instantes,
Dudando si vivía ó si soñaba,
Si era aquella mujer del otro mundo

Portentosa visión, ángel-fantasma.
Y al fin entre la turba palaciega
Salió, sacando de la regia cámara,
Envueltas en la carta de fray Pérez,
Las joyas de la augusta soberana.

XXVI

Del riguroso invierno al frío hálito,
Las flores en el polvo morirán:
No importa, que del polvo
Mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,
Su luz en la tiniebla ocultará:
No importa, en la tiniebla
Mañana brillará.

XXVII

Perdido navegante,
Suspira sin ventura,
Y ve la luz del día
Lucir de nuevo tras la noche oscura.

Se sacan del sepulcro
Los restos del finado;
Pero otra vez se llena
Con otros restos, el sepulcro helado.

Su mustia gala, el monte
En verde manto trueca;
Y el agua de las lluvias
Torna á correr en la barranca seca.

XXVIII

Después del mediodía,
Bajaba del zenit el sol ardiente,
Y en el muelle de Palos se veía
Muchedumbre de gente.

Sollozos al quebranto
En su vuelo arrancaban los instantes,
Y el ángel del dolor bañaba en llanto
Los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
Y ternísimas frases, y consejos;
Y estaban mudos de pesar los niños,
Y de terror los viejos.

Se van unos valientes,
Se van á conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas gentes
El mar en sus entrañas!

—«Se van con un marino,
Que á conducirlos por la mar se atreve;
Y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien lo lleve!

»Su vida estima en poco.
Á otros con él á perecer no obligue.
Que el cielo le perdone, si está loco;
Si no, que le castigue.

»En frágiles maderos
Al furor de los mares los expone.
¡Ay! Si ellos en morir son los primeros
¡Que Dios se lo perdone!

» En su anhelar profundo
Es navegar su pensamiento fijo:
Dicen que á nadie tiene en este mundo,
Que sólo tiene un hijo.

»Que en la Rábida un día
El pobre niño se quedó llorando:
Y le dijo el cruel que volvería.
Eso... ¡quién sabe cuándo!»—

Los padres, los hermanos
Así murmuran, y su seno hieren;
Y enclavijan los dedos de sus manos
Las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
Recuerdan sus pasados regocijos,
Con los ojos clavados en las naves
Donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
Tristeza, confusión, duelo y espanto;
Ninguno al ruego el corazón serena,
No hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma
Exenta de amargura y desconsuelo:
Sólo el cielo y Colón están en calma;
Colón no más y el cielo.

XXIX

¿Dónde van las carabelas?
¿Dónde van?
Del puerto salieron,
Gaviotas del mar;
Del puerto han salido; si el genio las guía,
Al puerto algún día tal vez volverán.

XXX

Dios es el genio... Dios en los espacios
Sentado está sobre su excelso trono:
Duerme el rayo á sus pies y encadenada
Ruge la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,
Dora las cimas del salobre ponto,
Y tres naves en él van empujadas
Del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas... Iba en una
El mendigo infeliz, el necio, el loco.
Él en Dios tiene puesto el pensamiento,
Dios no aparta los ojos del piloto.

XXXI

¡Qué triste es quedarse triste!
¡Qué triste es quedarse solo!
La soledad en el alma,
Las lágrimas en los ojos,

Los recuerdos del pasado
Para levantarse prontos,
Como muertos que se alzan
De su sarcófago lóbrego.

XXXII

Del piélago cruzando la llanura,
Viento en popa hacia Oeste, á todo andar,
Al encuentro incesante de las ondas
Las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados
La mar; y por detrás:
Arriba el cielo azul y majestoso:
Por doquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,
La muerte en el abismo de la mar;
Sólo Colón sabía en dónde estaban
Lavida y la verdad.

XXXIII

Rugió la tempestad, un pardo velo
Tendió sobre las aguas turbulentas;
Ni una ráfaga azul quedó en el cielo,
Y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran
Las unas de las otras de repente,
Y los marinos cual fantasmas giran
Sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,
Ninguno el ansia del valor sentia,
Y acobardados se agitaban todos
Bajo el fuego celeste que caia.

La eléctrica descarga, los latidos
Del corazón ahoga dentro el pecho,
Y dominan las ondas, impelidos
Por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo;
Aun Franklin no nacia;
Andaba suelto el rayo;
No estaba encadenado todavia.

XXXIV

La tormenta pasó, y en breves horas
La mar tornóse azul, y azul el cielo;
Empero allí en el fondo de las naves,
Que cruzaban el piélago sereno,
Bajo la roja blusa del marino,
En el abismo del cobarde pecho,
Sin una sola nube en el espacio,
Sin que se oyera rebramar el trueno,
Más fiera, más adusta, más terrible,
Sorda la tempestad siguió rugiendo.

XXXV

«No es cierto: era quimera:
Ese hombre nos engaña...
Muera Colón; que á nuestras manos muera;
Y viremos de rumbo para España...

Mas si le damos muerte;
Si el mar en tumba fría
Para el audaz piloto se convierte,
¿Quién á la patria nuestras naves guía?

Inmóvil y sombrío,
Colón junto á la prora
Ve que corta las olas el navío,
Esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa
Las iras de su gente,
Y dilata su labio una sonrisa,
Y se tiñe de púrpura su frente.

XXXVI

Crece el motín; el descontento crece;
Relucen en las manos los aceros,
Y á Colón, que de angustia se estremece,
Torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten después el ánima cobarde,
Y tiemblan un instante á su presencia;
Que en sus miradas poderosas arde
El último fulgor de la demencia.

Aun murmuran sus quejas, sus agravios;
Todo es allí para calmarlos poco:
De súbito el terror sella los labios...
¡Por la postrera vez va á hablar el loco!

XXXVII

« Dentro del tercero dia,
Si no aparece la tierra,
La prora rumbo hacia España
Volverán mis carabelas. »
Dijo Colón á su gente
Con voz tranquila y resuelta;
Y en el lejano horizonte
Clavó la vista serena,
Como si allí contemplara,
Entre el vapor de la niebla,
De un mundo desconocido
La fantástica ribera.

XXXVIII

Cesaron los clamores, los denuestos,
La torpe algarabía;
Y ansiosos en sus puestos
Esperan todos el tercero dia.

XXXIX

¿Colón sujeta el ala de los vientos
Sobre la mar bravía?
¿Él traza el curso á la corriente rauda
Bajo la dura quilla?

¿Él, al tiempo fugaz que en el pasado
Las horas precipita
En el vértigo loco de su orgullo
Señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto
De la tiniebla fría,
Y en luz baña, á su antojo, de los orbes
Las bóvedas sombrías?

XL

Temblando sobre la prora
Colón absorto se para,
Y de rodillas cae, y se extasía,
Lo mismo que en el templo de la Rabida.

Acaso en hondo misterio
Siente cautiva su alma;
Y mide con la vista los espacios,
Y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira
Claridad de luz lejana,
Y vagos y dudosos resplandores,
Y en la tiniebla negra, nubes blancas,

Tal se le figura un trono
Que en los aires se levanta,
Y en el trono la imagen de María,
De estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;
Es la Virgen soberana,
La Emperatriz del orbe, que aparece
Bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colón se descubre, y dobla
Al suelo la frente pálida;
Y un cántico se escapa de su labio,
Y de sus tristes ojos una lágrima.

XLI

« Virgen, Madre de Dios, agora alcanzo
Lo mucho que te adoro.
Yo sé que no es verdad lo que estoy viendo,
Y sin ser la verdad, te ven mis ojos.

» Desde niño, Señora, me enseñaron
Á amarte sobre todo:
Y por eso el horror de la congoja
Vienes á mitigar en tu devoto.

» Muchas veces te he visto de mi pecho
Alzarte en lo más hondo;
Y agora mismo dudo si estás fuera,
Ó aquí en mi corozón se alza tu trono.

» ¡Oh! Tú creíste, Madre, que perdía
El rumbo tu piloto;
Y á señalarle el rumbo te apareces
En la desierta soledad del ponto.

» Por eso adonde estás, mi débil leño
Camina en viento próspero.
¡Ya sé que me acompañas; y esas gentes,
Que se olvidan de ti, me juzgan solo!

XLII

La visión desparece;
Rueda la noche en lobreguez hundida,
Y ve Colón cruzar en el espacio,
Por la mano de un hombre conducida,
Una pálida luz.

¡Una luz! ¿Deliraba?
¿Misteriosa ilusión se la fingía;
Ó de la noche en las espaldas negras,
Era el joyel brillante que prendía
El lóbrego capuz?

XLIII

Gritaron: ¡tierra!... ¡Tierra!
Repite el onda de la mar salada,
Y lo repite el viento
Que azota el trapo y en las vergas canta.
El tosco maderamen
« Tierra » dice también cuando restalla
Bajo el convulso paso
Del noble genovés, que nunca para;
Que piensa que delira;
Que enjuga en sus mejillas una lágrima;
Que el párpado restrega:
Y mira y le parece que le engañan
Sus ojos, y le burlan;

Y los eleva al cielo, al mar los baja,
En torno los revuelve,
Y con la frente sudorosa y pálida,
Los fija en la ribera
Que ve á lo lejos como nube blanca,
Y permanece inmoble;
En la blanca ribera la mirada;
El pasado infortunio
En el olvido; en su Creador el alma;
En el futuro envuelta
Con la luz de la gloria su esperanza;
Y el pensamiento todo,
Todo su pensamiento, allá en España.

XLIV

Y Colón hasta entonces no existía:
Colón era un fantasma, era el hermoso
Sueño de delirante fantasía.
Era la mar la cuna del coloso;
Y en el momento aquél, Colón nacía.

XLV

De un lado al otro lado,
De una blanca ribera á otra ribera,
De un mundo al otro mundo,
¿Quién la noticia portentosa lleva?

¡Ay, si al volver á España
Tiende la tempestad sus alas negras!
¡ Si se abre el hondo abismo,
Y si sepulta el mar las carabelas!

XLVI

Abierto está el teatro
Para la edad futura.
Nadie lo sabe aún... ¡Duermen los mártires,
Duermen también los héroes en la cuna!

XLVII

Tú solo, ¡oh sol de gloria!
El testigo inmortal de la alta empresa,
Iluminaste á un tiempo en aquel dia
De entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo
Proyectabas dos sombras en la arena:
¡La sombra de fray Juan sobre una orilla,
La de Colón sobre la orilla opuesta!

XLVIII.

Lo mismo que el dolor es la alegría
Que al ánima da enojos,
La paz al pecho roba y roba el sueño
Á los cansados ojos.

Es de Colón inmensa la ventura,
Y su poder es tanto,
Que á un tiempo ríe y por su rostro corre
Á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido
Su parda niebla fría,
Y Colón se retira hacia su cámara
De la « Santa María. »

Se revuelve en el lecho sin descanso,
Sin encontrar reposo,
Y las horas avanzan sobre el tiempo
Sereno y majestoso.

Cierra el nauta los ojos; se figura
Que ya regresa á España,
Y que innúmero séquito, á la corte
Le sigue y le acompaña.

Que está delante del augusto trono
De los augustos reyes,
Y les enseña el ejemplar primero
De las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda
Se sientan á su lado,
Y él, igual á los reyes, bajo el solio,
Se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades
Se oye su nombre solo,
Y la sonora trompa sus proezas
Cuenta de polo á polo.

Que en áureos caracteres, en los libros
Su triunfo se pregona,
Y más que la de césares augustos
Es grande su corona.

—

Luego cree Colón que ante sus ojos
Se extiende negro velo;
Que se nubla su frente y que se nubla
El limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,
Ruda tormenta crece;
Y que su nave azota y cabe el trono
Naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,
Y que sañudos mira
Los rostros cortesanos, y la corte
Contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,
Y gime, y se atribula,
Y el frío soplo de la huesa helada
Por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,
Y la calumnia horrenda
Abre sus ojos y en los otros ojos
Anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias
Horribles de la muerte.
Ante él, soñando, ¿el velo se corría
De su futura suerte?

¿Llegaba acaso hasta el confín lejano
Del árido camino,
Y en su espantosa desnudez miraba,
En sueños, al destino?

—

¡Ojalá que muriera en aquel lecho
De la « Santa María! »
Colón no más soñaba con la muerte.
¡No más! Colón dormía.

FIN

ÍNDICE

Pág.

NOTICIA DE LA VIDA Y OBRAS DE JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS V

ROMANCES HISTÓRICOS

LA RUINA DE AZCAPOTZALCO

Romance I. — Ixtlilxochitl. El proscrito 1
— II. — El ensueño 10
— III. — Nanche 22
— IV. — La hospitalidad. 29
— V. — La emboscada 42
— VI. — Nezahualxochitl 50
— VII. — La muerte del tirano. 57

TEZCOTZINCO

Romance I. 63
— II. 70

EL SEÑOR DE ECATEPEC

Romance I. 73
— II. 76
— III 80
— IV 82

TLAHUICOLE.

Romance I. — El prisionero 85
— II. — La orden 93
— III. — El suplicio 95

Pág.

MOTEUCZOMA XOCOYOTZÍN

PRIMERA PARTE

Romance I. — El astrólogo. 103
— II. — Los funerales. 112
— III. — La revelación. 121

SEGUNDA PARTE

Romance I. — La recepción. 135
— II. — La prisión. 143
— III. — El combate. 151
— IV. — El delirio. 159

EL ÚLTIMO AZTECA

Romance I. — El sitio. 165
— II. — La prisión. 170
— III. — La entrevista. 175
— IV. — El tormento. 178
— V. — El suplicio. 185

ROMANCES DRAMÁTICOS

Carta á Francisco Patiño. 193
Prefacio 195
Doña Brenda. — *Á Alfredo Chavero* 203
Sancho Bermúdez de Astorga. — *Á mi hermano Juan.* 206
Margarita. — *Á Victoriano Agüeros.* 210
Ramiro Ramírez. — *Á Francisco Patiño* 216
Doña Blanca — *Á Eduardo González Gutiérrez.* . . . 221

Pág.
Sor Ana. — *Á Manuel Nicolín Echánove.* 227
Doña Elvira. — *Á Bartorlomé Pérez Hermida* . . . 236
Gabriela. — *Al Dr. Francisco Montes de Oca* . . . 243
Gil. — *Á mi hermano Pedro.* 251
Eduardo. — *Á la memoria de Ricardo Gayosso* . . . 359
Bojorques. — *Á Gonzalo A. Esteva* 262
Jaime Acuña — *Á Francisco Zavala.* 266
Juan Farriz. — *Á Joaquín Baranda.* 272
Alfredo. — *Á la memoria de mi hermano Alfredo* . . 278
Per-Anzures de Ribera. — *Á Filomeno Mata* . . . 272

TROVAS COLOMBINAS

Dedicatoria 289
Cristóbal Colón. 291

París. — Tip. Garnier Hermanos. 6, rue des Saints-Pères.

8/5

PQ 7297
R36 R65
1888